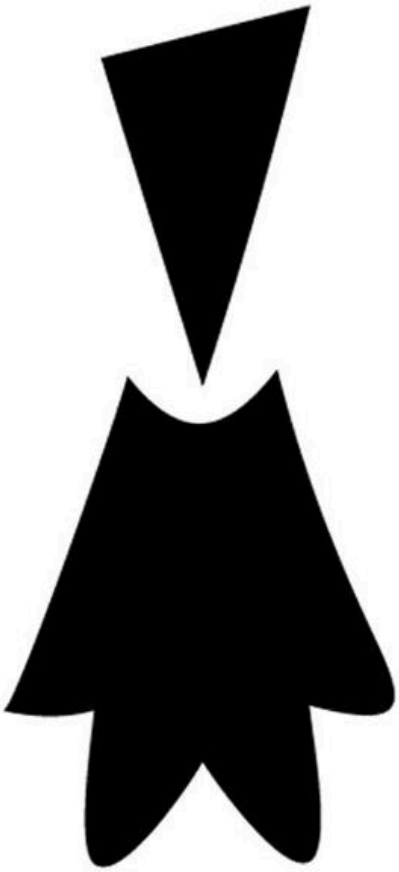
Salomé Esper

QUERER ES PERDER

Sigilo



Salomé Esper

Querer es perder

Sigilo

Dale un pez a un hombre

El sábado amanece con un poco de niebla. Es de esos días que empiezan desde el rosa, parece que va a hacer frío y después hay un bochorno incómodo y pesado durante toda la tarde, hasta que por fin llega la noche y refresca y es como si todo el día hubiera sido liviano, pero no fue así.

El día comienza mucho más temprano para los tres, cuando todavía es de noche. Pepe los pasa a buscar. Primero a Fabián, que vive a cinco cuadras, después a Andrés, que vive a dos pero se demora más en levantarse y arrancar. En el auto van callados, solo la radio de fondo, informes de subastas de vacas, publicidad de mermelada y de colchones, un hombre que vuelve del corte para anunciar una canción de disco de pasta que suena muy parecido a las ruedas sobre ese pavimento gastado. Andrés va durmiéndose atrás y Fabián adelante mira todo el tiempo por la ventana. A Pepe no le gusta que le hablen cuando maneja, esa es su condición para ser el que siempre los lleva a pescar.

Al llegar al río, se preparan desde afuera. Primero despliegan las sillas, hacen un fuego pequeño, calientan el agua, preparan el mate, sacan, ordenan, encajan, insertan, soplan, sacuden. Después buscan el mejor lugar, alguna piedra amplia en medio de la corriente, y tiran el sedal. Apenas se hunde, Andrés comienza a hablar. Cada sábado. Pepe y Fabián se miran y sonríen, no hay tanta luz para que el gesto compartido sea obvio, recién se está aclarando el cielo. Es puntual el flaco, toda la semana callado y el sábado es una radio, si se descuidan también les vende una vaca, una mermelada y un colchón, como si ese hilo que une a Andrés con el agua hiciera posible la soltura de la lengua, le remojara la dureza en la palabra que tiene el resto de los días. Fluye hacia afuera como el agua hacia abajo, y en medio del agua un

pez ha picado. Andrés para el relato de ¿qué es esta vez?: el funcionamiento de una máquina. Pepe y Fabián ya saben cómo funciona pero no saben qué máquina es, Andrés la nombró al principio, no escucharon bien y ahora les da vergüenza preguntar.

Se quedó la bobina a medio funcionar porque el pez requiere de toda su atención y no sale, nada que sale, se acercan los otros dos, despacio, lo miran luchar hasta que el pez mismo es el que salta hacia el aire, cansado del esfuerzo de Andrés, en su vuelo dibuja un arco que dice «bueno, basta» y ya está en el balde bajo la sonrisa de su pescador. Es un pez gris como casi todos los peces y como los catorce más que sacan en total del río ese día entre los tres. Podría haber sido mejor, pero también peor. Tienen hambre y ya se acabaron los sándwiches de mortadela que preparó Pepe y el mate que cebó Fabián y el café instantáneo que quedaba en la caja y el paquete de galletitas y el cuarto de salame y la bolsita de maní y ahora tienen sed y más hambre. No quieren cocinar ahí, prefieren volver a la casa, comprar unos vinos, preparar el pescado para la cena. Todavía es temprano.

De vuelta se va sin radio. La radio a la tarde es molesta, es otro tipo de trino el de los conductores, algo hay, pensó siempre Pepe, como una condición plástica chillona, o será que él es una persona más contenta por la mañana. Deja primero a Andrés y después a Fabián, el encargado este sábado de la cena. El trato es volver a sus casas, bañarse, comer lo que sobró del almuerzo, dormir un poco, estar con sus hijos, reunirse en lo de Fabián a las ocho.

Fabián llega a casa con el balde lleno de pescados. La esposa le pide dejarlo en la heladera del quincho para que no contagie de olor al resto de las cosas. No es exactamente un quincho sino solo un techo pequeño que cubre la heladera vieja, una mesita y el asador. Fabián sale al patio y guarda el balde entero, la heladera tiene una sola división que puede mover a su gusto. Ve a los nenes jugar en el piletín, les conversa un rato y, apenas se vuelven a entretener solos y se olvidan de que él está ahí, se va a picar algo a la cocina

y a bañarse.

Fede y Mati son chicos para ir a pescar, pero ya estuvieron hurgando en la caja del padre, colgándose los anzuelos en las remeras como si fueran medallas, revolviendo las carnadas de plástico con la forma de bichos de colores que ellos nunca vieron en la vida real. Les gustan tanto todas esas cosas que cuando vuelven de la escuela recolectan toda clase de chucherías que se parezcan a esos objetos increíbles de la caja de Fabián, objetos que creen que están cargados de poderes y por eso cuando entran al agua pueden hablar con los peces y convencerlos de morder: no es saber pescar, es la hipnosis de la pluma.

Ninguno de los dos dice nada, pero apenas el padre termina de bañarse y se tira a dormir, salen del piletín, como si lo hubieran planeado, los dedos arrugados de haber pasado todo el día ahí metidos, y abren la heladera. Sacan el balde y tratan de agarrar un pescado, pero se les resbala y cae al piso de cemento que está un poco sucio, *papá nos mata*, *rápido, hay que lavarlo*, y claro que creen que es una buena opción, la mejor de todas, hacerlo en el piletín. Los meten a todos para que naden un rato. No reconocen la muerte porque todavía no la han visto, los peces pueden tranquilamente estar durmiendo. Ahora hay quince peces grises, entre pequeños y medianos, flotando entre sus piernas, ellos los empujan para que despierten. Tarde se dan cuenta de que no van a volver a nadar y que el olor es horrible. Fede sale rápido del agua y Mati, más chico y más lento, lo sigue, atolondrado. Van a buscar a mamá, que desconoce el acuario al aire libre que han creado y los llama para secarlos. Papá duerme y no puede saber lo que ellos saben y que, rodeados por el abrigo de las toallas y la promesa de una leche chocolatada, ya han olvidado.

Cuando Fabián se despierta el clima es más liviano. Se entusiasma con la idea de hacer una nueva pasta con garbanzos para rellenar el pescado a la parrilla. Tiene que comprar condimentos y algunas verduras. Pasa por el comedor donde los dos nenes están todavía tomando unos vasos gigantes de

chocolatada sin mezclar, todo el chocolate descansa abajo, un barro azucarado como el fondo del río, oscuro y granuloso. Fabián los saluda camino a la puerta de calle, pero antes de salir quiere verificar el tamaño de los pescados para calcular la compra.

Ya se preocupa cuando ve el balde tirado en el patio. Abre la heladera y no hay nada. «¿Sonia?», grita. «Quéeee», le contestan desde la habitación. «¿Y los pescados?». «Qué sé yo, vos los guardaste». «No están aquí», dice agachándose para ver el mismo vacío. «¿Chicoooos?», grita. Se escuchan pisadas descalzas a toda velocidad desde el comedor hasta la pieza de los nenes y una puerta que se cierra de golpe. «Estos pendejos», dice Fabián, decidido a retarlos, cuando se levanta, gira y lo ve. Es hermoso. Se queda parado, sin moverse ni un milímetro, teme que la aparición se desvanezca y que el movimiento lo despierte de este sueño que está soñando, aunque debería despertarse rápido o le van a cerrar el negocio. Pero no está dormido, ni sueña, y ahí está nadando en el piletín un inmenso pez dorado, casi de un metro, chocándose con las orillas azules y blancas del río de lona más extraño.

Fabián es presa de un hechizo, no el de mirar algo que no existe, sino el de no poder moverse, incluso parece que no está respirando mucho. Salta entonces el pez
dorado hacia atrás, un vuelco magnífico, un giro perfecto, la soberbia del animal bello, una pirueta que ganaría las olimpiadas, y salpica al animal inmóvil que una vez supo moverse. En medio de la confusión, Fabián recuerda a Andrés hablando de bobinas y la palabra es un switch que lo vuelve a mover. Se acerca despacio al piletín. Es la cosa viva más fantástica que ha visto. Y sí, tuvo dos hijos, pero eran bastante morados y feos cuando nacieron, con esa capita de grasa, la frente arrugada, los pelos en la cara, no eran dorados, tallados escama por escama como esta belleza que baila en el agua, esta belleza luminosa y viva.

Cuando está convencido de que sí existe, se da vuelta rápido y va a buscar a Sonia. «Vení, mirá», la lleva agarrándole el brazo con sus dos manos para que Sonia no se distraiga con nada. Llegan al borde de este río rectangular y

Sonia le sonríe con un orgullo que lo golpea en la cara. ¿Y esa mirada en los ojos de Sonia?, nunca antes la vio. «¡Es gigante, Fabi!», le dice y lo abraza y lo suelta para acercarse a mirar y después le pasa la mano por la espalda como sobándolo por lo bien que hizo su trabajo y le vuelve a sonreír con los ojos arrugados. «¡Es lo más grande que pescaste! ¡Qué bueno, amor, está hermoso!, ¿por qué lo pusiste ahí, asqueroso? Vamos a tener que cambiar el agua ahora. ¿Ya compraste todo? ¿Vienen los chicos a cenar? ¿Cómo lo vas a preparar? ¿Qué te dijeron cuando lo sacaste?». Fabián todavía está procesando el orgullo en la mirada de Sonia, el dorado del pez. No llega a decir que él no lo puso ahí, que él no lo trajo, que él solo pescó unos cuantos peces grises normales, que no tiene la más pálida idea de cómo llegó esa hermosura ahí, que no piensa comerlo, que qué le pasa. Sonia espera una respuesta desde hace un minuto. Fabián solo dice: «No».

En la puerta entre el comedor y el patio hay movimiento, son los nenes que espían con miedo. Sonia los llama: «Vengan a ver el pescadote que trajo papá». El más chico va agarrado de la remera del otro, desconfían de la alegría. Y cuando se acercan a lo que recuerdan como un montón de peces flotando, ven al gigante. Abren la boca y miran a Fabián sin entender. «¿Lo vieron?», pregunta Fabián. Mati se larga a llorar porque seguro los retan, Sonia no entiende qué pasa, lo alza y se lo lleva adentro. Se quedan solos Fabián y Fede. Sabe que está arriesgando mucho, pero es mayor el asombro y pregunta: «¿Se hizo grande con el agua, papá?».

Fabián se agacha y queda en cuclillas, las manos en el borde del piletín, la cara pegada al caño recubierto. «¿Vos sacaste el balde, Fede?». Fede hace un medio puchero y confiesa: «Pero no estaba este, estaban los otros, dormidos». Llegan a un acuerdo. Fede no será castigado si no dice nada de los otros peces. «¿Y qué pasó con los otros?», pregunta el hijo. «Los devolví al río porque eran muy chicos». «¿Lo podemos devolver también al Mati?». Fabián sonríe sin dejar de mirar el pez y sin darse cuenta por qué acerca su mano, la deja suspendida unos centímetros arriba del agua: como cuando alguien llega a una casa ajena y espera el reconocimiento de un perro, que el animal lo huela y no solo sepa quién es sino que lo prefiera antes que a su

dueño, que lo siga corriendo cuando él se vaya, que lo reclame. Fabián siempre quiso un perro, pero nunca tuvo el espacio suficiente en ninguna de sus casas, o la disposición necesaria de sus padres para ampliar el amor hacia otro ser vivo. Cuando Sonia le propuso conseguir uno para los chicos él dijo que no, no quería que fuera de los chicos, quería que fuese solo suyo y quería él ser un niño con un perro. Y ahora, esta existencia dorada y mágica en la tarde que volvía a ser gris y rosada.

Es este, este momento, el mejor en toda la vida de Fabián: el pez sale del agua y roza la mano levantada con su hocico húmedo, luego con su cabeza sin orejas, luego con algo que podría ser un cuello sin pelos, luego con su lomo que no es caliente sino frío acuoso y al final con la cola que se mueve con la misma felicidad, todas las partes acariciando a Fabián, que está a punto de llorar de la emoción.

Fede se aburre de ver a su papá embobado con el animal y vuelve adentro cuando entiende que ya no está en peligro. Sonia prende las luces porque está empezando a oscurecer y le pregunta a Fabián qué necesita para hacer el pescado. Fabián, sin contestarle, se para y va a buscar el teléfono. Les escribe a Pepe y a Andrés para decirles que no puede juntarse hoy. Después llama a la pizzería y pide dos pizzas, Fede y Mati festejan, Sonia lo mira confundida. Fabián se pone serio y le dice: «Vos nunca me miraste así antes», y se va al patio de nuevo a ver al pez.

Sonia vuelve de la calle con los nenes y cuatro bolsas del súper, deja las bolsas en el piso sin prender ninguna luz y los chicos van corriendo a la pieza golpeándose con algunos muebles. Desde el interior de la casa, ahora en penumbras, ella se acerca a la puerta que da al patio y desde ahí mira a Fabián, al lado del piletín, en la misma posición en que estuvo los últimos siete días, sentado en la silla petisa de los chicos, con la mano levantada en el aire, unos cuarenta centímetros sobre el agua, para que ese haz de luz que antes era una cena salte hacia sus dedos. Sonia no quiere decir nada porque tiene miedo de que todo empeore, ha imaginado esos escenarios: Fabián

dejando de dormir (por lo menos volvía a la cama, cansado, especialmente del brazo), Fabián entrando al piletín para estar más cerca del pez, enfriándose, viviendo mojado (por lo menos estaba afuera, sentado y seco). Lo ve, puede verlo, hay una luz en el patio y no es la de la lamparita amarilla, ni la blanca fea al costado del asador, es más dorada y húmeda, un lengüetazo de luz que salpica la casa por dentro.

Aquel sábado a la tarde, cuando Fabián le dijo que no podía juntarse, Pepe imaginó algún problema con los chicos o una pelea de pareja. No insistió en la cena, ni en visitarlo después, pese a que parte del botín era también suyo, a veces podía ser así de generoso. Le avisó a Andrés, por las dudas, para que no insistiera en el chat de los tres. Aquel chat solía activarse solo viernes y sábados, como si el resto de los días de la semana ninguno de los tres existiera. Cada uno, sin saberlo, se contenía de compartir alguna noticia, una foto o cualquier chiste, si no era uno de esos días. Era un acuerdo mutuo y sin sentido, respetado con la solemnidad de los rituales. Entonces, recién el viernes siguiente aparecieron en el chat, para confirmar la hora de salida al día siguiente. Fabián no contestó, sus dedos estaban en remojo, perdiendo la textura suave y uniforme, llenándose de surcos como líneas en el mapa de un amor nuevo.

Fabián no quería compartir el pez, le pidió a Sonia que no hablara de él con nadie, se lo pidió mirándola a los ojos de tal forma que ella no pudo negarse, pero la preocupación crecía, no solo no había ido de nuevo a pescar, había dejado de hablar con los nenes, de salir a comprar, de cocinar con ella, de ver tele, solo iba al trabajo y apenas volvía dejaba todo tirado encima del sillón y arrastraba la sillita de Mati hasta afuera. Los nenes no sentían tanto la falta de un padre como la del piletín. Sonia fue a la juguetería de la avenida y compró una de esas piletas inflables para bebés. Los chicos se ofendieron y no quisieron usarla, pero por lo menos no pidieron más agua, se la pasaban en su pieza jugando entre los dos, antes se peleaban por cualquier cosa y ahora estaban juntos como si no hubiera

nadie más en la casa, ni siquiera ella.

Al jueves siguiente Pepe encuentra un vacío legal en el contrato sin firmas que tanto respetaban: le escribe a Sonia, no sin pudor, le da cierta vergüenza también, pero no disfruta el sábado de pesca solo con Andrés, tiene que prestar mucha más atención cuando su amigo habla porque sería muy obvio si le hace una pregunta y él no contesta. Comienza a preocuparse cuando Sonia le responde y le pide verlo.

Pepe se inquieta. No solo no entiende qué le pasa a Fabián, sino que no entiende de qué pez dorado habla Sonia, nunca hubo de esos peces en ese río y está seguro de que Fabián no pescó nada parecido. Y si no pararon de camino en ninguna pescadería, y si no conocen a otros pescadores a los que Fabián pudiera haber asaltado, y si no volcó ningún camión de transporte de acuarios ni se resbalaron los peces hacia distintos puntos de la ciudad y ahora en cada casa hay alguien que ama a un pez, entonces no hay hipótesis posible que explique ya no solo a Fabián, sino a su nueva adoración. Ojalá tuviera una amante, piensa Sonia, sería más fácil. Y no esto que no sabe cómo llamar.

Pepe tampoco tiene nombres, pero promete ir a verlo el sábado siguiente, después de pescar. Todavía no sabe qué va a decirle a Fabián, con suerte Andrés tenga alguna idea.

La tercera semana Fabián canta. Le canta al pez canciones de cuna, zambas, «Mañana campestre». Fede va pasando y se para a escucharlo. Recuerda algo, una forma del cariño que antes tuvo de aquel hombre. Mati disfruta la levedad de los casi recién llegados, ni se acuerda de Fabián. Sonia finge que no pasa nada, que ni Fabián ni el pez están ahí, si no llegarán tarde al cumpleaños del compañerito de clase de Fede. Es una de esas fiestas con tema y el tema es el mar. Cuando llegan, todo es azul y feliz, como si el agua estuviera llena de amigos. Uno de los juegos es pescar unas bolsitas con golosinas en unas palanganas gigantes. Fede no tiene ganas de participar, de

repente todo eso le parece una farsa, él puede comprar sus propias golosinas sin hacer el ridículo, le pide a su mamá volver rápido. Es un sábado húmedo, el cielo encapotado, su papá en casa.

Cuando vuelven de la fiesta, Fabián se está bañando. Sonia se va con Mati a dormir la siesta y Fede se queda dibujando en la cocina. Dibuja un pez dorado gigante que acapara toda la hoja, lo hace con un lápiz amarillo porque no hay lápices dorados, se ha dado cuenta de eso: hay pocas cosas naturalmente doradas en el mundo y hace tiempo que solo ve una. No encuentra su sacapuntas y busca un cuchillo para hacer como hace su mamá, que le saca punta al lápiz bajo la amenaza de la decapitación, así el filo es mejor. Su mamá le prohibió que lo haga él solo, pero su mamá está durmiendo así que no importa, no cuenta, no sabe.

Fede saca el cuchillo más grande, va hasta la mesa, deja el lápiz sobre el dibujo y camina hacia el patio. De un solo tajo rompe el borde del río, el hule grueso y estampado abre la boca y deja salir toda el agua. Se queda inmóvil frente a su obra, maravillado, no necesita una bolsa con golosinas para saber que ha ganado. Fabián cierra el agua de la ducha. Algo le dice que tiene que estar en otro lugar, algo lo llama, como un sedal, como un pedido de auxilio. Sale envuelto en una toalla sin secarse y va derecho hasta el patio, Fede mira quince peces grises retorciéndose sobre la lona desarmada, apenas un trazo de agua encima que no les alcanza para sobrevivir, a punto de quedarse dormidos de nuevo. Fede le dice: «Volviste», en un tono que es casi pregunta, amenaza y burla. Pasa a su lado, le da el cuchillo y sigue caminando hasta el comedor, dejando sobre el piso un camino de pequeñas huellas húmedas.

Fabián mira sin encontrar, siente cómo los pliegues de sus dedos recobran una suavidad que completa poco a poco los breves surcos de sus yemas, borra un camino trazado antes. De repente todo se siente seco, intenta tragar saliva, pero el nudo en su garganta no lo deja. Llega un viento fresco, un leve perfume a azahar, él también recuerda haber querido. Ajusta sus ojos

a una oscuridad que parece nueva y a la vez antigua, a una penumbra familiar. Un haz de luz dorada intenta colarse desde algún costado de sus ojos, no es la luz del quincho, ni de la casa, ni de algo que podría amar toda la vida. Es fugaz, no logra atraparla, se ha ido. Afuera, al frente de su casa, mientras cambia el clima y la tarde calurosa se vuelve una noche más amable, se prenden dos faros amarillos, es Pepe que estaciona su auto, trae una bolsa con vinos y comida, también baja del auto Andrés, con una caja mal cerrada y con agujeros donde algo, inquieto, se mueve. Tocan el timbre y Fabián se sobresalta, pero es un sobresalto alegre. El sonido parece haberle hecho recordar, ya sabe cuál era la máquina de la que hablaba Andrés.

La Carla

Carla comienza a trabajar hoy en el club. Doña Sara por fin se retira para viajar con el marido, jubilado antes que ella, así que prepara a Carla para ser su reemplazo. Nadie puede reemplazar a Doña Sara, se escucha en los pasillos por lo bajo, nadie quiere que se vaya. Hay una gran diferencia de edad, Doña Sara ya está pisando los setenta y la chica nueva es joven, aunque tenga la escuela más reciente y uno que otro curso enlistado en la media hoja de su currículum, lo que tiene Doña Sara es que todos la quieren. Algo de eso le llega a Carla, pero no se demora pensándolo. Le hace falta la plata, les hace falta, a ella y a su familia, no recuerda bien cuándo no hizo falta. Hace rato está buscando trabajo y cada capacitación que hace, aunque sea gratis, parece poner más nerviosos a sus padres, a su misma edad ellos ya tenían años de experiencia, una casa, una hija. Carla se preocupa aunque no desespera, tiene un carácter tranquilo, sin grandes pasiones. No ha encontrado todavía algo que la haga sentirse verdaderamente viva, que la arroje dentro de sí misma con la vitalidad exasperante con la que otros habitan el mundo y ella simplemente no. Pero la realidad apremia, y sus padres, y las cuentas. No puede tomarse más tiempo en adivinar qué le es enteramente propio, solo suyo.

Llega al club temprano el primer día, todavía tiene el pelo negro, grueso, abundante, atado prolijamente. Desayuna con Doña Sara, que le regala un cuadernito para anotar todas las tareas, con la promesa de que así se va a organizar mejor, ella antes anotaba todo en papelitos sueltos y después qué líos tenía. Carla la escucha hablar y también quisiera que Doña Sara se quedara. No la abruma la descripción del trabajo, aunque es un puesto

ambiguo donde parece hacerse cargo de todo, pero cuando se vaya Doña Sara va a estar sola, todavía no ha conocido a nadie.

La primera semana se esfuerza y se mezcla con la gente en el comedor. Evita la mesa de los deportistas, busca a los administrativos. Charla un poco y hasta se ríe. Liliana tiene casi la misma edad que ella y ya está casada, a Carla le falta un año para eso aunque todavía no lo ha decidido. Falta poco. Le preguntan si conocía desde antes el club y les cuenta que de chiquita iba a ver jugar a su papá. Hernán y Juan muestran un repentino interés. «¿Tu papá es el Loco Yáñez?». Ella sonríe y asiente. El Loco Yáñez era, antes que el padre de Carla, el 9 indiscutido del club a la misma edad que tiene ella ahora. Pero era una edad mucho más pesada y larga para el Loco, no había logrado dar el gran salto, hacer de esa pasión su único modo de vida. Poco tiempo después tuvo que dejar el fútbol para conseguir otro trabajo, la plata no alcanzaba, él no se hacía más joven, el sueño de jugar en un equipo grande se desvanecía, se había desvanecido hacía rato, mucho antes de lo que él quiso aceptar.

Cuando Carla contó que en el club había una vacante pensó que su papá se alegraría, de alguna manera iba a trabajar donde él trabajó, no como su papá hubiera deseado porque no pudo solucionar en tantos años de vida ese detalle de no ser el varón que él esperaba. En cambio, cuando le contó, el Loco levantó las cejas sin dejar de mirar el plato, arrastrando los restos de guiso con un pedazo de pan que se metió enseguida a la boca, miró a un costado como si fuera llamado por otra cosa que no estaba ahí, y se levantó de la mesa.

Entre las múltiples tareas a su cargo, Carla tiene que ordenar y guardar las revistas que llegan al club y alguna que otra donación de libros y fascículos de interés general que se archivan en la sala-biblioteca donde los más chicos a veces hacen los deberes. Ordenando las revistas deportivas, se acuerda clarito de un cumpleaños en que su papá la llevó caminando de la mano al

quiosco para elegir un libro de cuentos, de cómo le dijo que algún día él iba a salir en esas revistas que colgaban, triunfantes.

Carla cree que todo debería ser equitativo, querer solo lo que se puede tener, querer solo a quien quiere de vuelta, piensa que no deberíamos ni siquiera poder sentirnos tristes por alguien que no nos quiere tanto, aunque sabe que las cosas parecen funcionar exactamente así: mal. Se queda leyendo una tarde en que hay poco para hacer, ya ha tomado el ritmo de las tareas y el miedo inicial no existe porque ha descubierto el aburrimiento. En su casa empezaron a decirle de formas menos sutiles que ya es momento de encontrar un lugar propio, justo cuando comenzó a llevar plata. Desde entonces, se demora un poco más en volver, ahora, leyendo *El Gráfico*.

En una página doble encuentra a Maradona, emocionado en su casamiento en el Luna Park. Casi siempre que lo ve está emocionado, es como si no conociera otra forma de vivir que no fuera la intensidad, siempre enojado o eufórico, o feliz o llorando. Le molesta un poco eso. No puede entender cómo hace, cómo no se cansa, después piensa que quizás el talento viene de ahí, de un montón de cosas que no puede parar de sentir. Quizás su papá se volvió más opaco y triste desde que no pudo dejar salir eso de adentro suyo.

En la misma página, más allá, apenas unos centímetros atrás, está ella. Carla comienza a pasar el dedo por el pelo de la imagen, después por el vestido blanco gigante, su yema recorre los bordes de Claudia, como armando un dibujo punteado, siguiendo los números. Claudia está contenta, pero no desbordada por la emoción, le gusta eso. Está entera. Es el punto luminoso de todas las fotos de esa noche. Toca sus cejas largas, su vincha que es una corona brillante, su ramo de flores de pétalos abiertos. Alguien entra en la biblioteca y Carla cierra la revista de golpe. Saluda y se va.

De camino a casa recuerda las últimas conversaciones con su padre, y como si su cuerpo se adelantara a la jugada, dobla de golpe y entra en la peluquería, gana tiempo. Pasa toda esa tarde ahí, revisando cada una de las

revistas que hay en las mesitas, a ver si la encuentra. No es una tarea difícil, ella está en todas partes. Las horas de espera que antes sufría acompañando a su mamá en la peluquería ahora la salvan, le dan un tiempo extra. Miriam, la peluquera, la ve leyendo notas de Maradona y le pregunta si ahora que trabaja en el club le interesa más el fútbol, «sí, sí», contesta ella apurada, aunque no se va a ir de ahí pronto, tiene láminas de papel de aluminio pegadas en cada mechón. Lo que no quiere es dividir su atención, dejar de verla.

Miriam nota cierta fascinación por las fotos de Claudia con el vestido de novia y le pregunta si se va a casar pronto, si acaso está buscando inspiración. Carla hace cuentas con los dedos: «En un año», responde. Peluquera y clientas se miran asombradas, sonriendo. «¿Y eso, Carlita? ¡Te lo tenías bien guardado! Tu mamá vino hace poco y no nos contó nada». «No sabe mi mamá». Intercambio furtivo de miradas entre todas, ella con sus ojos fijos en el Luna Park estallado. «¿Y quién es el suertudo, si se puede saber?». «Un jugador de fútbol». Dejan de cortar las tijeras y de secar el secador. «¡No puede ser, Carlita!, ¿del club? ¿Quién es? ¿Por eso entraste a trabajar ahí? ¿O lo conociste cuando entraste?». «Es el mejor jugador», contesta sonriendo y enseguida se mira al espejo, seria. Algo en el gesto de Carla las hace dejar de preguntar, como si su cara estuviera cambiando en ese momento, sin signos evidentes, ni sonidos ni movimientos, pero mostrando de alguna manera sutil y silenciosa una reorganización por debajo de su piel, haciéndoles saber.

Otra clienta comienza a hablar de la boda de su hija. La torta era de tres pisos, gigante y riquísima, con un merengue durito que se desarmaba en la boca, el hojaldre seco y el dulce de leche repostero, la mejor combinación, habían pensado en desayunarla al día siguiente pero se acabó toda esa misma noche porque los nenes repitieron tres veces y al otro día estaban todos empachados. «La mía va a tener ocho pisos», dice Carla, acomodándose en la silla como si tuviera, también, otro cuerpo, unos hombros que necesitaran más altura, una columna con cada una de las vértebras que hasta entonces parecían haberle faltado. ¿Fue así siempre y

como no conversaba mucho no se habían dado cuenta? «Qué bueno, Carlita. ¿Y cómo se llama tu novio?». «Diego», responde Carla.

Tres horas después sale de la peluquería estrenando flequillo y totalmente rubia.

Desde que entra a su casa y saluda no hay respuesta. No la miran a los ojos sino a su pelo, hipnotizados por el flequillo que salta como una ola desde su frente hacia el centro del comedor, por ese rubio muñeca, que según le da la luz parece más blanco o más amarillo. ¿Dónde habían visto ese peinado antes? «Después les cuento las noticias», dice Carla contenta y se va derecho a su pieza. No hubo tiempo de contestar ni hubieran sabido qué. Se miran el Loco Yáñez y la señora, ni tiempo les dio para pedirle que colabore con la cuenta de luz que había llegado y estaba doblada sobre la mesa.

A la mañana siguiente, Carla, envuelta en una toalla, sale de ducharse y entra a la pieza de sus padres. Ellos ya están desde temprano en la cocina. La ven pasar como a un objeto vivo al que no han visto nunca antes. Tiene puesta una gorra de baño por la que se escapan algunos mechones de rubio novedad. La madre lo mira a él, él levanta los hombros y frunce la boca, con eso quiere decir que le importa poco o se explica poco o algo de eso, pero en la misma cantidad. La madre se levanta y camina despacio hacia la puerta de su propia habitación, como si supiera que cuando se encuentre con lo que se va a encontrar no habrá vuelta atrás. Lo que encuentra es a Carla sacando la ropa y tirándola sobre la cama tendida. Ahí, como desechos, sus trajecitos de dos partes envueltos en bolsas de plástico para que no los coman las polillas. «¿Qué estás buscando, Carla?». «El tapado, mamá, ¿dónde lo guardaste?». «¿El de la tía Inés?». «Ahá». «¿Y para qué lo querés, Carlita?». La madre, lejos de proteger lo único preciado que tiene en esa casa, es pura curiosidad. «Para usarlo, mamá, para qué lo voy a querer». Ese no era el tono en el que Carla solía contestar. «Pero es de piel ese tapado, Carlita, ¿vas a ir así a trabajar?». Carla para el movimiento de las perchas de un lado a otro y la mira: «Y sí».

«¿Qué está haciendo?», pregunta el padre sin dejar de ver el diario. La madre volvía de la pieza, intuyendo haberse perdido alguna escena anterior que explicara algo de lo que estaba pasando. «Carla no es así», le dice a su esposo. «¿Así cómo?» pregunta él, como si el ser constitutivo de Carla desde bebé hasta ahora fuera todo una misma escena perdida, entera. «Está rara, quiere usar el tapado». «¿Para ir al club?», levanta el tono y por primera vez baja el diario el Loco Yáñez, porque esto sí lo afecta directamente. «Y parece que sí, si no tiene otro lado adonde ir».

Es un nuevo primer día para Carla y es como si lo fuera también para todos los demás. Se olvidan adónde es que iban caminando cuando ella los cruza por los pasillos del club. Titubean cuando la saludan porque saben que es ella y a la vez un poquito dudan. «¿Carla?», le dicen, ella sonríe y saluda. Sí, es Carla. «¿Vas a una fiesta?». «No, ¿por qué?, ¿hay? ¡Inviten!». Quedan atontados por la aparición y el tono, con el tapado que no usa como correspondería, con los brazos adentro de las mangas –como si solo eso faltara para explicar un tapado de piel negro en el club un martes a la mañana–, sino puesto sobre los hombros, encima, como si le pesara, como si tanto glamour le resultara algo desmedidamente molesto, al punto de querer quitárselo apenas pudiera, apenas cruzara la puerta de la oficina de Doña Sara. ¿Quién es esta que viene con el cuerpo de Carla?

Ella sabe quién es, de eso no hay duda. Sabe que su pelo no es rubio de nacimiento, pero que es el color que quiere, el que la acerca. Sabe que tiene veintiséis años y que le queda un año para su casamiento. Que se llama Carla, Carla Roxana Yáñez.

En el almuerzo, ya sin tapado –ha quedado sobre la silla de madera de la oficina, desprovisto de su gloria matinal, todavía con olor a naftalina–, Carla recoge su plato de comida con un movimiento lánguido, se sienta en la mesa de siempre, sonríe cuando le sonríen. «Carla, ¡qué sorpresa! Parecés otra así, rubia, ¿por qué te cambiaste el color? ¿Tenés algún evento o algo?». «Diego prefiere este color, le quise dar el gusto», sonríe, baja la mirada. Hay una

timidez en sus gestos que no se corresponde con esa nueva postura, con ese flequillo especialmente. «¿Quién es Diego?, ¿tu novio?». Ya se había metido en la boca un tenedor lleno de fideos con tuco, mastica, traga y dice: «Sí, Diego, todos conocen a Diego», y señala un póster atrás de ellos, sobre la pared que da a la cocina, donde Maradona levanta la copa del mundo con la remera de la selección. La comida favorita de Carla son los fideos con tuco, que hoy la sirvan no es más que otra señal de su camino a una vida plena. Concentradísima en envolver una cantidad suficiente para su próximo bocado no ve las caras de sus compañeros de trabajo, la cara de Hernán, que se ahoga para no reírse, la cara de Juan, que abre los ojos fascinado, la cara de Liliana, que les hace gestos a los dos para que no hablen.

Del almuerzo hasta la salida hay cuatro horas en las que todo el club se entera de que a Carla, ahora La Carla, le falla algo, le faltan jugadores, o le sobra un diez. ¿Sabrá el presidente? Les da un poco de temor porque es un tipo muy serio, pero se quedan cerca esperando a que pase, camino a la sala de reuniones, para contarle: «¿Qué tal, Don Camacho?, ¿así que contratando a los parientes de Maradona?». Claro que la historia despierta la atención de Don Camacho, aunque no su risa. Pregunta que cómo. «La Carla», le dicen. «¿Qué Carla?». «La Carla Yáñez». «¿Qué tiene?». «Que dice –risa nerviosa, baja, más bien entrecortada, casi un ahogo–, que dice que es la novia del Diego». «¿Qué Diego?», pregunta ya con el ceño fruncido. «Maradona». Don Camacho no contesta siquiera, se da vuelta ofuscado porque no entiende la charla, desde cuándo les parece que está bien pararlo para hacerle chistes, llega tarde a su reunión, pero se lleva la duda. A la hora de la salida se da una vuelta por la oficina de Doña Sara, ve a una rubia poniéndose un tapado sobre los hombros, arreglándose para salir, mirándose en un espejo chiquito que saca de su cartera, reconoce su cara solamente. «Querido –le dice Carla al salir–. Qué gusto verte, me voy porque me espera Diego, le voy a decir que venga a ver el partido así se emocionan los chicos, a ver si hacen más goles». Don Camacho pestañea sin

decir nada, ve cómo Carla, que se ha puesto otro cuerpo y otro pelo y otra voz con otras palabras, se va como si nada. Inmediatamente se ríe porque piensa que alguien le está haciendo una broma, la nena del Loco no es así, ni era así cuando la contrató, ni era así ayer cuando vino a trabajar con el pelo negro atado y tan seria y tan correcta. Pero nadie le hace bromas a Don Camacho, ni sus hijos, ni sus amigos, porque es difícil que las entienda y que las aprecie. Se queda pensando. Al final del pasillo ve a Hernán y a Liliana cruzarse con Carla, que les tira un beso con la mano. Hernán finge atraparlo riéndose, Liliana lo codea de nuevo tan fuerte que Hernán se queja. Don Camacho los llama para preguntarles qué pasa con Carla. «Se puso de novia con el Diego», dice Hernán, feliz. «Callate, Hernán», dice Liliana, pero no lo desmiente.

Carla vuelve a la peluquería para no llegar tan rápido a casa, además quiere que la vean con su tapado y no le vendría mal un tratamiento para cuidar el color. En la peluquería ya recibieron la noticia, la mamá de un nene de las inferiores fue temprano y les contó que venía del club y que la hija de Yáñez estaba patinando. «Capaz te equivocaste vos, Gladys, y no era *ese* Diego, era otro Diego». «No, no, no. Señaló el póster». «Pero a lo mejor estaba señalando para un lado que justo estaba el novio y también estaba el póster». «No. Es así. Señalaba el póster, todos dijeron. No se van a equivocar todos». «Ella dijo que estaba de novia con un jugador, pero no dijo que era del club… ¿no será verdad lo que dice Carlita?». «Ay, Miriam, ¡cómo va a ser verdad! El tipo está en Italia, si vos me dijeras que vive en la misma ciudad, bueeeno, incluso con la diferencia de edad, bueeeno, aunque ya esté casado, bueeeeeno, pero no, parece que le anda mal algo a la pobre de la Carlita y que ni se entere el padre porque mirá, si así nomás viste cómo es, no quiero ni pensar».

Cuando unas horas más tarde llega Carla, están advertidas. Nadie dice nada hasta que ella no lo diga. Pide un baño de crema, a Diego le encantó el

peinado nuevo, está chocha. Miriam no puede con su genio y comienza a interrogarla, le pregunta apellido, edad, dónde nació, en qué lugar juega. Maradona, 28, Villa Fiorito, de diez. «Ahh pero es re famoso tu novio, Carlita», dice Miriam mientras le masajea la cabeza con shampoo y abre inmensos los ojos aprovechando que Carla los tiene cerrados. La mirada es para Patricia, que mira a Carla con la boca abierta, sentada en uno de los puestos de peinado, con el brazo sobre la mesada esperando que el pelo se enrule debajo de la gorra de goma. Miriam le hace gestos hasta que ella se da cuenta, el gesto es para que siga preguntando, a ver hasta dónde llega Carla. «¿Qué es lo que más te gusta de Diego?», pregunta Patricia emocionada con el juego porque nadie lo sabe, pero ella cree que hubiera sido una buena periodista, todo el tiempo se le ocurren preguntas que nadie en la tele hace y esa curiosidad queda por siempre irresuelta. Carla se sienta porque Miriam ya le enjuagó el pelo y ahora lo envuelve delicadamente en un toallón grueso color azul camiseta suplente. «Todos lo quieren –dice Carla en un tono que es más parecido al de algún día anterior–, es muy lindo que todos lo quieran, él es alegre, habla mucho y se lleva bien con mi papá». Miriam siente algo, esa misma tristeza con la que mira a Carla desde que es chica, y para disimular le sacude rápido el pelo ya sin nada de delicadeza y prende el secador en la máxima potencia para no seguir hablando. Patricia mira a Carla en silencio porque los buenos periodistas saben cuándo dejar de preguntar, si ya todo ha sido dicho. Vuelve tarde a casa ese día la Carla, todos están dormidos, se queda en la plaza hasta la noche, el aire le mueve su pelo suave, huele el perfume de la crema, quisiera que todo lo demás también pudiera volverse así de blando.

En el club nadie sabe cómo tratarla. ¿Seguirle el juego? ¿Hasta cuándo? Su trabajo lo hace bien así que en teoría no hay por qué llamarle la atención. Cada quien se viste como quiere. Aunque sí es raro, cómo negarlo. Corre la bola hasta la cancha y choca con la otra. Los jugadores se ríen, hacen chistes, inventan canciones, los más veteranos reprenden a los más jóvenes, pero

justo es el más joven de todos el único que no se ha burlado. Mario sueña con Diego, corre, come, entrena, salta, transpira, sube al colectivo, se baña, duerme y sueña de nuevo con él. No le parece tan loco que alguien más lo haga, de otra forma, pero igual, que alguien sienta ese anhelo. Y eso despierta su interés y su asombro, y ganas de acercarse a esa persona. Todas estas ideas no se le presentan de esa forma, es algo más desordenado, pero está ahí, una comprensión borrosa, un grado de cercanía con la Carla que antes no ha sentido con ninguna otra persona. Entonces, cuando la ve salir, se acerca corriendo a presentarse. Le cuenta que él entrena mucho, trabaja mucho, que él va a ser grande también. Carla lo mira sin entender, este muchacho qué quiere. La quiere acompañar hasta su casa, si a ella no le molesta. «No le va a gustar a mi novio, tiene un carácter fuerte, ¿sabés?». «Sí sé», dice él sonriendo. Mario también tiene un carácter fuerte, pero por dentro, no tiene rulos, tiene los pelos duros como líneas rectas al sol, los ojos le brillan, eso sí, con una vitalidad muy parecida, pero no es suficiente, al lado de Diego nada es suficiente, todo es poco. Carla se disculpa y se va. Cuando llega a casa, su papá y su mamá están de nuevo alrededor de la mesa, en su escenario fijo. Yáñez enmudece la tele con un botón del control y la mira fijamente, la atraviesa. La Carla sonríe. Él se descoloca, pero no se distrae del enojo, no se ha distraído en años, menos ahora. «¿Cómo es eso de que te estás hablando con hombres vos en el club? Carla, yo no sé qué te enseñó tu madre, pero no quiero enterarme de que estés pelotudeando en el club, ¿me entendés? No sé desde cuándo estás con estas cosas raras, pero ni se te ocurra salir con alguien del club, vas a trabajar y punto, suficiente con que no hayas encontrado mejor lugar que ir a meterte ahí donde todos me conocen». Carla ya no sonríe. Mira a su mamá que mira el tele como si todavía tuviera sonido, ¿qué escucha? «A mí no me gusta Mario, papá, ya le dije que no me hable».

Al otro día Carla sale temprano hacia el trabajo, algo la agobia. Va a hacer calor así que no lleva el tapado. Se pone una camisa rosa fuerte que nunca se

animó a usar y una vincha elástica negra. Nadie la saluda ni le habla porque la notan muy seria. No tiene nada urgente que hacer así que apenas puede va a la biblioteca. Lo urgente es otra cosa. Y busca. Busca en todas las páginas de todas las revistas, aun donde sabe que no puede encontrar nada, y es nada lo que encuentra, no están ahí, su mamá y su papá no están en las fotos y entonces para qué, piensa, para qué todo este tiempo de esperar a que Diego termine de entrenar, de viajar, para qué tratar de estar linda para él si tampoco a Diego lo aprobó su papá al punto de ni siquiera ir a la boda. A la salida del trabajo está tan angustiada que no se molesta en echar a Mario que de nuevo la espera afuera, van caminando juntos a paso rápido a la peluquería porque quizás ahí sí, en esas revistas sí, estén su papá y su mamá en la fiesta. Cuando llega, Miriam deja a medias el peinado de una clienta. «¿Qué pasa, Carlita, estás bien?». Carla está al borde del llanto, el mentón le tiembla, Miriam fusila con la mirada a Mario que levanta los brazos y las cejas, él no cometió ninguna falta, no señor, solo está ahí, solo vino con ella. «Papá y mamá no fueron a la boda», le dice, y suelta el llanto. Se quiebra Carla en tantas Carlas que tiene que sentarse en un sillón para los que esperan, la Carla de pelo negro, la rubia, la que elige su revista en el quiosco, la que grita fuerte el gol de su papá en la tribuna aunque él no la escuche. «Pero Carlita, ¿no era que todavía faltaba un año para el casamiento?». Miriam intenta seguir las reglas de la otra historia aunque el tiempo se ha corrido de repente. Carla sigue llorando y no contesta, su piel se arruga en la frente, en sus párpados, le cuesta respirar porque toda la humedad de su cuerpo quiere salir por su nariz y sus ojos y su boca. Mario se anima a entrar, genuinamente conmovido por la escena, como todo héroe, como todo prócer, necesita defender, vengar, restablecer la virtud herida, hacer que Carla abra los ojos y ya no llore. Se pone de cuclillas, apoya su mano sobre la mano de Carla, y juega: «Pero cuando nosotros nos casemos sí van a ir». Ahí la tiene, Mario, lo miran las dos. Quiere pisar el llanto, Mario. Arranca, a su derecha, agachado, una carrera que nadie sabe dónde terminará pero que no pueden dejar de ver. Carla con sus ojos abiertos lo ve avanzar, siempre Mario, derribar las lágrimas suspendidas ante la sorpresa.

Con el rostro todavía húmedo, todas las Carlas sonríen. Es para llorar, piensa Miriam, es una propuesta memorable, la jugada de todos los tiempos, ¿de dónde salió este?, para dejar en el camino tanto desdén, tanta tristeza, para que toda la peluquería sea un abrazo apretado, llorando por Carla. Carla que era muchas, Carla que es una.

El Loco Yáñez no quiere saber nada con la hija que desgració su nombre en el único lugar donde él fue feliz. Menos quiere tener que ver con Mario, se burla cuando escucha que es una promesa. Va hasta el club, solo para decirle a Don Camacho que él nada tiene que ver con esa locura, que lo mínimo que espera es que la despidan porque ella no quiere renunciar. Camacho escucha y le agradece por los años que Yáñez ha dedicado al club. No confirma nada.

Después de un tiempo, Carla se casa con Mario. Los padres de Carla tampoco van a esa boda. Sí van Miriam y Patricia. También Liliana y Hernán, Doña Sara y su esposo. Algunos jugadores del equipo.

Mario viste un traje gris verdoso, Carla un vestido blanco recto sin tiara ni diamantes. Entra del brazo de Don Camacho, que se ha ofrecido a acompañarla hasta el altar. Todavía es rubia. Está casi entera. Es casi un punto luminoso. Le gusta eso.

Primerizos

Adormecida todavía por el sueño, Ana tenía la impresión de que sus párpados eran dos saquitos de té recién usados, cálidos, hinchados de humedad, abandonados en una taza vacía después de soltar todo el sabor. Pensó que si los cerraba podrían caer algunas gotas, pensó en un hilo que pudiera envolverlos y apretarlos hasta liberar lo que retenían. Había algo fuera de lugar, aunque le costaba precisar qué. Hizo el esfuerzo de abrir más los ojos y se dio cuenta de que lo raro, lo que no correspondía, era el sol. Difícil tratarlo de inoportuno, pero así lo sentía. Si hay algo natural es el sol, y era natural que estuviera entrando en la pieza de esa forma, a esa hora. Toda esa luz estúpida y brillante hacía más fuerte el dolor adentro de su cuerpo, más extraño. No combinaba. Un dolor elástico que se estiraba hasta el milímetro más alejado del origen, un dolor de caramelo ácido y calambre, de tajo en la palma de la mano. Ana era, ella entera, una mano tajeada, incapaz de agarrar algo sin dolerse. Y el sol en su gloria plena, afuera, entre las ramas del árbol del frente, arriba, exhibiéndose sin vergüenza, sin una nube de calma que atenúe tanta impudicia, el sol directo, traspasaba el vidrio y llegaba hasta Ana, exponiéndola. Los días anteriores por lo menos habían sido grises. Pero esa mañana el rayo iba a parar derecho a sus rodillas, a sus piernas y a sus pies recién bajados de la cama, todavía con gusto a sábana, entumecidos, tirantes.

El cuerpo de Ana es un cuerpo distinto desde hace una semana, cuando llegó al máximo esfuerzo posible y se cansó. Quiere jubilarse y no atender a su funcionamiento nunca más, que sea otra persona quien lo mueva o dejarse estar tirado sobre una superficie blanda, con Ana adentro como antes estuvo el bebé. Ella quisiera acunarse en otra cosa cálida que la haga

dormir sin pensar en todo lo que ha pensado desde entonces, cuando sentía que se desarmaba de un dolor que nunca había ni siquiera imaginado. Ana pensó que se moría, pero no. Pensó que era tanto el dolor y tanto el esfuerzo y tan lento todo que el bebé se iba a morir, pero no. Salió ileso, llorando a los gritos, como si ella hubiera parido mal, como reclamándole no haberlo hecho más rápido, más suave. Manuel la miró como a una cosa rota cuando ella se lo dijo, medio sonriendo le contestó: «Todos lloramos cuando nacemos, tontita». Se quedó mirándola después de decirlo, como si en ese sostener la mirada él pudiera prevenir un daño mayor, incalculable. Manuel no podía darse cuenta si ella iba a sentirse mejor en algún momento. Tuvo miedo. Pensaba, para calmarse, que quizás eso de parir es como dicen: asombrarse con el cuerpo entero, suspender la razón, desprenderse de una misma, no podría él saberlo siendo solo un testigo de Ana, adolorida, preguntando si era su culpa que el bebé estuviera llorando así, si acaso esa persona totalmente nueva en el mundo ya le tenía rencor. Quizás algún remanente de las drogas o la anestesia, se consolaba Manuel. Cuando descanse va a estar mejor, venía pensando desde hacía una semana.

Ya vacía, la llenaron de consejos, uno tras otro. Que intente que intente. Que lo alce que lo alce. Que le hable que le hable. «Es muy chico, no me entiende», contestaba Ana cada vez, desde la pura lógica. Pero ellos no querían lógica, querían puro instinto, amor desbordado, saber ancestral. Ella se guiaba por las miradas, porque las palabras eran otras, como si se hubiera separado también del lenguaje. Aunque le dijeran cosas dulces, las miradas juzgaban. Cuando le sonreían, la miraban con pena, como si el bebé se hubiera muerto o como si ella se hubiera muerto. A veces dudaba y se iba caminando lentamente hasta la otra pieza para ver: el pequeño pecho se levantaba y bajaba como les pasa a los vivos. Entonces se llevaba una mano a su propio pecho para corroborar.

Ana cumplía. Alzaba al bebé, le daba la teta, lo abrigaba, lo cambiaba. Y trataba de seguir los consejos, pero no podía hablarle. «Es muy chico, no va

a entender», repetía cuando Manuel la encontraba con el bebé en brazos y mirando hacia cualquier otra cosa. Él se apuraba a asentir, sonriendo, «Claro», le decía y lo llevaba a la otra pieza, donde estaba casi sola, en el centro, la cuna. Ana entonces, libre, volvía a acostarse, aliviada, los brazos le pesaban, las venas picaban, la piel a punto de quebrarse y dejarla a puro músculo y hueso, ¿cuánto le habían dicho que pesaba la criatura? Se habrán equivocado, seguro es más.

Manuel intentaba descubrir, sin preguntar, si era dolor y cansancio o había algo más. Si este no querer hablar mucho sobre ningún tema era para evitar hablar del bebé o si realmente estaba harta del mundo, con el bebé adentro. Cuando Ana se quedaba dormida, Manuel investigaba de la única manera que sabía, googleando en su teléfono.

Cómo saber mi pareja está deprimida. Remedios caseros para la depresión. Cómo hacer para que una mamá quiera al bebé. El bebé se da cuenta si no lo quieren. Cuándo un bebé se da cuenta de las cosas. A qué edad pensamos. A partir de qué año recordamos. Se pueden alterar los recuerdos. Cómo se llama la película que pierde la memoria. En qué plataforma puedo ver Memento. *Por qué cerró Cuevana.*

Recién había pasado una semana. Siete días no es nada. Era injusto hacer pronósticos. Siete días es una medida sin valor. Manuel tenía, sin embargo, una sensación que le hablaba muy bajito, todo el tiempo. La sensación de que la Ana que había salido del hospital no era la misma que había entrado. Como si hubiera bajado tanto la energía de Ana que al llegar a un porcentaje mínimo ella completa se hubiera reseteado y vuelto a una versión anterior guardada sin cambios. Como si esta Ana fuese un respaldo usando su cuerpo que había olvidado los meses con la panza, las listas de nombres, las caminatas larguísimas para encontrar la cuna perfecta. Una Ana suplente que salía a jugar cuando la titular estaba comprometida en otros asuntos. Qué tipo de lesión era esta. No podía googlear eso.

En el hospital se habían quedado solo un día, no era necesario más. Ana

tenía unas treinta preguntas guardadas en las notas de su teléfono y no hizo ninguna. Escuchó las indicaciones con la misma atención que ponía cuando salían a pasear en auto con Manuel, se terminaban perdiendo y le pedían indicaciones a un extraño: con la seguridad de que él estaba escuchando, mientras ella veía por la ventana algo más interesante.

Le prestaron una silla de ruedas hasta el estacionamiento. Manuel la llevaba y ella tenía en brazos al bebé, miraba hacia adelante. La gente que cruzaba le sonreía con ese gesto de quien ve una cosa muy nueva y muy feliz, ella no los miraba, ni miraba al bebé, que era la cosa nueva. Cuando llegaron a la casa fue directamente a la cama, todavía con el bebé en brazos. Se dio cuenta de que necesitaba la soltura de sus manos para empujarse hacia atrás. «Tenelo», le dijo a Manuel. Se acostó, se tapó y anunció que iba a dormir, estaba muy cansada.

Por suerte nadie había ido a visitarlos todavía. Habían juntado las licencias y las vacaciones en el trabajo, y pidieron tiempo a los conocidos para estar los tres solos. Rodaron varios ojos hacia arriba sin decir nada, se escuchó un «Cómo se les nota lo primerizos». Nadie había ido a la casa pero estaban todos en el teléfono. Sesenta y siete mensajes de siete chats. Pedían fotos, medidas, impresiones, pruebas de parentesco en los gestos, lealtad en la forma de una nariz.

Después de unos días, el temido mensaje: la madre de Manuel anunciando que iba o iba. Manuel se mordió los labios y no pudo inventar una excusa. Cuando llegó a la casa, Marta fue directo a lavarse las manos contando los segundos y haciendo toda la espuma que el jabón le permitía. Caminó por el pasillo todavía secándose las manos con la toalla. Entró a la pieza hablando en secreto. Ana se alegró de verla y enseguida le ofreció el bebé. Marta estaba chocha, pensó que Ana sería más territorial con la criatura, pero Ana soltó enseguida, ni le preguntó si se había lavado las manos, ni le pidió tener cuidado con algún detalle. Marta estaba encantadísima con la ofrenda, Ana sonreía y Manuel se dio cuenta de que ella no había sonreído desde hacía

días. Ana se acomodó y le dijo a Marta: «Llevátelo tranqui, yo voy a descansar». Ya estaba tapada de nuevo, aunque no hacía tanto frío.

Marta no pensaba que el bebé era muy chico para hablarle, que no la iba a entender, y entonces le hablaba sin parar. *Lo que te esperamos, lo que te queremos, lo que vamos a jugar nosotros dos, lo que me vas a querer a mí, más que a tu abuelo, qué parecido a papá que sos, la misma nariz, ojalá no te comas los mocos como él cuando era chiquito*. Manuel le reprochó el secreto develado y enseguida se dio cuenta de que hacerlo era como traicionar a Ana, el bebé no tendría por qué escuchar el secreto ni entenderlo, el bebé no sabía todavía lo que eran los mocos ni las palabras, el daño que pueden hacer.

Marta no registraba ni el reproche ni a su hijo, era como si no hubiera tenido un hijo nunca, solo este bebé que cambiaba de posición en sus brazos, dejando la pequeña cabecita cerca de su hombro, para preguntarle a Manuel a qué hora le dieron de comer.

–Hace una hora.

–¿Qué le pasa a Ana?

Manuel no supo cómo contestar esa pregunta violenta. Buscaba la respuesta desde hacía una semana:

–Está cansada.

–No, hijo, eso no es cansancio. Son cosas que pueden pasar, no te preocupes, pero hagan algo rápido. Tiene que aprovechar estos primeros tiempos con el bebé, después todo cambia y ya no parecen más tus hijos, son como gente rara que te encontrás por ahí.

Manuel se ofendió de nuevo, pero Marta ni se enteró.

Incluso cuando pensó obligarse al cariño, todos los músculos parecían reclamarle una propiedad más antigua, un deber anterior. Incluso cuando la culpa la atormentaba, cuando el llanto del bebé rugía en la demanda, los huesos le pesaban tanto que no podía, no podía llegar a la criatura. Probó mirarlo durante el tiempo que fuera necesario hasta sentir el nacimiento de

aquel amor prometido, un golpe furioso de alegría. Puso el cronómetro de su teléfono para marcar el hito. Poder decir después: solo me costó seis minutos y veintitrés segundos, pero los números caían sin parar uno arriba del otro y ella no podía apretar el botón porque nada había cambiado. Dejó el teléfono adentro de la cuna y se fue a acostar de nuevo. Al otro día Manuel aparecía en la pieza con la pantalla marcando 15:46:20. La cifra entristeció a Ana y Manuel aprovechó ese momento de atención para quedarse muy cerca y hablarle muy despacio. Los dos se miraron como ciervos, una mirada honda y asustada, podían saltar en cualquier momento.

Manuel hacía fuerza para que el bebé no despertara en ese momento en la otra pieza, para que el llanto no interrumpiera ese acercamiento. Ana no tenía energía, pero prometió hacer otro esfuerzo. Por dentro, en una promesa solo para ella, prometió que ese sería el último día en que no sintiera nada por el bebé. Mañana irían a hablar con un especialista, quizás solo unas palabras pudieran despertarle algo dormido, quizás algunas pastillas pudieran procesar una cadena de elementos vivos que se correspondieran con la otra que ya había expulsado, quizás mañana.

Al día siguiente, de nuevo el sol, incansable. Ana se despierta pero no quiere abrir los ojos, siente la luz sobre sus párpados y el peso de lo que prometió ayer. No va a poder. Los pájaros cantan en el árbol del frente, alimentan a sus hijos. Si tuviera alas, piensa, permaneciendo quieta. No quiere moverse ni un centímetro para no despertar a Manuel, para que el día no comience de verdad y tener que ponerle pasos a su promesa. Si tuviera alas podría decir que voy a buscar alimento. Manuel se mueve un poco, ella aguanta la respiración. Los pichones estarían con el pico abierto en el nido y ella lejos. Manuel comienza un nuevo ronquido en un tono muy bajo, Ana suelta la respiración aliviada. Pero ella no volvería de inmediato. Manuel se tapa un poco más y Ana se pregunta si el bebé no tendrá hambre como las crías en el nido, no ha llorado todavía. Ella volaría lejos, alguien más se haría cargo, siempre hay otro pájaro con el afán del amor dispuesto. Ella no estaría.

Manuel se da vuelta y pasa un brazo por debajo del cuerpo de Ana para acercarla a él. Ella quiere hundirse en aquel colchón para no levantarse más. No puede seguir fingiendo, ya ha abierto los ojos, ya se miran los dos. Manuel le acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja. Están muy cerca y ella no puede salir volando. Él va a decirle algo, algo que ella tendrá que hacer, se lo va a decir en un tono dulce pero será horrible de todas formas. Manuel separa sus labios para hablar y no es su voz lo que se escucha en esa habitación, lo que escucha Ana y lo que escucha Manuel es la voz de una nena que dice: «Mamá, tengo hambre».

Basta eso para convencer a Ana de ir al médico de inmediato a buscar esas pastillas mágicas, ya no para dejar la tristeza o el rechazo o el reparo o la distancia, sino para no escuchar estas voces nuevas, recién nacidas también. Pero algo en el gesto congelado de Manuel le dice que él había escuchado lo mismo. Estaba pálido, confundido. Sin dejar de mirarla ni pestañear. Dos ciervos. ¿De dónde se pudo haber colado esa voz hasta llegar ahí? ¿Cómo había podido viajar con tal claridad, con ese volumen? Se escuchaba ahí mismo, junto a ellos, como si alguien hubiera entrado en la casa, caminado por el pasillo y desde la puerta de la habitación les hablara, como ahora, de nuevo: «¿Mamá, estás despierta?». No se mueven. Sienten unos pasos suaves acercarse hasta el borde de la cama, pasos indicando la delicadeza de unas plantas pequeñas. «¿Mamá?». Entonces una manito agarra un pie de cada uno, moviéndolos hacia los costados en el afán de que por fin, de una vez, la miren. En menos de un segundo Manuel salta hacia la cabecera de la cama, se sienta sobre su propia almohada, agarrándose las piernas, mirando fijo hacia adelante. Ana se queda acostada, quieta, mirándolo a él desde abajo de la colcha, que él traduzca todo, al bebé, también a ese fantasma, a esa intrusa. «Nena –dice Manuel–, ¿cómo entraste a la casa?». La nena comienza a reírse aunque con poca energía, al fin y al cabo recién se levanta, todavía está en piyama, y volcando hacia atrás la cabeza le reclama el mal chiste: «Papáaa, daaale» mientras se sube a la cama con cierta dificultad, es una cama alta, ella mide menos de un metro. Ana en pánico, inmóvil. Manuel grita: «¡No te subas! ¿Cómo?, ¿de dónde?… Bajate». «Quiero despertar a

mamá», dice la nena, muy dormida todavía para entender el juego de papá, avanzando en cuatro patas hacia Ana. Manuel no sabe qué hacer. Tiene la necesidad de salvar a Ana de la pequeña usurpadora, más ahora, justo ahora, pero no quiere ni siquiera rozar a esa nena extraña que ya llega a la altura de la cara de Ana y le sonríe, quita el cubrecamas, se abre espacio debajo de la sábana, se tapa bien y abraza a Ana, todavía inmóvil, todavía muda. «Ya te despertaste, vamos, mamá». Ana atina a mirar a Manuel y decirle: «El bebé».

Manuel salta de la cama y en algunos segundos ya está en la habitación de al lado, parado en la puerta. Da unos pasos hacia atrás, no puede entrar, siente una especie de entumecimiento en toda la frente, una forma distinta de respirar, se pregunta por un momento si está sufriendo un infarto, si alguna vena de su cabeza ha decidido simplemente dejar de funcionar, no quiere entrar. Va hacia la puerta de entrada de la casa, está cerrada. La cocina está igual, el baño está igual, el estudio está igual, pero la pieza del bebé no es la pieza del bebé, es la pieza de una nena con una cama de una plaza, un cubrecamas blanco con flores, una casa de muñecas en la esquina, peluches coloridos, algunos libros en una biblioteca pequeña, una mesita al medio de todo donde antes había una cuna, cubos y libros de cuentos, una lámpara colgante en el techo con flecos y borlas de cristales falsos y un nombre en la puerta, tallado en madera, pintado de color lila, que dice: «Jimena».

Ana es puro mirar. Mira a la nena acomodarse sobre su brazo, una mejilla suave y cálida. La mira hablar sobre lo que soñó anoche, no llega a escucharla todavía, antes están las preguntas que se hace cayendo una sobre otra, los gritos que contiene. La mira moverse sin parar y reclamar atención y asentimiento cada diez segundos, «¿No, mamá?». Mira esa cosa inexplicable a su lado. La nena pone su mano pequeña sobre la cara de Ana, y ella por fin se concentra en lo que dice, le pide medialunas para desayunar. Ana, con algo parecido a una voz, le dice que sí, que ella también quiere. La

nena se incorpora saltando de la alegría, gritando «Mamá dijo que síiiii, papáaaaa. Vamos a compraaar, mamá dijo que síiiii. Anoche me dijiste que iba a decir que no, y dijo que síiii».

Manuel vuelve de su recorrido, sin bebé en brazos. Ana se sienta, aturdida. Detrás de los saltos de la nena ve a un Manuel angustiado. Él mira a la nena: «¿Jimena?». La nena contesta: «¿Qué, papi?, ¿vamos?», se baja de la cama y le estira los brazos. Manuel mira a Ana. Ana asiente, un solo sí. Manuel la alza, con la misma cara de desconcierto. Jimena comienza a jugar con la barba de Manuel, intentando hacer una trenza, «yo quiero tres medialunas para que me quede una para la tarde». Manuel dice: «No está el bebé». Entonces la nena se ríe, tirándose hacia atrás de nuevo, parece una costumbre, Manuel tiene que poner su mano rápido para que no se caiga o no se quiebre la espalda como imagina que puede pasar, la nena vuelve, elástica, erguida, a verlo de frente, «Yo ya no juego con bebés, papi, ya estoy grande. Para mi cumple quiero un rompecabezas». Ana, sentada, mira. No jugar más con bebés. Ser grande. Manuel no sabe cómo decirle a esa nena que ella no es su hija, no sabe tampoco qué pensar de esa media sonrisa apareciendo en la cara de Ana, de ese alivio que de pronto se le ve. Le pide a Jimena que vaya a su habitación hasta que ellos terminen de cambiarse. La nena promete dibujar mientras tanto. «Sí, sí», responde sin ganas Manuel, como cada uno de los padres de este mundo, ante una oferta tan poco trascendente.

«Ana, hay que llamar a la policía, esta nena por algún lado se metió… no entiendo, pero la pieza… la pieza es otra, hay que llamar…». Agarra su celular rápido, y en ese momento comienza a sonar. Es la madre de Manuel. Le va a responder rápido porque si no va a seguir llamando. Rápido y sin decir nada, ni mu. ¿Cómo podría casualmente decir «no tenemos más al bebé, pero hay una nena en su lugar»? En cambio dice: «Hola, mamá, ¿todo bien?». «Sí, hijo, ¿cómo están ustedes? ¿Cómo está Ana?». Ya anticipa Manuel el comienzo de un hilo de consejos, la vigilancia de los gestos, la exigencia de la recuperación inmediata, pero no es eso lo que sigue, sino «¿Cómo está Jimenita?». «¿Ah?». «¿Jimenita ya se levantó?, ¿no quiere hablar con la abuela?». «… Sí, quiere… medialunas». Marta ríe, «Ay, esta nena,

cómo le gusta lo dulce, el otro día me dijo que para el cumple quiere una torta de chocolate solo para ella y otra para que compartan los demás». Ana le hace gestos a Manuel, quiere saber por qué está callado. Manuel se sienta al lado, desvía el teléfono mientras su mamá sigue hablando, «Parece que la conoce desde el año pasado». «Preguntale de dónde», le dice Ana y él le hace un gesto donde caben todas las imposibilidades, no, no puede.

¿Y si esto les viene pasando hace tiempo?, ¿y si son los dos los que no volvieron del hospital? Pero ayer, ayer esto no pasaba. Jimena grita desde la otra pieza: «¿Ya estáaaaaan?». «Pasame con la nena, dale», se escucha desde el teléfono. «¿Jimena?», llama Manuel, «tu… abuela… te quiere hablar». Entra saltando Jimena a la pieza. Manuel pone el altavoz. Los dos se agachan, expectantes.

–ABUELAAAAAAA.

–(risas) Hola, Jimenita bebé, hermosa, ¿cómo amaneció la nieta favorita de la abuela?

–Bieeeeeen, mamá dijo que sí puedo comer medialunas.

–¿Cuántas vas a comer?

–Tres.

–Es un montón tres, mi amor.

–Noooo, dos ahora, ¿no?, para el desayuno, y una a la tarde.

–¿Una sola a la tarde?

–Sí, así me convidan otra cosa.

–(risas) ¿Y qué vas a hacer hoy?

–No sé, ¿vas a venir?

Ana y Manuel le dicen que no con las manos y con la cabeza y Jimena se ríe pero no se asusta ni la desinvita, como si no fuera la primera vez que pasa eso, como si siempre repitieran la misma escena. Marta ya dijo que sí, que va a la tarde. ¿Y si llega y no ve al bebé? No preguntó por el bebé, es como si no hubiera existido nunca. Pero Manuel se acuerda del bebé, de su mamá alzándolo, de Ana sosteniéndolo con esfuerzo, del bebé no hace mucho en la panza, de la primera sospecha cuando Ana vomitó. Y Ana también se acuerda del bebé, del momento en que confirmaron el embarazo,

de esa alegría blanda del principio, de su cuerpo cambiando, del entusiasmo y el miedo, de las noches que no podía dormir porque no recordaba ningún nombre de la lista que había escrito esa tarde, de las noches que no podía dormir porque si dormía soñaba con bebés muertos, porque si dormía se despertaba en el mismo cuerpo del que no podía escapar.

Jimena devuelve el teléfono, reclama rapidez, tiene hambre. Manuel pide auxilio con la mirada y Ana se levanta rápido, con una energía nueva, o con un cuerpo más obediente, o por lo menos obligada por la extrañeza, o por la solidaridad. Van los tres a la panadería.

La última vez que Ana salió de su casa fue para ir al hospital. En el camino nadie la cruza para decirle «felicidades por el bebé», «Enhorabuena». Los vecinos saludan al pasar como si nada, como si Jimena fuera parte de la familia, saludan también a la nena por su nombre y ella a veces responde y otras no. No saben si corregirla, no saben qué corregir, no saben nada. Apuran el paso y están por entrar a la panadería pero Jimena se queja, no es esa la que a ella le gusta, quiere ir a la que está más lejos. Descubren algo que siempre estuvo ahí, de camino a la otra panadería, pero a lo que nunca le habían dado importancia: los juegos de la plaza. Jimena los engañó, como parece haber hecho con Marta y los vecinos. ¿Habrá escondido al bebé en algún lado de la casa? Ahora están los dos sentados en el banco, obligados a ver la destreza con que la nena se tira de cabeza, con los brazos adelante, por el tobogán. Hablan bajito, por las dudas:

–¿Te fijaste en toda la casa?

–Sí, no estaba.

–¿En el horno?

Manuel palidece.

–No, en el horno no, ¿vos pensás…?

–No sé, no la conozco.

–No había olor a gas.

Se miran. Ana está a punto de reír y Manuel de llorar. Entonces Ana se

preocupa y quiere llorar, y Manuel se alivia de que Ana por fin quiera reír, pero ni ríen ni lloran porque una señora que pasa los mira enojada y les dice que la nena se puede lastimar bajando así del tobogán, que cómo la dejan hacer eso. No saben qué contestar, nunca antes tuvieron una nena que baje de un tobogán. Repiten lo que dijo la vieja:

–Jimena, vamos que te podés lastimar.

Jimena hace caso enseguida. Está satisfecha y no se queja porque parece que antes no la dejaban quedarse tanto tiempo o casi lastimarse. Aprovechó su momento. Ahora sí, van por medialunas.

Una vez leyeron que los buenos padres dejan ser a sus hijos sin intervenir. Que lo importante es observar. Desde la irrupción de Jimena eso era todo lo que habían hecho. De vuelta en la casa, Ana no se había metido de nuevo en la cama, el reclamo de su cuerpo estaba en suspenso. Todavía le pesaban las mismas partes, le exigían liberación, descanso, pero no podía dejar de vigilar hasta encontrar algo: una razón, un bebé, la familia de esa nena, lo real.

A Jimena le ofende profundamente que haya medialunas sin dulce de leche, lo han aprendido en la panadería. Al parecer, la nena es más sociable de lo que ellos dos lo fueron en todo el tiempo que llevan viviendo en el barrio. Sabía cómo se llamaba el panadero y no solo eso, el panadero le había guardado las últimas cuatro medialunas con dulce de leche que le quedaban porque estaba seguro de que iba a convencer a Manuel de ir a comprar esa mañana. El panadero la conocía de toda la vida, tenían ganas de preguntarle: «¿Usted la vio desde bebé? ¿La vio con nosotros? ¿No la tenía otra gente? ¿Sabe dónde la podemos devolver?».

También le gustan las tortugas ninjas, eso lo aprendieron de vuelta a casa escuchando por qué Donatello es el mejor de todos y que cuando ella tenga un hijo se va a llamar así. «Sos muy chica para pensar en esas cosas vos», le dice Manuel y se sorprende de lo conservador y redundante que es antes de serlo: «Ay, papá, siempre decís lo mismo».

Esperan ansiosos a Marta, como un nene que tiene un juguete nuevo para mostrar, quieren que les cuente cómo funciona. Saben que va a ser difícil averiguar algo, pero Marta tiene una virtud que no han medido ni conocen: es una abuela. Como tal, tiene conocimiento de toda la historia clínica de la nena, mejor que ellos, ella sí se acuerda, ella sí sabía, por ejemplo, ella les advirtió que no le dieran tan rápido dulce de leche porque los nenes parecen adictos, les dice que la controlen si no quieren que aumente de peso. Ana descubre muy rápido todo tipo de cosas que no había imaginado que le molestarían. Manuel también, pero las ignora porque al fin y al cabo es su mamá, y en última instancia la nena esta ni siquiera es de ellos. «La misma nariz que tenías vos de chiquito tiene», dice Marta embelesada con el perfil de Jimena que toca feliz la cabeza de la tortuga real y viva que la abuela le trajo, vaya a saber de dónde, le dice después Ana a Manuel, vaya a saber si es legal tener ese pobre bicho en una casa, mientras Jimena tapa a Donatello Junior con una servilleta para que duerma tranquilo esa noche.

Ana y Manuel se demoran en dormirse. No pueden ni saben, ni cómo ni qué. Ana se preocupa y se alivia al mismo tiempo sabiendo que Manuel ve y sabe lo mismo que ella, ¿pero todos los demás? ¿Qué clase de intervención larguísima y compleja es esta? No fueron al médico ese día, no tenían con quién dejar a la nena, quizás tendrían que haber ido.

Ana se despierta abrazada a Manuel, hacía meses que no se dormían así. Se despierta antes que entre el sol. «¿Voy?», pregunta Manuel. «No, voy yo», dice ella. Hay dos opciones: está Jimena o está el bebé. Todavía existe esa posibilidad, que los dos hayan sufrido algún embrujo el día anterior. Una intoxicación delirante, un cansancio profundo que les desconectó temporalmente algún cable. No hay cartel de Jimena en la puerta. Es el bebé, piensa Ana antes de abrir, pero no es alivio lo que siente.

Abre la puerta y todavía está dormido, en lo que parece ser su cama, en una habitación a oscuras y con mucho olor a pies, un chico de unos quince

años, eso que algunos llaman adolescente.

Sentados a la mesa, los padres callan. Emiliano también, parece enojado, o triste, o confundido, quién sabe, Ana y Manuel no. Tuvieron que hurgar en una mochila para sacar pistas mientras él seguía dormido, encontraron un cuaderno con una letra horrible, tareas incompletas, dibujos de tetas, carteles de Metallica. También encontraron un paquete de cigarrillos que Manuel se robó, está pensando en volver a fumar, ahora que la realidad no importa, que no puede confiar en nada más que en Ana y en él.

Es el desayuno más incómodo que han tenido. Emiliano no dijo una palabra desde que salió de su pieza directo hasta el baño, estuvo una hora adentro con el celular, salió de ahí y todavía no los mira. Tienen la secreta esperanza de que al alzar la mirada, en algún momento del día, él mismo reconozca en ellos a dos extraños. Quizás funcione así este día y sea él quien quiera llamar a la policía, devolverlos a otra casa, pero nada desconcierta a este pequeño joven, ni siquiera su bigote a medio salir a lo Cantinflas, ni esas casi rastas que parecen haberse formado por dormir demasiado o no peinarse nunca o quizás no bañarse.

–¿Querés hacer algo hoy? –pregunta Manuel. Ana lo mira y contiene la risa. El pequeño joven blanquea los ojos y mastica con la boca abierta un pedazo de pan con queso. Cuando por fin termina de tragar dice: «Hoy es el concierto», se levanta y se va ¿ofendido? Imposible saberlo. Tendrán que averiguar más en algún momento de distracción de Emiliano, ojalá mientras se bañe. ¿Dónde estará Jimena? Ninguno de los dos quiere decirlo, preguntarlo en voz alta, recordarle al otro que antes hubo alguien más y alguien más. Y todo ese cuidado por no herir al otro o convocar a quien no puede volver o preguntar lo que es imposible responder se vuelve un aire cálido, un vapor. Ana se levanta para abrir la ventana y que se ventile un poco. Manuel sonríe, un poco nervioso, guarda las cosas sobre la mesa, pasa la esponja, abre la heladera, revisa que haya cosas suficientes para sobrevivir

este días y los que vengan. Y los que vienen es una idea que se acomoda en Manuel y entonces piensa que si de un día a otro pasó esto, y de un día al otro aquello, ¿entonces mañana?

–¿Cambiarán por las noches? –pregunta Ana.

–Yo creo que sí, por lo menos así viene pasando…

–¿Y a este chico también lo conocerán los demás? No creo que quiera ir a la panadería.

–¿Llamo a mi mamá? –pregunta Manuel casi con miedo.

Ana le dice que sí y juntan las sillas, lo más pegadas posible. Pone el altavoz:

–Hijo, qué milagro.

–Hola, ma.

–¿Todo bien?

–Sí, todo bien, ¿vos cómo estás?

–Bien, hijo, estaba cambiando unos focos que están a punto de quemarse, parece, pero no alcanzo el de afuera del patio, tengo que poner la escalera, te iba a decir si lo podrías mandar a Emi un ratito.

Los dos se miran contentos, han corroborado algo de un mecanismo que en total es absolutamente desconocido. No les sirve de mucho, pero algo conocido siempre es bueno, algo que se repite es tranquilizador, incluso cuando es malo, familias enteras han cuidado así sus legados.

–Sí, ma, pero hoy es el concierto –dice Manuel, orgulloso de sí mismo, ha recordado un dato, es ya mejor padre que tantos. Ana le sonríe y le levanta el pulgar. Son un equipo imbatible, si tan solo supieran qué hacer.

–Es verdaaaad, ay me olvidé, igual no voy a poder ir porque viste que ponen demasiado fuerte la música y me hace mal, ¿se enojará, Emi? No creo, ¿no? Igual van ustedes. Este finde les tocaba llevar a los otros chicos de la banda a sus casas, ¿no?

Se miran serios. ¿Quiénes son todos esos otros chicos? ¿De qué clase de banda estaban hablando? ¿No podían simplemente ir a la plaza y que

jueguen tranquilos y solos en el tobogán? Manuel logra cortar el teléfono con la promesa de ir él mismo en algún momento, que no sabe si llegará, a cambiar el foco. Tienen que averiguar rápido todo lo que puedan. Emiliano se está bañando, es un alivio. Entran los dos a la pieza y dejan abierto todo para que se ventile. El celu lo tiene en el baño con música a todo volumen, pero la compu está prendida, no serán los primeros padres en espiar un chat, pero sí es su primera vez. Hay un grupo que se llama Panikster. Suena a banda. El concierto es hoy a las ocho en el estadio de básquet del otro barrio. En el chat, Emiliano les advierte a los otros miembros de la banda que no les den charla a sus papás porque se van a poner insoportables, especialmente su viejo que se hace el pendejo cada vez que los ve. Manuel nunca se sintió tan ofendido y Ana intenta contener la risa. «Dale, vos eras igual con tu papá, seguro». «Nunca, qué pendejo malagradecido, encima los tenemos que andar llevando». Manuel corre el cursor sobre los otros chats pero Ana se asusta, mejor no, mejor no saber, para qué, ¿qué pueden arreglar si hay algo roto? Mañana ya no habrá Emiliano. Solo resta este día por delante, que se les hace largo, muy largo, porque ninguno quiere ir a escuchar a Panikster ni a fingir que no les importa no ser interesantes para un montón de adolescentes. Hasta podrían hacer el mínimo posible, si Emiliano mucho no les habla, si ellos son unos pesados, si los otros ni los van a registrar, podrían estar totalmente ausentes, mirar el celular durante todo el recital, comprar algo para comer de vuelta y ya está. Mañana será otro día.

–¿A qué hora salimos? –le pregunta Manuel a Emiliano, que terminó de bañarse después de cincuenta minutos.

–A las seis y media está bien. Tenemos que probar sonido.

–Dale –sin saber por qué Manuel acompaña su respuesta con un guiño. Emiliano se para de camino a su pieza, de la pura sorpresa, la mira a Ana, que está de lo más divertida, viendo la caída en pánico de todo lo que Manuel alguna vez pensó que constituía una personalidad interesante, o sea él mismo.

Cuando llegan al estadio descargan las cosas por la salida de emergencia, en la entrada ya hay fila. En los carteles reconocen el nombre de la banda, justo debajo de la banda principal, abajo hay un montón de otros nombres igual de enojados y crispados tipográficamente. Desde otra camioneta bajan cuatro chicos que parecen de la misma edad que Emiliano, todos de negro como él. Levantan la mano para saludarlo y Manuel y Ana se preparan para recibir la indiferencia, pero en cambio los cuatro les sonríen y van directo a abrazarlos: «Qué bueno que vinieron los dos», «¿Cómo están?», «¿Nos van a poder filmar?», «Al final vamos a cerrar con otro tema, no el que habíamos ensayado», «Encontré el pedal que se me había perdido», «Dicen que hoy va a venir un productor de incógnito». Son los chicos más amorosos del planeta. Ana y Manuel en jaque, fuera de personaje, sonríen como bobos y asienten a cada cosa que escuchan, contagiados de ese entusiasmo puro. Emiliano mientras tanto acomoda los cables y cuenta el equipo, sonríe un poquito disimuladamente, esto no es nuevo. Cuando todo está listo, Ana y Manuel se van del otro lado con sus entradas y el pase para la platea. Se miran sorprendidos mientras el estadio comienza a llenarse de jóvenes que podrían tener cualquier edad, ya no calculan, todos parecen tener una banda y ser terriblemente desapegados y a la vez los más afectuosos del planeta. Sentados, agarrados de la mano, Ana y Manuel se dedican a identificar entre las remeras el nombre de Panikster. Ahí hay uno, allá hay dos más, ahí hay todo un grupo de chicas, dos adultos, ¡una bandera! Después de una larga espera comienza el show, el estadio está lleno y solo faltan diez bandas antes de la de Emi.

Cuando llega el momento de Panikster las luces bajan, el público grita, se escucha una guitarra. Desde el escenario comienza la música como una avalancha y Emi canta como otra fuerza de la naturaleza, un alud, un terremoto, algo que cimbra los cuerpos desde los pies hasta la cabeza. Todos gritan mientras saltan, las luces amarillas y verdes se mezclan entre la gente y se ven fugazmente bocas abiertas elásticas, brazos erguidos, cuerpos contorsionados, y Ana y Manuel al borde del llanto y con la piel erizada. ¿Quién es este pequeño joven? ¿Quiénes son ellos? En la tercera canción ya

perdieron totalmente el miedo al ridículo y repiten el estribillo que acaban de aprender a los gritos. Saltan lo que el espacio les permite. Se acuerdan de que tienen que grabar y sacan los celulares riéndose, en los videos se escuchará «Vaaaamos, Emiiiii» sin parar, no lo van a poder usar para las redes de la banda.

Falta poco para la medianoche y recién va a comenzar a tocar la banda principal. Ana y Manuel esperan afuera porque los chicos dijeron que no valía la pena quedarse hasta que termine, no son fans de la banda y es un lío irse después. Mientras, ven pasar a un par de chicos con la remera de Panikster, se codean, buscan algún puesto de venta de remeras, les da vergüenza preguntarle a Emi, se supone que ellos ya deberían tener un par. Comienza a hacer un poco de frío y Manuel abraza a Ana, el cuerpo todavía resuena con la música, con la sorpresa, con la maravilla. No recuerdan cuándo fue la última vez que fueron a un recital, ninguno hubiera sido tan increíble como este, increíble de bueno y de no creer.

Manuel mira a cada rato su celular. Ana le pregunta si está bien, si pasa algo. Él no lo quiere decir, pero Ana insiste. «La hora… si las cosas cambian de un día para el otro… ¿no será que ahora, a las doce…?», «¿Como Cenicienta?», dice Ana riéndose, pero Manuel no se ríe y ella comienza a ponerse seria también. Miran en todas las direcciones buscando a Emiliano. ¿Y qué pasa? ¿Desaparece todo? ¿Desaparece Panikster? ¿Las remeras y banderas de Panikster? O alguien más reemplaza a Emiliano. O Emiliano sigue existiendo pero no los reconoce porque tiene otros padres, los verdaderos, después de todo Marta no fue hoy a la casa, no saben qué rasgo heredó de quién, qué idioma habla esa cara. Como invocada por el pensamiento, Marta aparece en el celular de Manuel: *Vengan mañana a casa así mi chiquito me cuenta cómo le fue. Besos de la abuela, que se abrigue.* Corazones por cinco.

El chiquito de la abuela levanta la mano a unos metros y ellos respiran,

aliviados. Van corriendo a encontrar a la banda. Abrazos para todos y el primero con Emiliano, fuerte, largo. Emi se ríe, es otro, flojo, cómodo, alegre. Y ellos tan malos, piensan, y ellos tan malos pensando que era un adolescente malhumorado, no este artista preocupado por su concierto. Ya en la camioneta todos, charlan a los gritos, se ríen, Manuel no tiene idea de adónde tiene que llevarlos, «¿Vamos a comer primero?», propone, todos celebran. Manuel mira todo el tiempo la hora en el reloj del auto. Dan las doce y nada, nadie se desvanece, Emiliano dice que está seguro de que tocó mal una nota, pero no sabe si se dieron cuenta los demás, las 12:01, los chicos le dicen que ellos no escucharon nada fuera de lugar y que a diferencia de otros recitales hoy salió todo perfecto, las 12:03, no como esa vez en el parque que el sonido era malísimo, 12:04, síiii, qué malísimo ese sonido, era horrible, no hay que tocar más si no hacemos prueba antes, y detalles técnicos que ni Manuel ni Ana entienden pero no importa porque son las 12:10, las 12:20, las 12:30 y no ha pasado nada. Cenan en un lugar de comida rápida, parecen una familia gigante. Después de comer los chicos quieren descansar. Manuel les dice que desconfiguró el gps de la camioneta, que pongan todas las direcciones de vuelta mientras él va al baño antes de salir. Ana se sienta atrás con Emi y le agarra la mano un ratito, se sonríen, cree ver en la nariz un aire a su propia familia, de la que viene ella, donde ha nacido. Algo dentro se estruja un poco y entonces piensa en el bebé y quiere llorar sin saber por qué, pero no puede porque ahí está Emi, su hijo, tan contento.

Son las dos cuando llegan a casa, las 2:25 cuando Emi entra a su pieza. Antes se tomó media botella de gaseosa y se comió un paquete de galletas de chocolate. Nada de toda esa azúcar le quita el sueño. Abraza a Manuel y le apoya la cabeza en el pecho, es breve el abrazo, pero cimbra como la voz de Emi en el escenario. Manuel no se lo esperaba y ahí está a punto de desarmarse. Pero Emi ya va camino a abrazar a Ana, que está sentada. Se vuelca encima de ella, abrazándola por la espalda. Ana cierra los ojos y

agarra los brazos de Emi, le da besos y acaricia su cabeza. «Hasta mañana, gracias por ir hoy», les dice. Cuando cierra la puerta Ana sube los pies a la silla y comienza a llorar sin parar. Manuel quisiera acercarse y consolarla pero él también llora, parado en la cocina, viendo la puerta de la pieza de Emiliano, no sabe por qué llora Ana, no sabe por qué llora él.

Deciden hacer la prueba, ¿qué pueden perder? No más de lo que han perdido ya. En realidad sí, sí pueden, no hay un límite, todo se pierde, se pierde antes de terminar de ganarlo, se pierde solo por desear, este es un mundo de perdedores convencidos de que hay que ganar. Una noche sin dormir, con suerte eso sea todo si lo logran, si triunfan con su experimento. Quizás todo permanezca igual, no haya cambios mañana. Preparan un termo de café como si aquello significara algo, nunca el café los mantuvo despiertos, ni cuando estudiaban. Pero Ana no toma café hace mucho tiempo, unos diez meses, y confía en el efecto que tendrá, un efecto potenciado por el sacrificio anterior. Ya han perdido por querer.

Cansado de bostezar, Manuel decide salir a caminar, se lamenta por no tener un perro que lo acompañe, pero no es el momento. Espera que no lo confundan con un merodeador, ni que lo asalten. Busca el equilibrio perfecto en lo que viste, que su ropa diga: Soy simplemente una persona que quiere evitar dormir para que su hijo siga siendo el mismo. Cree que lo ha logrado añadiendo una campera. Ana aprovecha para ordenar un armario lleno de libros y papeles, fotos de viajes que hicieron cuando eran novios, papeles de la casa, diplomas que no sirven. No hay, en ningún cajón ni estante, ni en ningún otro mueble ni pieza, una foto de Emiliano. ¿No debería haber? Va hacia el ropero, busca entre toda la ropa una remera de Panikster, tampoco. Tampoco hay otras fotos ni pruebas de Jimena, ni del bebé. Nada en el celular tampoco. Con el shock de ayer, y sin saber qué podía pasar, ni siquiera intentaron registrar algo de Jimena. Y ella nunca sacó una foto del bebé, para qué, si iba a estar toda la vida, para qué, si era muy chiquito para entender.

Cuando Manuel vuelve, sin botín y con todo lo que llevaba puesto, Ana está dormida sobre la cama, las puertas del ropero abiertas, todo revuelto, como si el asalto que evitó hubiera entrado a la casa. Manuel despierta a una Ana derrotada que murmura algo sobre las pruebas, no hay pruebas, da igual que no duerman. Pero cuando Manuel decide acompañarla y dormir también ella se sienta de golpe, alerta, ¡no!, tiene que intentarlo, aunque sea una vez. Manuel está confundido, una pierna tapada, la otra sobre el piso. Ana le propone hacer turnos, él puede dormir primero. A las diez lo despierta y cambian. Ella siente que a esa hora ya nada va a ser distinto, se duerme tranquila hasta las dos de la tarde. Manuel la despierta entonces porque es raro que no pase nada. No salió Emi, que podría haber dormido hasta esa hora. Pero no se escuchó nada más, ni un quejido, ni música, ni alguien jugando.

–¿Tocaste?

–No.

–Vamos.

Tocan la puerta. Nadie responde. Pegan el oído, no escuchan nada. Tocan de nuevo. Deciden abrir. No está Emiliano. No hay nada que sea de Emiliano, ni la compu, ni la cama desordenada, ni la ropa tirada en el piso, ni su guitarra, ni los pósters. En esta habitación hay una cama de una plaza, un acolchado blanco, ropa de niño en el ropero, algunas cosas que no son de adolescente, que son de alguien menor, pero no hay niño. Ana y Manuel están tristes y cansados. Se sientan en esa cama sin entender cómo o por qué. Entrelazan las manos, Ana se apoya en el hombro de Manuel, y Manuel apoya su cabeza sobre la de Ana. Se acuestan ahí mismo y se quedan dormidos hasta las cinco de la tarde, cuando el celular de Ana suena.

El contacto dice: «Romi mamá de Bau». Medio dormida Ana contesta. Romi le dice que Leandro ya quiere volver a casa, si lo pueden buscar en el salón de fiestas, todavía hay gente y falta tiempo, pagaron hasta las seis y media, así que no pueden llevarlo. Ana responde que sí, que por favor le pase la ubicación y corta. «Se llama Leandro», le dice a Manuel. Y se levanta para ir al baño y lavarse la cara. Frente al espejo se queda mirando la punta

de su nariz, tararea una canción de Panikster, secándose las lágrimas.

En el camino casi no hablan. El ánimo de la mañana del día anterior era otro totalmente. Antes eran ellos dos contra el pequeño extraño que ya no será nombrado, ahora son ellos dos sin Emiliano. Y ni siquiera van a pensar más atrás. Cuando llegan al salón de fiestas no hay nadie esperando en la entrada. Uno de los dos tiene que bajar. Manuel le dice que seguro la esperan a ella. Ella lo mira con bronca, pero es la única que habló con la mamá de Bau. Lo acepta, pero entonces se da cuenta: no sabe quién es Leandro, qué cara tiene. Manuel, de puro reflejo, saca su celular, aunque ya sabe que no encontrará nada ahí.

–A lo mejor lo reconocés cuando lo veas –dice Manuel, y sabe que se está arriesgando porque la cara de Ana acaba de cambiar de odio incipiente a odio total.

–¿Por el instinto, decís?

–No, no, no. No te enojes. Voy yo.

Ana lo deja ir. Necesita estar aunque sea un minuto sola. No ha dejado ni un momento de escuchar ese reclamo antiguo, esa voz parecida a la suya en medio de otras voces, una voz que se iba perdiendo, una frase que no lograba entender del todo, la misma consistencia de un sueño escapándose a manos de la vigilia. Ana espera el llamado de Ana y solo recibe una videollamada de Manuel, que está adentro del salón, resulta que no hay uno solo sino varios, filma para que Ana le diga «cuál de todos cree que es». Ana no puede ayudarlo porque alguien de seguridad ya se acerca a él, un hombre grabando a menores, el tipo de cosas que un padre no hace porque sabe que está mal, un padre con experiencia teniendo hijos. Manuel corta. Ana se hubiera reído pero solo piensa en el abrazo de Emi, en su sonrisa tímida, en su orgullo contenido. Piensa en los pájaros que alimentan a crías que no son suyas, en nidos vacíos. No ha logrado ser la que vuela y abandona, y es ahora abandonada, obligada a alimentar a otra especie, a esperar a otra especie, a preservar a otra especie. Sale Manuel de la mano de un niño de unos cinco o

seis años. Un niño que no se parece a Manuel ni a ella. Muy rubio para el linaje, con cara de bueno y medio torpe, concentrado en un turrón que va comiendo. Manuel tiene cara de haber ganado algo, aunque eso en este mundo es imposible. Y es entonces cuando algo arranca brevemente a Ana de la tristeza y es ver a una señora consternadísima que corre detrás de él con otro niño de la mano. Aparentemente es la mamá de Bau, que viene a corregir a Manuel, que se ha llevado un hijo que no es de él. Manuel se tapa la cara con las dos manos mientras la mamá de Bau alza al niño rubio y empuja suavemente al otro, a un nene de esa edad pero con el pelo del mismo castaño oscuro que Manuel, a quien mira con bronca.

Como Ana maneja, Manuel se sienta atrás con Leandro. Leandro está profundamente enojado con el padre así que mira por la ventana y no dice nada. Manuel le hace gestos a Ana para que hable, para que pregunte algo. Ana no tiene ganas:

–Nene, ¿cómo te fue en la fiesta?

–Bien, hasta que papá se robó a Nico.

–No me lo robé, me confundí un poquito porque estaba distraído –responde Manuel, defendiéndose.

Ni Ana ni Leandro quieren seguir hablando. Es un viaje incómodo. Por suerte falta poco para la noche, solo unas horas y chau. Marta también quiere a este. Marta podría ser abuela de cualquiera, si cambiaran al niño por una comadreja es probable que encontraría algún aire de familia en el pelaje, la mirada de algún ancestro, la misma sonrisa que Manuel en algún grado de la primaria. Pasa por la casa de sorpresa para llevarle a Leandro un libro para colorear de unos bichos raros, algo de un juego o de un video o de una película, cosas deformes y coloridas que ninguno piensa que es para alguien tan chico pero a esta altura ni les importa, que pinte lo que quiera. Marta dice que Leandro tiene el mismo exacto carácter que Manuel a esa edad. Y por primera vez Manuel compadece a su madre. El nene no dejó de mirarlo mal ni un momento, si fuera por él le daba un par de pastillas para

dormir y se tomaba otro par, y mañana empezaría de cero con alguien con mejor actitud. Además, era más chillón y quejoso delante de su abuela. Había estado bastante tranquilo con ellos dos solos pero apenas llegó Marta comenzó a rascarse, agarrarse, doblarse, pedir, tirarse al piso y hacer toda clase de cosas molestas. La regularidad indica que mañana no va a existir, así que Ana ni se preocupa por averiguar si va al colegio, si sabe escribir, si le gusta o no el plato de fideos que acaba de servirle. Sí le gusta. Está riquísimo, le dice. No va a caer en la misma trampa, piensa Ana, no le importa que este chico le sonría, ni le pida más, ni le diga que la comida en la otra casa donde se quedó a dormir era fea y que el cumple era aburrido y que Ana en cambio hace la comida rica y sus cumples sí son divertidos. Ana es firme. No le da un segundo plato, le dice que no hay más, lo manda a dormir. Acepta leerle un cuento pero lo hará sin entonar ningún diálogo, lo hará mientras piensa adónde volar. Lo va a tapar con cuidado sin mirar cómo Leandro le estira los brazos para que ella se recueste a su lado. Se va a recostar a su lado sin abrazarlo. Lo va a abrazar solo para que se duerma más rápido. Le va a dar un beso en la cabeza solo para que el nene no sienta un vacío horrible sin nombre, una tristeza inmensa y agotadora, para que duerma bien esta noche, que vuele a otros padres, a otro nido, que encuentre una madre entera a tiempo completo, una que no añore a otros hijos, que sepa qué dice su propio nombre cuando la llama. Leandro se queda dormido sobre su brazo, respira con la tranquilidad de un ser humano que se sabe protegido. Una respiración que no se puede aprender de otra forma, una respiración larga y caliente, llena de madres. Ana lo mira esperando dormirse ella también, despertar en otro nido, no ser el pájaro que usurpa, ni el que abandona, ni el que cuida. Quiere ser un paso antes, el pichón que aprende a volar, la construcción del nido, la rama frágil que lo estructura, la rama fuerte que es el sostén, un árbol alto que da sombra y tapa el sol que en toda su gloria invade la pieza, llega a sus pies, le avisa que es un nuevo día.

Imposible

Siempre se olvida de aquel detalle: cada vez que lo abre, el paraguas toma la forma de una araña en un techo, patas contra la gravedad, simulación de antena, ilustración de una industria empobrecida, pero nada que pueda ser un refugio. Las gotas que entraron por el puño en su intento de arreglarlo llegan al codo y le regalan un escalofrío que dice «va a llover» con la misma voz de su mamá. El brazo se da por vencido y retoma su posición de descanso, acompaña la frustración del resto del cuerpo, la gota vuelve hacia el puño.

«Lloverá» es lo mismo que «va a llover», piensa Natalia, pero nadie habla así aquí, suena como a un nombre del Litoral, a nombre de un lugar donde la lluvia encuentra cosas que nutrir, no como esta avenida, suena a nombre de un lugar donde las cosas laten.

El paraguas ahora es recipiente, el revés de su objetivo, no cumple la meta de su propio cuerpo, Natalia quiere espantar la voz de lo que diría entonces su mamá, pero ya lo ha pensado. Resignada, se apoya en la persiana de un negocio que también parece estar en pausa, no sabe si está cerrado para siempre y es difícil darse cuenta, en esta parte de la ciudad bien podría haber inaugurado ayer y ya estar destruido, o quizás esté ocupado, adentro, por gente que no es su dueña legítima. La idea la incomoda y se despega de la persiana para que nada de aquello la roce. No puede moverse mucho porque quedaría por fuera de ese pequeño techo de cemento que cubre la persiana, el mismo que la protege de la lluvia, de su falta de planificación para vivir mejor a esta altura de la vida. Es la voz de la madre de nuevo, la que se ha colado en el día de Natalia. Ese fantasma. Pero no está muerta su madre, y ahora es ese otro pensamiento el que rápidamente detiene. Un paraguas

puede ser una razón demasiado vana y húmeda, pero es suficiente.

Estaba a la mitad del camino. Ya había tomado un colectivo y le tocaba otro más. La parada de ese segundo transporte queda a dos cuadras. Imposible llegar así. Claro que eso no pasaría si se hubiera mudado a principios de año con su amiga. Ahora ella no le habla. El departamento que hubiera sido también suyo está a solo diez cuadras del trabajo, no necesitaría un colectivo, mucho menos dos. Pero un paraguas, sí, Natalia, un buen paraguas siempre. Se recuesta de nuevo sobre la persiana y entonces se da cuenta de esa nueva presencia a su izquierda y se sobresalta. No supo en qué momento llegó él a resguardarse bajo su techito. ¿Será uno de los que ocupan el negocio abandonado? Parece. Quizás no se anime a entrar porque está ella ahí y entonces quedaría en evidencia. La pequeña puerta metálica de la persiana tiene un candado, pero él no hace amague alguno de moverse, solo parece esperar a que pare la lluvia, como ella. Aunque está inquieto, lo puede percibir. Está inquieto porque quizás planea robarle, ella está ahí, después de todo, inmóvil, adónde va a ir. Natalia piensa que si en ese momento ella agarrara más fuerte su cartera sería muy obvia, debería hacer lo opuesto, lo opuesto a lo que quiere, mostrar lo que se quiere esconder, gritarlo si es necesario, como en un desfile, como con un cartel. Abre entonces la cartera, todo el cierre, como si quisiera sacar de ahí adentro una olla Essen, una pelota de básquet, una canasta con frutas. Revuelve buscando cigarrillos que sabe que no tiene, comienza a soltar quejidos de diferentes valores: ufff, pucha che, mmmh, ay, ufa. El joven la comienza a ver, ahora sí, presta atención a la escena, los sonidos son lo suficientemente raros. «¿Te falta algo, amiga?», le dice sonriendo. Claramente se está burlando, aunque solo un poco, también se lo pregunta con curiosidad. Ella cree que la pregunta es una clave que quiere decir: Dame todo lo que tenés en el bolso o te tajeo la cara. No levanta la vista y solo responde, bajito: «… puchos». Si tan solo hubieras comprado un buen paraguas, Natalia.

Tenía uno hermoso antes. Azul con grandes flores rojas. Tan firme que las gotas ni siquiera se deslizaban por la superficie: rebotaban. No le llegaba más que el sonido de una amenaza lejana. Tan amplio que ni sus hombros, ni su

bolso corrían riesgo, ni el brazo de su amiga entrelazado con el suyo cuando iban juntas caminando debajo del paraguas. Ahora lo tenía su amiga. Y no podía pedírselo porque no se hablaban.

Unas gotas caen adentro del bolso donde Natalia seguía buscando y entonces siente aquella mano cerca de su cara. Pánico. Se mueve apenas y ve primero los tatuajes, uno en cada dedo, luego una plasta de tinta negra en el dorso de la mano, unas líneas gruesas en la muñeca, parece seguir hacia dentro, seguro el tatuaje cubre todo el cuerpo, un mismo tatuaje, la continuación de un deseo: taparse lo que era realmente. Pudo entender ese impulso, estaba acostumbrada. Entonces lo mira a los ojos, sin miedo. «¿No querías?», le dice él arqueando unas cejas amables y gigantes. Recién ahí nota el cigarrillo que él le ofrece en medio de dos dedos. Hace mucho que no fuma. Una costumbre de gente ordinaria, Natalia. No fue un problema dejarlo porque no era que fumase tanto, no era que lo necesitara. Si a alguien le molestaba que ella fumara podía dejar de hacerlo. No sería lo primero.

El sonido del encendedor dispara otro escalofrío. Sonríe delante de la luz de la pequeña llama. Inhala. Su cuerpo se llena de humo y los músculos ceden, descansan. Natalia, que ya ha perdido el miedo al posible ladrón, dice: «Me gusta mucho el ruidito que hace, al prender». Él sonríe y asiente, sabe de inmediato que solo está conversando, que no está ni estará interesada en él. Natalia le pregunta: «¿Tiene un nombre la ruedita?». Él no sabe, pero va a buscar en su teléfono, la lluvia no merma, no tiene nada más que hacer. Busca las palabras «encendedor partes». Y lee: «reactor químico portátil usado para generar una llama». «Una piedra y una rueda estriada, parece que es», le contesta él, contento. Natalia puede ver que es joven, no mucho más que ella, aunque hay algo en su rostro, una cualidad que ella no tiene y quiere identificar, ponerle un nombre, como a la ruedita, a ver si se la roba, a ver si la consigue en algún lado. Algo que parece salvaje, pero no es salvaje. «Debe ser el "dispositivo de ignición"», sigue diciendo él mientras lee ahora entusiasmado. Es dulzura, piensa Natalia. No. O sea sí, pero además es otra cosa, algo como tranquilidad. Se da cuenta: es valentía. Imposible

robarla entonces.

Él ha terminado su tarea y guarda orgulloso el celular en el bolsillo, deja ahí también sus manos con tinta. No estaba cubriendo nada con los tatuajes, no tiene nada que cubrir, estaba mostrando. Hay cosas que no se tienen que mostrar, Natalia. El agua llega ahora casi a la altura del cordón de la vereda, la avenida es un río, si sigue creciendo se podrían ahogar, ser arrastrados, como troncos por una corriente desenfrenada. Como ella. De un lado a otro, de un caudal a otro, de una fuerza a otra.

Hace un año se quedó toda la tarde viendo el canal de noticias que cubría la inundación en Misiones. «¿No es de ahí tu amiga?», le dijo la madre apareciendo de repente en el comedor. Natalia pegó un salto de la silla donde estaba y tiró el control remoto, se asustó. Su amiga no estaba en Misiones en ese momento, estaba preparando sus cosas para la mudanza. Las cosas de Natalia estaban ordenadas adentro de su ropero, una remera arriba de otra, un libro arriba del otro, como si fueran cajas sin su perímetro de cartón, cajas invisibles, esperando la materialización de una cualidad por definir. Natalia se paró a buscar el control y al levantarse miró fijamente a su mamá, tomó aire, juntó fuerza, abrió los labios y entonces salió ese quejido, no del cuerpo de Natalia sino de su madre, un quejido espantoso que retumbó en todo el comedor, un sonido que la doblaba en dos partes. En la tele pasaba un árbol gigante, arrastrado por el agua, chocando con otras partes de algo que antes había sido una casa, mientras Natalia corría a buscar el carnet de la obra social y llamaba a la ambulancia. De fondo alguien señalaba la paradoja de que en la mitad del país hubiera sequía y en Misiones tanta agua. No hubo diagnóstico fatal, solo preocupación, necesidad de cuidado, evadir sobresaltos, esquivar cambios drásticos. Qué bueno que estás conmigo, Natalia.

La lluvia baja y se aclara un poco el cielo. «Está más tranqui ahora. Me voy. Suerte, amiga», le dice él y se aleja dando pasos largos y rápidos. Natalia se queda mirando el agua durante la media hora que tarda la lluvia en desaparecer por completo. La cualidad del chico quedó girando en el aire húmedo, justo delante de ella, camina unos pasos para atravesarla, para

lograr que algo de eso se impregne en ella. Compra un paquete de cigarrillos mucho más caros que cuando fumaba, un encendedor que pueda prender un fuego. En la parada levanta la mano para frenar un colectivo y bajarse diez cuadras antes del trabajo. De todas maneras está llegando tarde. Tiene todo el trayecto para hacerlo, para ensayar la cualidad.

Berta sin cable

Berta abre los ojos, precisa, puntual. No es su cuerpo el que la arranca del sueño sino las luces del auto del vecino, a las dos de la mañana, llegando a su casa. Como todas las noches, el vecino estaciona el auto sobre la vereda, interrumpiendo el paso, apenas está unas pocas horas en su casa y a las ocho ya parte de nuevo, derecho hacia la esquina de la calle y desde ahí no se sabe. Vive solo desde que llegó a la cuadra, hace un año.

La primera vez que se cruzan es una revelación: un domingo a las siete de la tarde, habían cortado la luz desde la siesta. Qué hacer con la vida tanto tiempo. Si hubiera sido de noche por lo menos habría podido mirar en el cielo un esbozo de estrellas, abrir la mente hacia un desvarío gentil y leve. En cambio, esa tarde interminable, un calor pesado, nada de tele, nada de radio, imposible pensar en una conexión entre dispositivos lejanos, nada donde depositar la atención, las ganas de volcarse hacia un vacío que no fuera el propio, hacia la levedad que salva. Faltaba mucho para el lunes. Entonces sale el vecino a la vereda y es la noche estrellada para Berta que ha salido antes porque adentro se asfixiaba, y sin disimulo admira el espectáculo entero, desde los pies largos y descalzos sobre el cemento hasta el pelo naciente al ras de la nuca. Todo parece moldeado a propósito, no hay suerte en ese diseño. En su camino a esa nuca, los ojos de Berta han pasado por unas firmes pantorrillas, duras e inquietantes, recordándole la pregunta permanente sobre la ocupación del vecino, una duda desplegada en forma de múltiples hipótesis en lo que ella va de la cocina al living, de la cama al baño, el horario no cuadra con sus teorías ni con esta nueva que comienza a desarrollar, a tientas, despacio, subiendo por los arcos marcados de un cuerpo tan lejano a pesar de la distancia objetiva. Berta deposita la punta de

su lengua sobre los labios. Antes el clima no era este, el verano era caliente pero seco, ahora toda esta humedad mal repartida, sin rumbo, adueñándose de los cables de la civilización, dejándolos sin luz. Una gota de transpiración baja desde el medio de la espalda de Berta en una línea prolija y sin distracciones, pero ella no la percibe, apenas atiende a su propio cuerpo. Es otro quien la ocupa, quien ocupa su atención. Abre los ojos como si fueran las dos de la mañana pero son las siete y cuarto de un domingo mágico de espaldas anchas, una firmeza que no ha visto más que en el cuadrado iridiscente del televisor, también los domingos, cuando en algún partido alguien gozoso revolea por encima de su cabeza una camiseta, rápido, porque viene aquel otro corriendo con una tarjeta en la mano a pedirle que se vista. Berta permanece inmóvil en la vereda. Podría ser ella misma un vehículo impidiendo el paso, el poste aquel que se yergue ahora inútil, con su brazo agarrotado de cables inservibles, pura barbarie. Hay un gesto breve, una contracción involuntaria en su rostro: se levanta unos milímetros la piel desde la comisura derecha del labio, alguien, no sabe quién, deidad o ente demoníaco, zurce desde adentro a Berta con un hilo invisible y levanta y aprieta, frunce un camino antiguo, olvidado por su cuerpo. El vecino, que ha girado, cree que aquel gesto es un saludo. Inclina la cabeza como respuesta, como solo pueden hacer quienes están a punto de recibir una corona. Berta puede ver el sol, que se niega a irse, reflejado en el manto de cabellos nacientes, el astro desbordado, una plantación de trigo que nutrirá a la Tierra, a las bocas hambrientas. Pero aquella totalidad, tan ajena como lo ha sido siempre, vuelve a girar sobre su eje, precisa, puntual, cuando vuelve, inoportuna, ya olvidada, para qué, la luz artificial con toda su potencia desintegradora y boba. Brilla por dentro su ventana, irradia una modernidad cómoda y servida, cierra la puerta de aquel otro que es un vecino y es un abismo y es un desconcierto.

Van tres horas seguidas de transmisión. Ya no se sabe quién espera, si el glaciar o Berta. Claramente solo ella está sosteniendo la emoción. Los

conductores en el tele ríen, hablan de sus vacaciones, de la impresión que les causó uno y otro paisaje, de lo bueno que sería este país si no fuera este país. Berta quisiera bajar del todo el volumen para no escucharlos más, no los soporta, pero teme perderse el rugido del glaciar. Ruge cuando cae. Un sonido similar –salvando las distancias, la intensidad y la convocatoria– al crujir de las papas fritas que Berta mastica, de a cinco, de a seis, una sobre otra, en prolijo orden, saliendo de una bolsa platinada, tan brillante como el agua sobre la que se desploma otro pedazo de glaciar y sale a flote y vuelve a hundirse y cambia de color y salpica y maravilla y todos aplauden en el lugar donde sucede y gritan los conductores en el piso y ella quiere emocionarse pero el enojo por las voces no la deja. Desearía una transmisión sin mediadores, el puro sonido del lugar, el registro detenido y veraz sin nadie que la distraiga de lo que realmente está pasando, poder ver sin pausa ni explicación, una mirada sostenida solo por sus ganas de mirar sin ser vista.

Entregada desde hace tiempo al cálido interior de su casa, Berta apila una ramita tras otra en un nido cada vez más cómodo. Una salida del mundo que sucedió tan despacio que ni ella ni el mundo se dieron cuenta. La primera ramita fue el retiro anticipado y forzoso. Berta había comenzado a renguear, pero no era ese el problema sino el dolor, un vaivén lo tiene cualquiera. Dolía en cualquier posición, a cualquier hora. Comenzó a tomar analgésicos. El dolor no pasaba. Días enteros estuvo alejada de la luz, del aire, de la esperanza de recuperar una vida anterior donde pudiera ahogarse en un aburrimiento sin espasmos. No hubo mejoras y entonces pidió más potencia, más efecto, y el adormecimiento le fue concedido. Las pastillas nuevas no solo calmaban el dolor sino que la dejaban en un estado que cualquiera podría confundir con una pulsión contemplativa, una suspensión sensorial, un caracol ocupando el cuerpo y la mente de Berta. Las clases se hacían larguísimas, olvidaba los nombres de sus alumnos y los miserables aprovechaban para hacer todo tipo de cosas: salirse del aula por las ventanas, cambiar sus notas, pelearse en el fondo, dibujarse tatuajes con marcadores,

sacarse fotos con Berta durmiendo sobre la mesa.

Berta no podía sostener el dolor sin las pastillas y la escuela no podía sostener a Berta. No quería irse, pero tuvo que hacerlo. Asegurado el ingreso mínimo para vivir, solo le quedaba el resto de su vida por delante, una renguera amenazada por los fármacos, la ruptura de algo adentro suyo que no sonaba ni se veía, un derretimiento sin grandes anuncios.

La segunda vez que Berta encuentra al vecino es un milagro. Alguien ha escuchado el rezo que Berta no traduce en palabras porque no cree y porque no debe. Es lo que en otras épocas se llamaba cartero, no viene con cartas sino con un paquete que Berta no pidió. El paquete no tiene el nombre de Berta, pero sí su dirección. El cartero le dice que está casi seguro de que es para el hombre de al lado que suele comprar cosas por internet, quizás solo se equivocó en el número y ella pueda preguntarle. Berta acepta recibir la caja, no tiene nada más que hacer. No es hasta que cierra la puerta, con el paquete en los brazos, cuando entiende que al lado es *ese* lado, no el lado contrario, es el lado del vecino. Algo comienza a moverse a otra velocidad, siente circular una sangre guardada, su cuerpo le devuelve la impresión de ser uno con ella, de nuevo, como antes, antes de la renguera y el fármaco, del rompimiento y el letargo, del sillón y el tele que ahora habla solo, lejos, muy lejos en ese living donde ella comienza a despejar la mesa para que no quede nada encima y apoyar en el centro la caja como una ofrenda enviada para aliviarla.

Se sienta a mirarla. ¿Qué tendrá adentro? Entonces se da cuenta: no ha leído el nombre. Estando tan cerca de poder pronunciarlo con esos mismos labios que ahora muerde. ¿Cómo podría llamarse? ¿Hércules? ¿Dionisio? ¿Sandro? Se acerca despacio al objeto y descifra el código letra por letra: Agustín. Bueno. No importa realmente. Podría llamarse Berta, si quisiera. Ella podría decirle tocayo y guiñarle un ojo, darle una palmadita en la espalda, resbalar la mano tranquila, como sin querer. Berta levanta la caja y la sacude suavemente, espera que el sonido le diga cosas, le dé la forma de lo

que ahí descansa. Será algo que pueda servirle a ese hombre que duerme poco y luego no existe. ¿Vitaminas? ¿Aceites? ¿Barras proteicas hechas de insectos musculosos conservados en un néctar
hermoso y dulce? El sonido no le dice nada a Berta, pero no importa tanto lo que el paquete ha traído porque lo trajo hasta aquí, a su mesa. Agustín llegará a las dos, como todas las noches o mañanas, ¿cómo podrá saber que algo aquí lo espera? Debería dejarle una nota, decirle que toque nomás, sin importar la hora. No, quedaría raro. No sabe entonces qué hace escribiendo: «Te llegó un paquete a mi casa, pasá a buscarlo».

Son las tres de la tarde cuando suena el timbre. Berta está segura de que es el cartero que viene a arrebatarle la excusa. Piensa en dejarlo sonar, que suene hasta que se vaya por no encontrar respuesta, y escucha: «¿Vecina?». Es Agustín. Aunque Berta nunca lo ha oído hablar sabe que esa voz corresponde a ese cuerpo. Abre sin pensar qué decir. Abre sin estrategia, cegada por el puro gusto de ver. Él sonríe y de nuevo ciega, aunque sonríe poco, poquísimo. Le muestra la nota, Berta reconoce su letra y dice: «Sí, esperame». Hubiera sido fantástico tener una casa larga para demorar esa caminata de vuelta con la caja en las manos hacia Agustín que la mira desde la puerta. También hubiera sido terrible para su renguera, que ahora olvida. «Gracias, señora, disculpe… seguro me equivoqué…». Agustín habla de un cursor fuera de control, de un clic que no se hace a pesar de la insistencia, de números que se deslizan por campos y él corriendo detrás para sujetarlos con la fuerza de esos brazos, pero es tarde porque ya ese número se imprime en una etiqueta que lo lleva a ella que le dice: «No hay problema, no te preocupes». Después de presentarse formalmente, Berta deja caer un «A esta hora nunca te veo». Agustín le cuenta entonces que todos los días a esa hora vuelve a su casa a comer porque el trabajo le queda cerca, no trae el auto para caminar un poco, a quien no ve nunca él a esa hora es a ella. Lo dice con una mueca risueña, Berta no ha atinado a decir nada y él ya se va, dice «gracias de nuevo» levantando el paquete en sus manos. Y es que claro, Berta no sale, trata de no moverse tanto, gira dentro de su casa, visita una pieza y luego otra, mira tele hasta tarde, vive adormecida para no sentir

dolor, solo cuando las luces entran por la ventana de su cuarto, ese haz amarillento y pálido, siente algo de energía palpitar.

Vuelve a la mesa vacía, se sienta y el sonido del tele, antes lejano, la abruma. El volumen está al máximo, qué habrá pensado Agustín. Él sabía de ella aun sin verla. Berta agarra su celular y busca en Google el lugar del que salió la caja, el color es el mismo, las palabras también, quizás solo sea cuestión de pedir.

Los médicos le dijeron que aunque no debía esforzarse demasiado, siempre era bueno hacer algún tipo de ejercicio. Podría por ejemplo, con un mat, sentarse cómodamente en el piso y estirarse un poco, desacostumbrar las piernas al ángulo recto de la silla docente, levantar un brazo al aire aunque no señale ninguna oración en el pizarrón. Con los elásticos podría hacer crecer un músculo, ganar resistencia. Con una pedalera podría mover los pies más rápido, evitar los calambres. Berta ve una por una todas estas opciones desplegadas en una columna, se pregunta cómo sabe la página todo esto que parece saber, pero corrige el error de inmediato, ella no está ahí para rehabilitarse de nada. Toca de nuevo el menú, insiste en el cuerpo, pero busca otras cosas. Lo primero que elige es algo llamado «power straps», le parece suficiente y sobre todo liviano. Puede imaginar muy fácilmente esa envoltura rodeando firme otra firmeza. Su dedo marca uno a uno los números de la tarjeta, la fecha de vencimiento, una clave para liberar la magia, la dirección de Berta, el nombre de Agustín.

La primera entrega es en realidad la segunda. Berta toca la puerta vecina tapándose el sol con una mano. Agustín abre rápido, todavía masticando, tiene puesta la camiseta de uno de esos equipos que a veces hacen goles, Berta fija los ojos en el escudo con una lealtad naciente, levanta los ojos hacia la maravilla y dice «te llegó otro». Agustín se deshace en disculpas y aunque parece estar un poco sorprendido porque no ha hecho otra compra, lo recibe, agradece, desea buenas tardes, cierra la puerta. Berta sonríe de

vuelta a su casa, tres metros de felicidad no son tan frecuentes. «La felicidad es un ejercicio», decía una cartulina en el aula donde Berta daba clases. Un ejercicio requiere disciplina, cumplimiento, repetición, vencer la quietud, olvidarse de uno mismo, de lo que pesa, de lo que falla, de lo que falta. El dedo de Berta se desliza. Busca el cuerpo, las opciones. Elige algo que se llama «hand grip». Lo encuentra coherente, y es muy buena relación precio producto (ha descubierto los comentarios). Sus datos ya están guardados, no es necesario más que confirmar, la página se lo hace cada vez más fácil. La segunda vez que es la tercera, Agustín tiene puesto un buzo que dice NO EXCUSES, Berta lee en silencio «No te disculpes» y piensa que es un mensaje para ella, traduce esa calma en su expresión. Agustín, en cambio, se ve preocupado. «No sé qué pasa –le dice–, yo no pedí nada más». «¿Cómo?», finge Berta. «Pedí solo el primer paquete que le llegó a su casa por error, y después no pedí nada más». «Debe andar mal esa página», atina a comentar Berta, bastante orgullosa por esa salida oportuna. «Puede ser», dice Agustín, sintiéndose aliviado porque Berta no está enojada y porque sí, esa podía ser una razón. Si no qué.

Está dejando pasar más días entre un paquete y otro, no tanto por temor a ser descubierta sino porque la jubilación no le permite el vuelo. Pero la sensación de arrojo cada vez que entra a la página es consistente, así que no deja de hacerlo. Cuando pasa todo un día sin entrar, las luces del auto a las dos de la mañana se lo recuerdan, son como un aviso de que todo es posible. Ahora la página le habla a él, le ofrece más instrumentos para perfeccionar lo que ya era bueno. Berta sonríe porque no hay más objetos de rehabilitación, solo barras y discos y pesas.

Cuando Berta lleva el siguiente paquete, Agustín tiene puesta una remera verde clara con un bolsillo pequeño adelante, donde nada cabe. Es un color que no acentúa sus virtudes. Él le cuenta que estuvo buscando a alguien con su mismo nombre, quizás los datos se cruzaron y le están mandando las compras de ese otro Agustín que se nota que es un deportista. «Puede ser»,

le dice Berta, pensando que el verde claro no le queda tan bien, le da cierta palidez alrededor de los ojos, y que quizás no se arregla tanto solo por estar dentro de su casa, y eso es una pena.

La idea de que Agustín busque a su doble la inquieta un poco. Él debería concentrarse en el mal funcionamiento de la página, aceptarlo, recibir los regalos sin más, dejar de investigar. ¿Qué tan molesto es recibir regalos? A ella no le molestaría en lo absoluto. Pero quizás necesite variar el producto. Que el Agustín deportista se borre de la cabeza de Agustín el vecino, cambiar la categoría. En su próxima visita a la página, Berta entra a «Casa y jardín». Seis metros de césped sintético, en camino.

Para ayudar a las finanzas da de baja el cable, no habrá más conductores gritando, ni noticias urgentes, no habrá más remedios contra la indigestión seguidos de hamburguesas de cuatro pisos. Le da cierta pena perderse la observación de los fenómenos naturales, pero ahora es ella la exploradora. Ahí va rumbo a aquel ser vivo a entregarle un juego de jenga.

Agustín tiene una sombra de barba y una campera salmón, hay algo en él contagiado de ese color, como si sus tonos naturales se hubieran cambiado a otra paleta un tanto más sombría. Berta busca la curvatura de los hombros y cree ver una forma menos rígida. Agustín le muestra con mirada de desolación que el pequeño espacio de un metro que funcionaba de recibidor está lleno de cajas, un rollo verde chillón, accesorios deportivos, un florero de cerámica como de un metro, una lámpara de sal y un cuadro de un puente de Nueva York que llegó la semana pasada. «Encima son cosas feas», le dice resignado. Berta se sorprende, se siente un poco incómoda, frunce el ceño y contesta: «Bueno, son lindas para alguien». Se despide mirando el desorden, un poco desilusionada al darse cuenta de que Agustín es una persona poco agradecida y sin noción de los colores que le conviene usar, y vuelve a casa.

Al otro día Berta sigue sintiendo cierta incomodidad, ¿será que ha olvidado tomar sus pastillas? Pero no es un dolor del cuerpo, es una sensación

extraña. Abre la página pero no hay nada en ella que le despierte entusiasmo. Prende el tele guiada por la costumbre ancestral, olvidando la rescisión de su contrato. Se acerca a la ventana, solo para mirar algo, no es a Agustín a quien busca, y lo que ve la desarma: al lado del cesto de basura del vecino están todas sus compras, las que hizo con tanto esfuerzo y voluntad, la evidencia de su espíritu explorador. Una feria de desprecio solo para ella.

A las dos de la mañana la luz amarillenta de los faros despierta a Berta. Se sienta en la cama. Escucha la puerta del auto, la de la casa. Se acuerda de la imagen de todos los objetos amontonados, las cosas que ella eligió para volver a verlo, las cosas que ya no son canales en su tele. Siente que es excesivo el ruido a esa hora de la noche, y que la luz también es molesta. La gente debería ser más considerada con sus vecinos.

Al otro día entra a la página, decidida a hacer su última compra, después de eso borrará sus datos de ahí. Cuando llega el paquete, el cartero le pregunta a Berta si ella está bien y Berta no sabe qué responder. Piensa en eso toda la tarde, casi sin mirar la caja.

Agustín tiene puesta una camiseta blanca sin gracia. Parece más flaco y cansado. Le dice a Berta que está pensando en denunciar lo que pasa. «¿A quién?», le pregunta ella. «A la policía, a la página, no sé, es como si alguien quisiera molestarme, parece a propósito y me está dando miedo». Berta sonríe un poco. «Cómo vas a tener miedo», le dice. «Abrí el paquete, a ver qué te mandaron». Entonces él parece calmarse un poco, le regala una media sonrisa, quizás si esta señora piensa que es una tontería no debería exagerar tanto. La caja es grande y lo primero que saca es una letra de medio metro con focos adentro, como las que ponen en el césped en eventos importantes, en las bodas de los famosos o en los cumpleaños de quince. Saca una A y Berta dice: «¡De Agustín!». «Pero yo no lo pedí», contesta él. Saca una T y ella le dice: «Me parece que sí, se va a formar tu nombre». Él la mira confundido, la señora no debe haber entendido su preocupación y lo toma muy a la ligera. Entonces saca la B, la E y la R. Ella le sonríe. Y él, que era en

la Tierra el espejo del Sol, parece de repente alguien que nunca fue tocado por un rayo, alguien que nunca se rio ni fue feliz, alguien que nunca pudo dormir una noche entera ni pensar en el futuro, toda su piel trigueña se vuelve pálida, traslúcida, el campo de trigo que alimentaría al mundo es un campo cubierto de ceniza, una cosecha perdida. La piel de sus brazos se eriza y solo atina a dar unos pasos para atrás y cerrar de golpe la puerta, casi azotándola. Ella recoge las cosas porque no quiere verlas de nuevo al lado de la basura y vuelve a su casa.

Berta se entera por el celular de que el canal de noticias que ella veía sorteó un viaje al Perito Moreno entre sus espectadores. A lo mejor hubiera podido viajar, renguera y todo, verlo en vivo. Llama para contratar el cable de nuevo.

Por la noche, unas luces amarillentas se asoman apenas por la ventana pero no entran como antes a la habitación, el auto aumenta de golpe la velocidad hacia la esquina, hacia otra parte. No vuelve. Berta se acomoda y duerme tranquila. Al día siguiente llega la gente del cable, Berta sale y ve todavía su nombre erguido en la entrada de la casa del vecino, dándole la bienvenida para cuando decida volver. El instalador las señala y le dice: «Están bonitas, para mí se las van a robar si las dejan ahí» y ella sonríe, le reconforta saber que todavía hay gente que valora las cosas.

Lo que ella sabe

Lo que ella sabe es esto: todo. A nadie le gusta saber todo. Imagínese. Saber, por ejemplo, que la vecina de abajo la cree una vieja sucia; cuando se cruzaron en el palier escuchó que pensaba eso. Así funciona, por cercanía: a menos de dos metros de distancia de otra persona ya sabe todo lo que nunca quiso saber, lo que ni siquiera le interesa. Gracias a Dios que es solo así, piensa en momentos de optimismo o de suave aceptación, momentos que son posibles únicamente cuando está sola. Si no hubiera ese límite puesto por la distancia, el ruido la volvería loca. Se asombra de no estarlo ya, de haber encontrado una especie de equilibrio al descubrir que si se aleja un poco de los demás no tiene acceso ni a la *escucha* ni al *saber*.

La *escucha* es eso mismo, o casi: en la voz, el tono y el acento de alguien más, ella puede escuchar una frase puntual que el otro esté pensando, pero no diciendo; ahí media la consciencia.

El *saber*, en cambio, es una información entera. En su cuerpo el saber se siente como si hubiera sabido siempre. Cuando se cruzó al vecino del segundo piso supo: le debe plata desde hace mucho tiempo al hermano, le da miedo dormir solo, está comenzando a tener incontinencia y ese día tenía antojo de ensalada rusa. No hay en ese saber la exhaustividad biográfica, ni la confesión de algo inenarrable, solo un manojo de temitas cercanos en tiempo y necesidad. *Entonces no lo sabe todo*, me dirá usted. Y no. Imagínese, saberlo todo. Pero sabe mucho más de lo que pueden saber otros. A menos que sea, por ejemplo, el mismo señor del segundo piso, que sabe esas cuatro cosas, o su hermano, que solo sabe una. Pero ella lo sabe siendo ella, sin necesidad de mutar a señor del segundo piso, una alternativa nada tentadora.

No todo ese saber es sabido por sus dueños. Algunas cuestiones se revelan solo para ella y los portantes pasan sin darse cuenta, sin pena ni gloria, puro delirio de realidad. Quizás se mueran sin saberlo. Pueden ser deseos mudos sin la fuerza suficiente para encontrar cuatro o cinco palabras con las que manifestarse ni la certeza de una punzada inquietante pero precisa. En ocasiones se trata de información que todavía no ha llegado: a aquel lo engaña su pareja, a esa otra la van a despedir mañana, al que está atrás en la fila lo aman en secreto.

A veces escucha o sabe algo que se le queda dando vueltas un rato largo, un día entero. La semana pasada compartió cuatro pisos hacia arriba con Mariana, del décimo. La información que tuvo fue su nombre y un miedo que casi olía a haber dejado la cocina prendida. Esa noche en su casa verificó dos veces el cierre de cada perilla, aunque no hubiera cocinado. Era un efecto similar al de rascarse cuando alguien más tiene piojos: una idea sembrada, caminando con total libertad por la cabeza.

Se llegó a preguntar si este saber compartido, en alguna medida, aunque fuera mínima, aliviaba la carga de los demás, quiso ilusionarse, pensar que ese joven que vio una vez en la calle, con tantas ganas de matarse, no lo hubiera hecho, que algo de esas ganas, en el momento en que ellos dos se cruzaron, cuando él sin querer la rozó en la esquina, esperando que el semáforo cambie a rojo, o quizás a verde, y él le sonrió como sonríe alguien que no quiere matarse y le dijo «disculpe, señora» y ella lo miró con tanta pena, que algo de eso se hubiera quedado con ella. No lo supo, no lo pudo saber, hay cosas que no sabe.

El don apareció cuando ya era viuda. Una enfermedad fulminante acabó con el marido en menos de un mes, ni al segundo control llegó. Decidió entonces cambiar la casa amplia que compartían los dos por un pequeño departamento céntrico de una habitación, casi la mitad del espacio que antes tenía. Se las arreglaba con una jubilación modesta y la pensión de viudez, sus gastos eran pocos y sus movimientos comenzaron a copiar el gesto

austero. Para qué salir, a quién ver, a dónde ir. Estuvo así un tiempo largo, sola en el departamento, apenas moviéndose para tomar agua, ir al baño, comer una galleta, tomar un té. Quizás hayan pasado semanas, no sabe cuántas. La mercadería de esta vida pequeña comenzó a desaparecer y no le quedó más remedio que salir. Le hubiera gustado soltar los ojos, las manos y las piernas por la ventana, que ellos trajeran provisiones.

Fue ese día, cuando volvió a aquel mundo exterior, cuando aquello, ¿el don?, apareció.

Puso un pie fuera de su departamento. No había nadie, eso la alivió, hacía mucho no conversaba, su charla debía estar oxidada, temía contestar un saludo con una voz diferente, avejentada por no ejercitar las cuerdas vocales. Bajó en el ascensor vacío. Abrió la puerta pesada de vidrio que da a la calle. Se tomó un momento para respirar hondo, por delante la ciudad. «¿Y esta vieja?», le escuchó decir a un adolescente que llegaba, llave en mano, a la puerta del edificio. Este primer contacto la perturbó, sin dudas no se lo esperaba. Lo miró incrédula, resopló para que aquel aire generara algún tipo de culpa en el jovencito que entraba como si nada, totalmente desprovisto de daño. El enojo la sacó un poco de su letargo y comenzó a caminar apurada rumbo a alguna tiendita. «Voy a llegar tarde de nuevo, me mata», dijo una chica que pasaba corriendo. «Qué suerte de mierda», alcanzó a escuchar de un vendedor de paraguas bajo el día soleado. Le pareció un tanto extraña esa gente hablando sola, el monólogo permanente. Será algo de las personas del centro, algún afán de primeros actores, la fantasía de estar en un escenario. Pensando en esas cosas llegó a un negocio pequeño, pero bien surtido. «Esta nunca vino por acá», escuchó que decía el dueño, viéndola de reojo. Ella miró alrededor, ¿a quién le hablaba? No había nadie más. Se quedó mirándolo, quieta, callada, con una lata de atún en la mano. «Bueno, una loca», dijo el dueño mientras le sonreía. Tuvo, todavía, la caradurez de sonreírle. Y en voz más alta, con gesto exagerado, le preguntó: «¿Todo bien, doñita? ¿Le ayudo en algo?». Ella no daba crédito. «Ese atún es el más caro, tenemos uno más barato», le dijo, hablando exageradamente fuerte y con pausas. «Está sorda la vieja», escuchó. Enojadísima, le gritó: «¡Señor!».

«Dígame, corazón», respondió el otro. Ella pasó del estupor al odio. «¡Irrespetuoso!», le dijo rápido, juntando todas las letras. El hombre arrugó los ojos en gesto de querer entender qué había dicho. Ella dejó la lata de atún y salió apurada, ofendida por ese encuentro, pero también por el anterior con el adolescente, y un poco con el sol, y algo más con la idea de no poder volver al almacén más cercano. ¿Cuánto podrían haber cambiado los modales en unas cuantas semanas? Entró a un pequeño súper, recogió un par de cosas sin demorarse, la ciudad que rodeaba su departamento era un territorio hostil, mejor volver cuanto antes. En la caja alguien estaba pagando, atrás esperaba una joven y después le tocaba a ella. La joven se puso de costado para ver la esquina de la góndola más cercana, «¿Y si me compro ese chocolate y lo como en el camino? ¿Se dará cuenta Luisito? Ya no puedo comer nada sola». Ella la escuchó sin que la joven moviera su boca. Y entonces, por primera vez, ella *supo*: Luisito tiene siete años, la joven estaba harta de su vida, hubiera querido ser patinadora artística. Lo que sintió fue un efecto de supresión, por un lado de la realidad, pero también de la rigidez. Como si el haberse dado cuenta de que podía *saber* y *escuchar* le hubiera ablandado repentinamente los músculos, la cara ahuecada de la pura sorpresa, la boca abierta, dejando pasar el aire. Así vista, parecía mucho mayor de lo que era. La joven de adelante se sobresaltó: «Perdón, señora, pase antes, por favor», al correrse de lugar, aprovechó para agarrar el chocolate. El cliente anterior ya había pagado y la cajera la miraba invitándola a avanzar. Comenzó a sentir un leve temblor pensando en los antecedentes de enfermedades de la familia. Y otro temblor nuevo: esta cajera, qué dirá. Pero la cajera resultó un bálsamo, porque la miró y pensó: «¿Estará bien la señora?», y ella *escuchó* sabiendo que la cajera no estaba hablando. La preocupación de esa mujer extraña la devolvió a un estado menos violento, a una cierta calma. Se tenía que calmar. Pensó que quizás era cosa de ese día. Quizás si volvía, se acostaba, dormía, se levantaba, se bañaba, comía bien o mejor de lo que venía comiendo, iba a pasar. Quizás era anemia. Quizás todo ese té que estuvo tomando le robó el hierro que reforzaba sus conexiones neuronales y, laxa de vínculos, se tambaleaban

medio flojas las cuestiones por la mente. Sí. Debía ser eso. Ella *supo*: la cajera tenía treinta y dos años y ese día, en el turno noche de la facultad, rendía un examen al que le tenía terror. Cuando terminó de poner la última cosa en la bolsa, recibió el vuelto y se le escapó un: «Suerte en el examen, querida». Se fue rápido de ahí también, no quiso darse vuelta.

Aunque el corazón le latía rápido y fuerte, el regreso al departamento fue más amable. Parecía que la hora de la comida había terminado y todos habían vuelto a sus quehaceres, de su lado de la calle era la única caminando. Cuando llegó al edificio, el mismo adolescente de antes estaba sentado en los escalones, con otra ropa, sin el uniforme de la escuela. «La vieja», *escuchó*. Entonces entendió que antes no le había hablado con desparpajo, que ella lo había oído casi sin permiso, aunque eso no hacía que se sintiera menos ofendida. Algo más llegó en ese momento, un *saber*: el hogar del joven no es un hogar. Propensa al perdón, perdonó. Por alguna razón decidió presentarse, le contó que había llegado hacía poco tiempo al edificio, que no había salido mucho, que vivía en el piso 4, por si necesitaba algo. Con la boca, el joven le dijo: «Bueno», ella también *escuchó*: «Por lo menos no es una vieja chota». Sonrió contenta por el triunfo, aunque fuera pequeño, a veces no hay más que lo pequeño. Al entrar al edificio se quedó un momento detrás de la puerta, atenta, para ver si podía escuchar o saber algo más, pero nada se presentó. Quizás era cuestión de un cierto porcentaje por persona, pensó. O que no había nada más que saber. O todo pasó solo en su mente, un anhelo de conversación que no había podido reconocer hasta ese momento. O el comienzo de una realidad blanda que empezaba a desarmarse y ella era una de los primeros testigos. Quizás al día siguiente todos escucharían como ella.

Al otro día se despertó agitada, pensando «¿pasará de nuevo si salgo?». Tuvo que probar. Se vistió para salir, cartera atravesada en el pecho, anteojos de sol para no ser evidente si algo la sorprendía, pañuelo en la cabeza y una sombrilla oficiando de bastón. Salió. Llamó al ascensor. En el ascensor venía un hombre. Se abrieron las puertas y, a pesar de la duda, entró. Sin que él se presentara supo que se llamaba Alberto, que vivía en el séptimo piso, que

estaba casado con Daniel, que quería un perro y Daniel no. Debajo de los anteojos, ella cerró los ojos con resignación, suspiró. Seguía pasando. Tendría que ir a un doctor, pero a cuál. ¿Y si la encerraban? No sería muy diferente de la vida que llevaba, pero quizás tendría que compartir la habitación con alguien. Alarma encendida: ¿y si la encerraban y ella seguía escuchando, ahora para siempre y las veinticuatro horas del día a esa sola persona? Era un panorama mucho peor. No iría al doctor, no la encerrarían. Alberto quería tener un perro para llamarlo Corcel, quería a ese perro imaginario con locura y estaba resentido con Daniel, pero iba de camino a comprarle su plato favorito de un restorán árabe. Antes de salir del ascensor ya estaba cansada, cuánta energía se pierde escuchando a la gente. Salió primero Alberto y le sostuvo la puerta mientras pensaba: «Qué rara esta señora». Ella sonrió y dijo gracias.

Vio al adolescente de nuevo en los escalones. Supo que se llamaba Francisco, pero le preguntó de todas formas. Francisco estaba triste y enojado. A ella, desilusionada de su suerte, se le ocurrió ofrecerle una ocupación al jovencito, que fuera a comprarle un par de cosas al súper y a la vuelta le pagaría unos pesos por el servicio. Mejor no salir de nuevo. Ella escuchó cómo Francisco calculaba cuánto podía ganar mientras se levantaba, aceptaba la plata y comenzaba a caminar, pero enseguida la señal se cortó. Ella sintió la alegría del silencio de nuevo. Pensó que se había curado. Pero entonces Francisco, que se había olvidado de la mitad del encargo, volvió sobre sus pasos para pedirle que repitiera la lista. Estaba avergonzado y ella podía escucharlo de nuevo. Fue entonces cuando ella entendió cómo funcionaba el mecanismo. Apenas Francisco se alejó, decidió comprobarlo con otra gente.

Fue hasta la parada, donde esperaban cuatro personas: Liliana, que odiaba viajar en colectivo, un señor que dudaba si sacar o no un préstamo, Andrés que quería que ya fuera sábado para jugar al fútbol con los amigos y una niña que en silencio cantaba «anisnuuuu yeipi obadi ibluuuu». Se alejó y hubo silencio. Volvió a acercarse y ahí estaban de nuevo los cálculos del préstamo, el gol de tiro libre, la idea de tomar un taxi, «patuuuoooaai

tsssecruu somaaa». Había tomado las medidas de su libertad. Sintió una alegría nueva y extraña. Tenía ganas de cantar esa canción pero no sabía cuál era ni en qué idioma estaba, o si la niña la había inventado. *¿Ve que no sabe todo?*, dirá usted. ¿No habíamos resuelto eso ya?

Aliviada por conocer ese límite al ruido externo decide, sin embargo, ser precavida y mantener el trato con el joven de los escalones. Para qué exponerse innecesariamente. El acuerdo comercial prospera y cada miércoles tiene su mercadería sin necesidad de salir a la calle. El acuerdo es que Francisco sube hasta el cuarto piso, busca la lista, compra las cosas, vuelve, las entrega, recibe su pago y baja de nuevo a su casa o a la entrada del edificio, que es donde mejor se siente, dentro pero fuera, como yéndose. Ella intenta poner cierta distancia, teme invadir la intimidad de un chico que va a ver seguido, no es lo mismo que un total desconocido en la calle. Deja la lista del pedido y la plata sobre un mueblecito al lado de la puerta de entrada y la puerta abierta siempre para no tener que acercarse a abrirle. Todos los que bajan o suben por las escaleras la ven y la saludan, lo que le parece una buena forma para que dejen de pensar que es rara y al mismo tiempo no tener que escuchar nada gracias a los más de dos hermosos metros desde su silla hasta la salida. Francisco también aparece otro día, preguntándole si necesita algo más. Y al día siguiente contándole de un nuevo negocio que abrió más lejos y que parece que tiene más cosas. Ella decide abrir la puerta por las dudas todos los días, apenas se despierta.

Alberto entra sin permiso, obligado por la velocidad de Corcel que, bajando por las escaleras, vio luz y se mandó. No hacía falta que estuviera cerca para que ella supiera que Alberto estaba feliz, ahí estaba Corcel, materializado en cuerpo y pelaje, corriendo debajo de la mesa, por las piernas, hasta la cocina, de vuelta a la puerta. Alberto se disculpa mientras intenta, sin éxito, agarrarlo. Cuando por fin lo logra, Corcel en brazos, jadeando, con la lengua afuera, mirando para todos lados, completamente enloquecido, Alberto dice

con orgullo: «Es un Shih Tzu». Acostumbrada a los perros que a veces se echaban en el jardín de su casa anterior, todos ellos llamados perros, este nombre y apellido le parecen algo nuevo. Es breve el momento en que Alberto estuvo a la distancia necesaria para que ella pudiera escuchar lo avergonzado que estaba por perseguir a Corcel en esa casa y la sorpresa de no encontrar un lugar oscuro lleno de cosas viejas y restos de comida por todas partes. Se presenta formalmente: «Disculpe, señora, soy Alberto, vivo en el séptimo. Usted llegó hace poquito, ¿no? Él es Corcel. Vivimos juntos, y con mi esposo, Daniel». Alberto se había acostumbrado a hacer una pausa de cuatro segundos después de presentarse para analizar cómo reaccionaba su interlocutor. Se da cuenta de que a ella no le importaba en lo más mínimo con quién vive. Lo toma como un «a favor», relaja y continúa la charla sobre lo mal y bien que se porta Corcel. Daniel les adjudica tintes dramáticos innecesarios a esos cuatro segundos, pero Alberto dice estar seguro de que puede entender la esencia de la gente en ese tiempo, jamás hubiera pensado que esa señora, que por suerte no era una acumuladora sucia, podía en realidad, ella sí, saber en cuatros segundos.

Francisco llega a la puerta abierta y ve la escena con cara de confusión. «Pasá, Fran», le dice ella, levantándose de la silla. Alberto se ladea sin la mínima intención de partir, muy a pesar de la urgencia de Corcel, que se mueve sin parar, intrigadísimo por este joven que él sabe que vive en otro piso. Francisco pasa con las bolsas derecho a la cocina que está a unos pasos, no hay ninguna pared que divida ese espacio del living comedor, solo una especie de mesada como barra. «Francisco me ayuda comprándome la mercadería para que yo no tenga que salir», le explica ella porque la mirada de Alberto pregunta. «Qué bueno, Francisco, mucho gusto. Me voy entonces, señora. Un gusto también».

«¿Y ese?», pregunta Fran apenas el otro termina de irse. Ella mantiene la distancia y le cuenta. Francisco saca las cosas pesadas de las bolsas y las va poniendo sobre la mesada, pero entonces se acuerda de golpe de que se olvidó los ravioles y se va corriendo. Cuando ella se da cuenta ya está sola, así que se pone a ordenar detrás de la mesada. Primero guarda en la

heladera las cosas frescas, el queso, la crema de leche, un frasco de aceitunas negras. Después va por lo seco: un paquete de fideos largos, una cajita de té, un paquete de galletas sin sal para poder comer tranquila todas las aceitunas, una lata de atún light desmenuzado en agua y una mezcla para bizcochuelo que dice en la caja «Exceso de sodio». Se queda perpleja pensando por qué, si es chocolate, no encuentra explicación, revisa entonces los otros paquetes que ya ha guardado para ver si también tienen marcas. Piensa que hubiera sido más útil, en lugar de saber sobre la gente, saber sobre las cosas, eso sí le gustaría y no sería un inconveniente. Saber si las verduras tienen algún resto tóxico como vio en las noticias, si aquel termo realmente guarda el calor del agua o va a escaparse como le pasó con todos los termos que compró, como le pasa a la gente con lo que piensa, incapaz de contener lo privado. Ya guardada la comida, ahora se ocupa de ordenar la bajomesada, de espaldas a la barra que la separa del comedor. Está agachada acomodando el detergente, las servilletas y los tuppers cuando llega Fran, triunfante, con los ravioles: «¡Ya volví! Habían dejado aparte la bolsa con los ravioles, por suerte». «Qué bueno, Fran, gracias, ahí voy», hay una tapa de un envase que se fue hasta el fondo del estante y no consigue agarrarla. «Tengo unas ganas de fumar…». «¡Cómo vas a fumar!, ¡sos muy chico vos!». «¿Ah?». Ella está ocupada en esa labor mínima y no se da vuelta para ver a Fran. «Te va a hacer mal fumar, no deberías fumar, ¿tus papás saben que fumás?». «Pero ¿por qué me decís?».

Ella se da cuenta de que ha metido la pata. Intenta manotear alguna excusa: el olor del cigarrillo, lo ha visto comprando en el quiosco desde su ventana, todos los jóvenes fuman, él es joven, por ende fuma. No se decide por cuál y se da vuelta despacio, Fran está apoyado en la barra-mesada, mirando sin entender. Es entonces cuando ella decide contarle. No tiene la obligación, ni la necesidad, ni ganas de sentirse viva, quizás solo ganas de charlar. Cuántos secretos se habrán contado solo por eso. Claro que Fran no le cree. Lo absurdo de la confesión le ha hecho olvidar que ella acaba de contestarle algo que él solo ha pensado, entonces se acuerda y se preocupa, pero no lo dice, igual ella le responde: «no, no te escucho todo el tiempo»,

«sí, ya sé que es un alivio», «no, no puedo ver lo que ves en tu celular». Son tantas las cosas que piensa Fran en tan poco tiempo que ella, aturdida, se aleja y le dice: «si estás como a dos metros no te escucho ni sé nada».

Pasada la incredulidad, el miedo, la sospecha y la preocupación, Fran elige divertirse, juega con un paso adelante y otro atrás de la distancia estipulada, es un turista visitando el trópico, y ella una lugareña a la que no le hace gracia el gesto y decide prepararse un té hasta que él se canse. «¿Qué sabés de mí?», le pregunta Francisco, por fin serio. Ella le dice que demasiado, solo para asustarlo.

La noticia es un balde de agua fría. Aleja el teléfono de su oreja, mira la pantalla, busca desentrañar el aviso pero no hay otro entendimiento que le llegue: su don no se aplica a llamadas telefónicas. El medio no es el mensaje. «Sí –responde ella–, bueno». Dos palabras finales después de haber preguntado *por qué* unas cinco veces o seis. Le quieren quitar la pensión por viudez. No quieren, se la quitaron. Que porque ella ya se volvió a casar, que en los papeles figura su nombre, su DNI, sus datos. Le dijeron que podría ser suplantación de identidad, ¿para qué?, no se sabe, señora, cosas más raras hemos visto. «¿Como qué?», pregunta Fran cuando ella le cuenta la noticia a la tarde. «No me dijeron».

El comedor parece un set de televisión, la luz de arriba prendida, también la de la lámpara de pie, dos sillones distanciados, no totalmente de frente sino inclinados para poder verse mutuamente y ver también hacia la puerta que cada tarde desde hace semanas queda abierta esperando la llegada de Fran. Las compras no son diarias, y a partir de esa noticia comienzan a ser menos, pero Fran va igual todos los días al cuarto piso, un día con un paquete de galletas que a él le gustan y quiere que ella pruebe, otras veces aparece con mercadería que según él en su casa nadie come y no quiere desperdiciar. Como decidieron guardar el «espacio de seguridad», así le llaman los dos, a partir del día en que Fran supo que ella podía saber, no se acerca a menos de dos metros. Sin embargo ahí está, todas las tardes, como

si el verse a diario restituyera una cercanía que en realidad nunca, hasta ahora, habían tenido realmente.

En ese set cada quien tiene una mesita pequeña que hace la escena todavía más rara para los que pasan y miran a la señora y al adolescente tomando té. Alberto no puede más con el suspenso. Ya se dieron cuenta de que suelta a Corcel a propósito, los dos levantan las cejas cada vez que el perrito entra a toda velocidad y él atrás persiguiéndolo. A la tercera vez, Fran le acerca una silla, y a pesar de que él no necesita tener distancia con Alberto, calcula el espacio de manera que los tres estén separados por la misma medida. Alberto queda de espaldas a la puerta y desde afuera parece que los tres están a punto de leer un guion, o convocar a algún alma ociosa que esté vagando todavía por los bajos.

Fran llega un día al umbral de la puerta con los ojos chispeando. No hace falta que ella se acerque para saber que se le ocurrió algo y sentir un escalofrío. Él cree que es una idea fantástica y, sobre todo, posible. Más fantástica todavía. En tres pasos largos le deja el teléfono sobre la silla y vuelve rápidamente cerca de la puerta, esperando a que ella revise una por una las fotos que él ha sacado, la idea magnífica que tuvo y que seguro cambiará su vida. Ella agarra el teléfono y ve la primera, solo eso basta para que baje la mano al costado de su cuerpo y lo mire con cara de desilusión. «Estás loco, Francisco». Él se ríe pero nada de eso es un chiste, está totalmente seguro, abre los ojos, levanta las cejas, muestra todos los dientes, gesticula como si de repente cada parte de su cuerpo se hubiera despertado. Fran es puro entusiasmo y ella es puro recelo. Vuelve a ver las fotos y cuando pasa de una a otra resopla, lo mira confundida, se toca la frente, lo mira de nuevo, frunce el ceño, este chico, qué hacer con este chico.

Fran sabe que ella está recortando gastos porque compra cada vez menos cosas, aunque insiste en pagarle a él lo mismo. Vio los carteles pegados a un poste y sacó las fotos para convencerla, era un rubro tradicional después de todo, nada nuevo y con potenciales clientes en todas partes. Solo tenía que

aceptar:

★ SEÑORA LULÚ ★
AMARRES • REVIERTE EMBRUJO
LIMPIEZA TAROT • BORRA DE CAFÉ • PIEDRAS

MAESTRO ROBERTO
GUÍA AUTÉNTICO ANCESTRAL
Adivinación General, Lectura de manos,
Protección Áurica, Cura a Distancia, Legal, Pareja, Trabajo, Amor, Familia,
Cáliz de Sanación, Números Milagrosos, Runas, Impuestos.
PREPARACIONES CASERAS CON HIERBAS SANTAS BENDECIDAS.
AMULETOS.
solo efectivo . no transferencia

☞ Depresión - Desamor - Deudas ☜
Hermana Sandra te ayuda con todos tus problemas.
Curación y hechizos. Magia blanda. Desamarre. Protección celestial.
Conjuro contra envidia. Amuleto de suerte.
Rituales para amor y abundancia.

Él intenta convencerla con cualquier argumento posible: está desaprovechando su don, podría no solo sobrevivir sino volverse rica, quizás ayude a cambiarle la vida a alguien, puede incluso divertirse, decorar ese living con telas e inciensos, que la señora de planta baja le tenga miedo, comprarse unos aros, vestirse de negro, adoptar a un gato, empezar a fumar.

El entusiasmo de Fran la cansa y la conmueve al mismo tiempo, parece un niño exaltado hablando de un juguete nuevo. Ella es su juguete, una muñeca que habla y escucha, la jubilada adivina, la señora sabelotodo, la abuela vidente. Fran le dice: «Tenemos que inventarte otro nombre, algo como

mágico». En el momento en que ella se ríe, pierde, Fran lo sabe y ella, por supuesto, también.

Para Fran la risa significa «sí, tu idea es fantástica» y asume que ha sido aceptada la propuesta y él también como mánager de videntes, si es que eso existe. Ella no piensa aceptar pero le seguirá el juego por un momento, le gusta verlo contento. Se resiste entonces para parecer creíble y le dice que no está muy segura de poder responder cualquier cosa que le pregunten, después de todo, su voluntad de saber nunca estuvo en juego, ¿podrá saber o escuchar algo a demanda? ¿No será este don algo solamente espontáneo, no manipulable? Fran propone anotar una lista de preguntas posibles, cosas que la gente siempre quiere saber.

Ella acepta y enumera. La gente quiere saber: si los aman, si van a ganar la lotería, si les conviene cambiar de trabajo, si los van a despedir, si van a aprobar un final, si deberían cambiar radicalmente de vida, si hay un mensaje secreto para ellos desde otro plano de la existencia, cuándo se van a morir. Fran reprueba la última pregunta: «Nadie quiere saber si se va a morir». Ella corrige: todos se van a morir algún día. «Bueno –concede Fran–, pero nadie quiere saber cuándo».

La lista se estanca, no se les ocurren más cosas.

«Hagamos una prueba», dice él, un poco nervioso, pero envalentonado por su nuevo rol empresarial: «Te pregunto algo yo y vemos si funciona».

Ella no alcanza a decir nada porque Fran ya se ha parado para crear una nueva escenografía. Lo primero es cerrar la puerta para que Alberto no los interrumpa. Después acerca su silla, que queda al borde exacto de los dos metros, él todavía permanece atrás, mirando alrededor para ver qué otro efecto puede lograr, ella aguanta la risa, él cambia las luces, apaga la de arriba, deja la de la lámpara de pie. Se sienta derecho, con la espalda recta sobre el respaldo, todavía respetando el espacio de seguridad. Ella sonríe en su silla y le pregunta: «¿Qué quiere saber, caballero?». Entonces el empresario serio y tenaz que era Fran hasta ese momento se pone totalmente rojo, duda, titubea, pero se anima y dice: «Si le gusto a la chica que me gusta».

Ahora hay dos adolescentes en la sala, porque ella ha olvidado cualquier tipo de preocupación o señal de alerta, cualquier consideración o cuidado, ahora ella quiere saber, también tiene quince años y está espiando detrás de la pared para ver cuál es la chica, a punto de pasarle un papel que dice: «mi amigo gusta de vos». Fran sonríe, entregado, y se inclina para romper la barrera de los dos metros. Ella sonríe y se inclina también. Y si ella supiera realmente todo hubiera dicho que no, que mejor jueguen a otra cosa: jubilada atención al cliente, abuela repositora, señora vendedora de bingos. Cualquier cosa menos esto. No va a poder dedicarse a este oficio, piensa ella, si algún día es lo suficientemente valiente o lo necesariamente pobre como para tener que hacerlo, no va a poder si le gana la emoción como en ese instante. Porque es diferente *saber* sobre alguien que ella conoce, sobre alguien que ha aprendido a querer y apreciar, y si ese *saber* es que Fran la quiere a ella en igual medida, la quiere como se quiere a una figura que no es madre ni tía pero es alguien seguro, alguien confiable, alguien donde pasar las tardes sin sentirse fuera de lugar, alguien que le pregunta cómo estás, y todo eso siente Fran y es una de las cosas que ella *sabe*, la primera que se le presenta. La segunda es que la chica también gusta de Fran y qué feliz la pone eso, poder darle la noticia, pero ahí mismo aparece la tercera cosa, cómo hacer para no estar desbordada de la emoción, en qué momento estúpido decidieron que esto era una buena idea. Pero no puede elegir qué no saber. Y sabe una fecha, una fecha muy cercana, y Fran ya le ha dicho antes que él no quiere saber, que nadie querría saber eso. Y entonces tiene que contener toda esa emoción junta y los ojos húmedos y el temblor en la voz que todavía no sale. Fran la mira con los ojos gigantes del aprecio y la confianza, y ella le dice que sí, que la chica gusta de él. Y Fran se ríe nervioso y se tira sobre el respaldo de la silla descansando en una felicidad tan real y tan breve que ella no puede más que mirar y preguntar en silencio, preguntar para adentro, preguntar para ver si logra escuchar o saber qué puede hacer para cambiar eso, qué puede ofrecer a cambio, pero nadie responde, nada aparece.

Fran está por inclinarse de nuevo para preguntar otra cosa, ella retrocede.

Cuando está a punto de hablar, rascan la puerta, primero tímidamente, después con insistencia y al final con desesperación. Fran se levanta para abrirle la puerta a Corcel y darle una vuelta en el aire, impulsado por esa alegría total y reciente. Corcel saca la lengua y mueve la cola, ladra y se agita en sus brazos, parece celebrar con Fran la buena noticia. Enseguida aparece Alberto con una bolsa llena de medialunas para invitarse a merendar, Fran prende la luz de arriba, corre la silla y mira a su amiga que todavía está sentada y quieta, le guiña un ojo y el guiño quiere decir: «no te preocupes, todo va a estar bien, nada te va a faltar».

La teoría de los números pares e impares

Toca la bocina tres veces, Laura tiene ese hábito, tres porque soy la tercera. Yo estoy lista desde hace cuarenta minutos, a la hora que quedamos, pero la bocina me apura aunque no me haya demorado, viene de un auto con un diseño de última generación: la culpa nunca es de la conductora. Laura elige así todos los objetos y afectos de su vida, salvo los que no puede elegir, como yo. Me toca ir en el asiento del baúl de la Terracan. De copilota va Martina, la segunda, y en el asiento de atrás las joyas de la corona: Leo y Tati, uno en cada ventana, en el medio Martincito.

Tenemos casi tres horas hasta la casa de campo de la tía. La idea es quedarnos una semana. Cuando era chica pasaba todas mis vacaciones de verano ahí, mis hermanas no, ellas se iban de campamento. Apenas terminaban las clases yo hacía mi bolso para quedarme dos meses enteros, ahora que lo pienso era casi un retiro espiritual. Algunos fines de semana venían mamá y las chicas y jugábamos y gritábamos y la casa se llenaba de ruido. Ellas me contaban todo lo que habían hecho y los amigos nuevos que habían conocido y yo las escuchaba pensando que en algún momento yo también iba a ir a los campamentos, pero ese momento nunca llegó. Cuando mi mamá y mis hermanas se iban, volvíamos a la música de la tía, los grillos, los pájaros, nosotras charlando poco y nada de cualquier cosa, alguna película vieja en el tele. No recuerdo estar aburrida, tampoco haber pensado en otra opción para mis vacaciones o en por qué no me quedaba en mi casa. Mamá me decía que tenía que aprovechar el poco tiempo que la tía pasaba en el país, así no la extrañaba el resto del año. Es cierto que yo siempre fui su favorita, pero no recuerdo haberla extrañado alguna vez como para tomarme el trabajo de prevenirlo. En todo caso, era lo que me decían que

hiciera, y yo siempre fui obediente.

Ahora que vamos todos juntos siento que es casi una invasión a mi lugar, aunque hayan pasado años desde esos veranos.

Fue mamá la que nos ofreció a nosotras tres para hacer la limpieza, «así los chicos se van aclimatando». Ella y la tía van a llegar mañana, antes de eso tenemos que sacar todas las sábanas de los muebles, sacudirlas, lavarlas para cuando toque taparlos de nuevo, barrer, pasar el trapo, encerar lo que se encere, lavar toda la vajilla que vamos a usar aunque se haya guardado lavada, nunca se sabe qué bicho pudo haber entrado en el gabinete solo para rozarse contra los platos y dejar caca invisible en los dientes de cada tenedor. Apenas llegamos nos ponemos a limpiar porque no nos sale bien mentir, si decimos que sacudimos sin sacudir se van a dar cuenta.

Los nenes tienen más suerte, debe venir del lado de los padres, mienten sin problema. En el viaje, Leo me contó que vio un sapo azul en el patio de su colegio, Tati me dijo que tenía mil dólares ahorrados y Martincito que él ya sabía volar. «No mienten –me dicen las chicas–, inventan historias, no es lo mismo», y se miran con complicidad como pasa algunas veces, ellas saben algo que yo no sé, como yo no tengo hijos no puedo opinar, ni diferenciar entre realidad y fantasía, ni tener razón nunca en nada. No sé qué tanto de mí viene de papá porque él murió cuando yo todavía no había nacido. De él solo sé lo fantástico que era, un galán de revista, un compañero de vida del que, menos mis abuelos maternos, todos parecían enamorarse.

La casa no se ve de inmediato. Después de la tranquera, sin número ni cartel, todavía hay que hacer poco menos de un kilómetro, pasar una hilera de sauces y una construcción pequeña donde siempre se guardaron herramientas, la cortadora de césped y algún mueble viejo. Por fin, enseguida, se ve la casa de ladrillos rodeada de un pasto siempre verde y siempre corto, algunos árboles viejísimos y más allá, a unos cien metros, el lago y el bote en la orilla. El paraíso de la tía. Siempre que, en el medio del

año escolar, me enojaba con mis hermanas o mi mamá, me imaginaba yendo a vivir ahí aunque no estuviera la tía ni nadie más, pero no en la casa, sino en el cuarto de las herramientas, el sueño medido, la usurpación discreta.

El lugar está intacto. Nada se deteriora, ni una mancha de humedad, ni una gotera, tenemos que venir nosotros para que se vea el paso del tiempo, para que la casa se entere cuánto ha pasado. La tía es un poco como la casa, pero a fuerza de otras magias que se hace en el exterior, una oportuna pasadita de látex por los pómulos, una barnizada que le estira los ojos. Cada vez vuelve más suspicaz. Mamá dice que son ocurrencias mías, que la piel de la tía es naturalmente lisa y suave, como la de ella, que es un bien de familia no tener arrugas, que nosotras no tenemos esa suerte porque salimos a papá, que se arrugaba todo cuando se reía, pero que igual era hermoso. Quiero creer que también nos quiere decir hermosas, pero no estoy segura.

La teoría de los números pares e impares no se sostiene: ninguna tenía razón, ni Laura ni Martina. Nosotras somos tres, aunque ese no es el punto, sino sus propios hijos, qué novedad. Laura quería uno solo, único, singular, fantástico, completo. Toda la atención en él, nada que repartir. Quizás su propio anhelo: Laura es la mayor. Habrá querido eso, que nosotras no existamos. Le divierte el chiste, se ríe, nos abraza, pero mientras más nos abraza más creo que tengo razón: hubiera sido feliz sola y llegamos nosotras a robarle la ropa, los juguetes, la mamá, el papá. Nos abraza como una forma de asfixiarnos, un poquito más y lo logro, pensará. Martina, en cambio, quizás solo por hacer la contra, quería más, no importaba cuántos, más de uno. Solo uno más que Laura y ya ganaba, le iba a demostrar que estaba equivocada, que uno solo no es nadie, que ninguna personalidad se construye sin enfrentarse a otro y, aunque no lo decía, también le quería demostrar que su hijo, el hijo de Laura, iba a ser un miserable, un malcriado, un egoísta y un patotero. No lo decía, porque hay cosas que no se dicen, pero es evidente cuando Leo comienza a portarse mal y Laura quiere ser

firme y a la vez no retarlo delante de los demás y Martina se da vuelta y mira a otro lado, no para darle espacio, sino para sonreír más cómoda.

Laura solo quería uno, Leo. Pero si caía en la desgracia del segundo estaba convencida de buscar el tercero: el impar uno es todo, el impar tres resuelve para que no se note tanto la diferencia entre uno y dos, el tres es un amortiguador de las comparaciones. Se habrá sentido comparada, Laura, cuando nació Martina. Entonces llegué yo, a resolver nada, como no tengo hijos no puedo opinar, si par o impar, si dos o tres, si mujer o varón, si vivo o muerto. Asisto, desde un margen imparcial, a la teorización de las vidas de los nenes, la vía narrativa donde les gusta vivir a las chicas mientras sus hijos gritan en otra parte.

Martina tuvo dos: Tati y Martín. Sí. Le dijimos. Cómo le vas a poner Martín. No nos escuchó. Ella y sus hijos son lo mismo, es una de esas. La parejita para que sean amigos desde chicos, para que no tengan que buscar afuera. Ay, Martina, le decíamos, un poco endogámico lo tuyo. Pero no nos escuchaba: ellos se bastaban, iban a ser carne y uña. Por supuesto, no salió como lo había planeado. Tati adora a su primo Leo y Leo a su prima Tati, y Martincito es un paria, nombre clonado, sombra de madre. Yo creo que a Tati no le cae muy bien su propio hermano porque sabe que el nene es el favorito. Porque si ella fuera la favorita, y por derecho de mayorazgo podría serlo, no se llamaría Tati, se llamaría algo así como Marina. El nombre de Tati lo eligió el padre, y eso siempre repite mi hermana, lo repite con las cejas levantadas como si el sonido que convoca a su hija no fuera una forma de lo sagrado sino una bolsa de saldos. Esto tampoco es algo que se pueda decir. Con Martín logró su meta: un lazo inquebrantable, que a su hijo siempre le falte algo, una madre, una a.

La tía y mamá son par, pero ellas sí se llevan bien. Ninguna fue la hija favorita, la abuela parecía odiarlas a las dos por igual, nunca supe bien por qué, como si hubieran cometido un error tremendo o todos los días uno distinto. «Una madre no está obligada a querer», dijo siempre mamá cuando le preguntábamos por la abuela. Lo decía con un gesto de pena, pero también de orgullo, siempre hubo más orgullo que pena en mamá. Y además

esa frase sonaba a advertencia, así que no seguíamos preguntando.

Cuando termino de pasar el lustramuebles por todas las superficies y costados y patas vuelvo a la cocina y ahí están Laura y Martina una al lado de la otra, abrazadas. Miran por la ventana que da al patio interminable antes del lago. El plan está empezando a funcionar, nada como aislarlos del resto del mundo para que sus hijos sean lo que ellas quieren que sean: a pesar de que durante todo el viaje Leo y Tati no hablaron con Martincito, ahora parecen integrarlo. Están juntando los trompos de los eucaliptos, encontraron mano de obra barata. Quién no ha trabajado horas extras por el amor de alguien, cuántos no nos hemos esforzado en vano. Será un gran empleado Martincito.

Los chicos vuelven corriendo a la casa urgidos por la necesidad de un pegamento que una todos los trompos para armar un trompo gigante. Aunque las madres se regocijan por lo colectivo del juego, este es solo el primer paso para que exista la competencia, habrá un ganador, será aquel que haga girar el trompo gigante por más tiempo, y todos sabemos que no será Martincito. Pero para probarlo necesitan pegamento. Laura pregunta por los juguetes que trajeron, los que ya están armados y no necesitan nada más. Leo y Tati la miran como si hablara en chino, y con un poco de desprecio. No contestan y eso es suficiente para que empecemos a buscar algún tipo de pegamento por toda la casa, de paso se airean los cajones y vemos dónde hay velas por si se corta la luz, no es raro en verano, menos con el viento fuerte y caliente de los últimos tiempos, ese que se levanta de golpe, arremolina el agua del lago y confunde a los pájaros. Parece que cada vez es peor. La tía le dijo a mamá que el cuidador de la casa vecina le contó por teléfono que el último temporal fue fatal. A veces se llaman, el cuidador y la tía. Para mí es raro que si hay tanta confianza entre los dos él no sea el cuidador de esta casa también y estoy segura de que sí lo es, pero que por alguna razón la tía no quiere decirlo, y se me ocurre cuál es esa razón y se la dije a mamá, y mamá me hizo una mueca de disgusto y no me contestó, y

atrás Martina y Laura abrían los ojos y asentían porque estaban de acuerdo conmigo, pero no iban a decir nada ni a quedar mal delante de mamá.

No hay rastros de un pegamento en toda la casa. Salimos cada una de una pieza distinta, coincidimos en el pasillo, «solo falta la pieza de la tía», les digo, y vamos. Siempre quisimos abrir ese ropero, saber qué hay detrás de las tres puertas de roble, pero nunca habíamos estado ahí solas. De chicas nos imaginábamos anillos con diamantes, coronas, lingotes de oro, formas sólidas y brillosas de algún comentario apurado dicho al pasar. La tía se había casado y enviudado muy joven, antes que mamá, y heredó lo suficiente para vivir siempre holgada. Quizás era eso lo que no le gustaba a la abuela, un estilo de vida un poco más ligero que el suyo, quizás por eso la tía se fue a vivir tan lejos, para no ser observada.

Abrimos la primera puerta, hay estantes, cajones y abajo un espacio grande con cajas. En los estantes hay ropa de cama y algunos sweaters de hilo en bolsas selladas. Salteamos los cajones, no es porque no los vayamos a abrir, sino porque Tati entra de repente en la pieza y nos pregunta si ya encontramos algo para pegar. Le decimos que estamos buscando mientras saco la primera caja, destapo: un joyero de madera, un paraguas, dos abanicos, dos libros viejos de poesía, un espejo de mano, un pañuelo largo color vino con unas flores bordadas en dorado y flecos más oscuros. Tati señala el joyero y nosotras, fingiendo que no tenemos la misma curiosidad, abrimos. Hay un collar de pelotas doradas, nada elegante teniendo en cuenta el gusto de la tía, de hecho es un poco raro para su estilo, una especie de peineta con estrellas de plata gastada, un prendedor con forma de corazón rojo carmesí. No son joyas caras, ni finas. Las tres nos miramos confundidas, nunca le vimos a la tía algo así. Tati está fascinada, nos extiende las manos, quiere todo. «¿Para qué lo querés?», pregunta Martina. «Para jugar a la marcha», responde Tati. Con «marcha» quiere decir peregrinación, porque cruzamos una entrando al pueblo y era la primera vez que veían algo así en vivo. Martina le explica que no es lo mismo, pero a Tati

no le importa nada, ni la razón de los autoconvocados ni la fe verdadera ni cualquier tipo de ofensa, quiere ser la Reina de la peregrinación y para eso necesita el pañuelo de manto, la peineta de corona, el collar de rosario, el prendedor de estigma. Agarra también el espejo y se va gritando los nombres del primo y el hermano. «Más tarde busco las cosas y las guardo», dice Martina, mirando la caja casi vacía, después mira la otra caja del ropero, después nos mira. Nos miramos. Saco la otra caja. Es la caja que tiene las fotos de la tía con papá.

Hay cosas que mamá nunca dijo, cosas que ella no sabe, cosas que sabe pero elige no contar, cosas que sabe y quiere contar pero no encuentra la forma, el tono o quizás el instante perfecto para que de su boca salgan como un cuchillo, no sin haber escindido la punta de su lengua. Lo hizo un par de veces. Como aquella vez que le dijo a Martina que no fuera ridícula, que su hijo era uno más del montón. O cuando le dijo a Laura que hubiera preferido tener más tiempo para estar sola con papá, pero enseguida apareció ella. Las chicas siempre me dicen que conmigo es más amable, eso es porque no les conté de la vez que me dijo que yo había sido un error, un gran error. Intenté no sentirme mal al escucharlo, pensé en su autonomía, en su derecho al arrepentimiento, en el no control de lo que se siente, en que podemos decir casi cualquier cosa con las emociones perturbadas. Pero ella no estaba nerviosa, ni enojada, ni cansada. Lo que dolió no fue lo que dijo, sino cómo sostuvo la mirada. Se quedó mirándome sin pestañear. Tuve que bajar yo los ojos, culpable sin saber de qué. La misma sensación me dio al abrir la segunda caja y ver las fotos en que papá y la tía se abrazaban y se besaban. Era una fiesta de disfraces, o un carnaval. La tía tenía encima varias copas, se le notaba en los ojos, y todo lo que Tati se había llevado: el pañuelo, el collar, la peineta. Se adivinaba un rojo furioso en los labios sonrientes, también en la cara de papá, con restos de labios de la tía, borrones en blanco y negro. Ninguna de las tres dijo nada. Era como si estuviéramos escuchando la música de las fotos. Detrás estaba escrita la fecha, justo antes

de que mamá se embarace de mí, ni siquiera después.

La palabra corroe, oxida, raspa. Martina no dejó de amar a Martincito, ni de preferirlo, ni de hacer obscenas diferencias entre él y Tati, pero desde que mamá le dijo aquello dejó de hablar de sus notas, no lo inscribió en ninguna otra competencia ni en clases especiales. Tampoco se quedaba a su lado a la hora de hacer los deberes, se sentía molesta, como si estuviera perdiendo el tiempo. Laura en cambio no se ofendió, solo podía procesar aquello con enojo, un enojo en reposo que venía creciendo con los años, alimentado por algunos restos que cada tanto tiraba mamá en las jaulas. Yo sentía que tenía una deuda, pero no sabía bien dónde ni a quién pagarle.

Son muchas fotos sueltas. Fiestas, cenas, pícnics en la orilla de algún río, papá sin camisa y con anteojos y el pañuelo de la tía en la cabeza, papá fumando contra el póster de una película con título en francés, papá besando el cuello de la tía y la tía sonriendo con los ojos cerrados. También hay algunas fotos de mamá, sola y sonriendo, radiante, como nunca la habíamos visto. Parecía una broma de mal gusto que estuvieran mezcladas. Y dos álbumes grandes de tapa dura, fotos de toda la familia en uno, los abuelos, los papás tiesos de los abuelos. En el otro álbum hay puras fotos mías, de bebé. Y una pila de cartas, de mamá para la tía, de la época en que la tía se fue a vivir a Europa, justo después de que papá murió. Ninguna amaga con abrirlas. Laura las acaricia y solo dice: «qué re mil hija de puta». Martina se ríe como hace siempre que se pone nerviosa. Junto todas las fotos, emparejo el montoncito, lo guardo en la caja, la tapo, la meto en el ropero y lo cierro. No tenemos muchas ganas de seguir hurgando, los lingotes de oro y el pegamento tendrán que esperar.

Salimos de la pieza una detrás de la otra y avanzamos por el pasillo para encontrarnos en el living con otra procesión. Desde la cocina vienen los chicos. Tati al frente, vestida de virgen entronada, de tía amante, lleva con los brazos estirados el espejo, como si un rayo fuera a salir desde ahí dentro.

Atrás, Leo con una vela prendida de las que encontramos buscando el pegamento. Y al final Martincito, rengueando, se lo han pedido, es el enfermo que busca un favor. Los tres caminan lento, serios, nos miran brevemente, sin salirse del ritual, como si ellos fueran adultos y nosotras tres nenas a punto de quebrar. Tati se frena de golpe, se da vuelta y nos mira, solemne, nos dice: «Alguien afuera quiere entrar». Por un segundo lo pensamos. Por un segundo dudamos si este es un mensaje divino, una canalización, Tati es muy buena actuando, o creyendo, o mintiendo. Escuchamos entonces las palmas, un aplauso de presentación que viene desde lejos hasta la puerta de entrada y entonces sí, toca la puerta. Es el cuidador de la casa de al lado, el amante de la tía según mi teoría, pero entonces tendría que ser papá y papá está muerto desde hace mucho tiempo. Se llama Ismael, vivió aquí toda su vida, conoce el lago como la palma de su mano aunque nunca haya aprendido a nadar. Y se sabe de memoria esta parte del pueblo a la que no le dice barrio, sonríe cuando nosotras usamos la palabra, sonríe como diciendo «tontitas», pero es alguien que jamás le diría «tontita» a otra persona, se le nota en la cara. Vino a saludarnos y a ofrecernos su ayuda, vio las luces y sabía –alguien le dijo, *quién será*– que estábamos solas las tres. «Bueno, con los nenes», dice, mirando un poco contrariado a los chicos mientras Leo sopla la vela y Tati frota el pabilo quemado entre dos dedos y con la ceniza que le queda pegada a las yemas hace una cruz en la frente de Martincito, pero no una cruz como la de Cristo, una cruz como una equis, lo tacha, lo prohíbe, «te moriste», le dice, y Martincito se tira al piso con los ojos en blanco.

Martina se acerca a despojar a Tati de su ropaje sagrado y libertino. Tati refunfuña. Leo se resigna y pierde el interés, le pregunta a Laura qué vamos a cenar. Martincito sigue muerto en el piso. Ismael, hipnotizado por la escena, nos dice que él tiene unos videos que nos puede prestar, hay una videocasetera en el mueble debajo del televisor, donde también están la vajilla fina y los manteles. «La vimos, pero no había ninguna película», dice

Laura. «Yo tengo», vuelve a decir Ismael, sonriendo. *Yo tengo una relación secreta con su tía y le traigo películas y nos tocamos*, pienso que quiere decir. Me da un poco de asco imaginarlo y no sé por qué lo hago, quizás porque mamá lo prohibió. Me parece también que Ismael no es tan lindo como papá, me siento un poco ofendida y un poco estúpida. Aunque tiene lo suyo, un andar rápido a pesar de la edad, cara de bueno. Me pregunto cómo sería papá si estuviera todavía aquí, me pregunto si seguiría engañando a mamá con la tía después de tanto tiempo, si fingirían delante de todos nosotros, cuánto tiempo lo hicieron. Ismael se va a buscar los videos que tanto orgullo le dan. Laura cierra la puerta y me pide ayuda para cocinar, Martina está yendo al cuarto a guardar las cosas y no dejar rastro del fervor tatiano ni de nuestro descubrimiento ni del corazón de cada una que late más lento y más pesado. Vamos a comer fideos con salsa, aprovechando que no está mamá, esa comida le parece muy básica, aunque coma poco de cualquier cosa, aunque sean solo cuatro bocados siempre, quiere el lujo, exige el esfuerzo. A ninguna de las tres nos gusta cocinar, pero sabemos preparar los platos más delicados y complejos, o por lo menos los más tediosos. Para el cumpleaños de mamá, Laura llevó macaroons, Martina croquembouche y yo una torta galesa. Los macaroons estaban bien, pero se desarmaban demasiado; los profiteroles ricos pero excesivamente pegajosos; la torta galesa estaba seca y sin sabor, como si todas las especias hubieran vencido. La tía me hizo un gesto por detrás de mamá, que no me preocupara, que sí estaba rica, me pidió otro pedazo. En ese cariño extra que me daba yo sentía una especie de devolución, un gramo para equiparar el desbalance. Lo recibí siempre con los brazos abiertos y ahora no sé qué hacer con eso, todavía no llego al enojo de Laura, ni puedo distraerme en otros como Martina. Revuelvo la salsa sin parar.

Ismael toca de nuevo la puerta, vuelve con lo prometido, nos trae una novedad: *Titanic*. La aceptamos, todo menos conversar sobre lo que vimos. Mañana llegan mamá y la tía. Este es el momento adecuado para charlar si

es que lo vamos a hacer, pero ninguna lo intenta. Terminamos de comer y nos amontonamos todos en el sillón, con las ventanas abiertas porque ya se siente un poco el bochorno, el clima está cambiando. Ismael dijo que no va a llover, pero seguro se levanta viento, hay que cerrar bien todo antes de dormir, guardar las cosas para que no se llenen de tierra. A los pocos minutos de la película, Martincito se duerme acurrucado contra Martina. Dormido parece todavía más chico, los cachetes rosas casi fucsias, la cara aplastada contra el brazo de la madre, la transpiración en la frente le inventa un flequillo, tiene la respiración pesada y un ronquido como de cachorro. Tati se baja del sillón al piso porque tiene calor y desde ahí mira de reojo la mano de Martina que peina y despeina a Martincito, nadie hace caso a las advertencias del iceberg, desde mi lugar veo a Tati copiar el movimiento, peina y despeina su rodilla con su manito que todavía es pequeña, pero no lo suficiente.

Me despierto a la madrugada, sola en el sillón. Cada familia ha marchado a su cuarto. La película quedó pausada en los créditos. Se escucha el viento levantarse como nos dijo Ismael, un viento distinto a los de antes, un viento con calor y bronca. Este pudo haber sido otro escenario del amorío entre papá y la tía. ¿Qué excusas pondría para escaparse de mamá y de nosotras? ¿Qué mentiras le diría la tía a su hermana? Me arrepiento enseguida de pensar eso, no quiero que todo se contagie de sospecha, menos si sé que nada de esto será dicho en voz alta. El día se acabó y no pudimos conversar ni ponernos de acuerdo con las chicas. Qué decir, qué no, cómo averiguar, para qué, a quién contarle y a quién no, ser una tumba o tirar las cenizas de un cuerpo al viento hasta que papá se materialice y nos conteste algo. ¿Qué le preguntaríamos? ¿Cuál besaba mejor? Me levanto para cerrar las ventanas que quedaron abiertas, el piso cruje por la tierra que entró. Rebobino la cinta, paso rápido la parte de la vieja porque nunca me gustó, llego hasta el momento donde él se congela y ella dice: «Bueno, la vida sigue».

Antes de que termine de amanecer entro a bañarme. Mi pieza antigua tiene un baño exclusivo. Repito el ritual de la infancia: abro el agua caliente y la dejo correr aunque sé que está mal y se gasta, quiero que se llene todo de vapor, para que parezca que estoy adentro de una nube. Inevitablemente, cuando me meta en la bañera, me voy a quemar los pies. Regulo la temperatura y dejo la cabeza bajo el agua sin moverme hasta que comienzo a asfixiarme y salgo, no tengo el espíritu de mártir, todo lo contrario, quisiera salir cuanto antes de todo lo que me causa incomodidad: la sospecha, el dolor, el trabajo, la familia. Solo logro salir de la ducha. Cuando entro a la cocina ya es de día y están desayunando. Los chicos todavía medio dormidos, no tienen la urgencia de salir disparados al patio a jugar, aunque Martina y Laura unten las tostadas a toda velocidad, si pudieran se las daban masticadas, como los pájaros. Ellos quieren ver la película de nuevo. No, de día es imposible, cómo se les ocurre, el día es para vivir. Los mandan afuera a jugar y nos quedamos las tres. Laura está furiosa, quiere golpear a la tía, exponerla, ridiculizarla, que sufra, que se arrepienta, que le pida perdón de rodillas a mamá. A veces me preocupa esa violencia contenida de Laura, me pregunto cómo estallará de un momento a otro, el día menos pensado. Cuando me llega algún mensaje de ella, antes de leerlo, imagino que me va a escribir desde alguna comisaría y que voy a tener que ir a buscarla y yo soy muy mala para hablar con gente que no conozco y temo que eso haría que se quede presa más tiempo del necesario. Martina está más preocupada por averiguar si mamá se enteró alguna vez, al contrario de Laura –qué sorpresa– no cree que exponer lo que sabemos sea una opción, ¿romper el corazón de mamá?, ¿decir algo horroroso de su hermana?, ¿nosotras, que ni siquiera estamos seguras de que nos prefiera si le damos a elegir? Nunca nos pondríamos en esa situación. Mamá adora a la tía, con esa adoración tan suya que es como si no la quisiera en absoluto, pero no como a nosotras, donde el absoluto es un poco más rotundo, aunque a veces zigzagueante, confuso, misterioso. No es amor lo que irradia la mirada de mamá cuando ve a la tía, sino la confianza total, el lenguaje compartido. Jamás la escuchamos quejarse de algo sobre ella, doblar un gesto, correr la mirada. Y

ante cualquier cosa que dijéramos de la tía ella estaba firme poniendo un límite, que dejemos de hablar pavadas, que qué vamos a saber nosotras. Quizás por eso aprendimos a verla como una mezcla de estrella y prócer, a quererla y a envidiarla al mismo tiempo. Siempre fue más cariñosa que mamá, eso seguro, aunque Laura y Martina digan que las dos son igual de frías.

«Yo todavía no lo puedo creer –dice Martina–, ¿cómo le explico esto a Carlos?». Suficiente para que Laura salte de la silla: «¿Qué le vas a explicar? ¡Nada le vas a explicar! Esto es algo de la familia, no tiene por qué saberlo». «Es mi esposo, Laura, él es de la familia». «De la familia de sangre, Martina, no seas ridícula». Me quedo pensando en los chicos que gritan afuera: «¡Capitán, hay un hielo gigante, tenemos que doblar, agarre el volante!». Los chicos ya tienen la sangre mezclada.

Las tres tenemos la sangre de papá y la piel sin privilegios. Me hubiera gustado, y creo que a las chicas también, heredar su sonrisa. Era una sonrisa abierta y cautivadora. Dicen que la gente que lo veía sonreír quería ser su amiga, iba hacia él sin ninguna dificultad. Y al parecer él los recibía de la misma forma. Laura y Martina tienen la misma sonrisa, como la de mamá, pero más larga, es decir, dura más. En las fotos podían pasar por mellizas, porque mamá las vestía igual, el mismo peinado, la misma tela, como antes la abuela había hecho con ella y la tía. El par que parece uno. Laura lo odiaba. A mí no me tocó. En las fotos aparezco siempre hablando o mirando algún juguete. «Porque vos tenías más juguetes que nosotras», se quejan las dos, siempre, en cualquier conversación, no importa si viene o no al caso, un coro tonto, desafinado.

Cerca del mediodía llega el carruaje. En toda realeza hay traición. Cómo no habría, con tanta plata y tanto tiempo y sin nada que hacer. La camioneta último modelo es el vehículo de la tía cuando está en el país para viajar entre el departamento de la capital y la casa de campo y probablemente a otros

terrenos que no sabemos que existen donde seguro, cerca, hay alguna familia que ha destrozado. De repente me pregunto si Ismael tendrá una esposa, o si la habrá tenido. Quizás su esposa era fanática de las películas románticas, pero Ismael quería vivir de verdad. La tía lo orilló, lo sedujo, lo obligó. Ismael no pudo negarse, ¿cómo negarse? Después lo dejó, ya aburrida, antes de viajar de nuevo al extranjero. Ismael se quedó solo cuidando casas y cuando extraña a su esposa ve *Titanic*, piensa en la división de clases, se consuela con la idea de que el lago no se congela. Basta, me digo, Ismael no es el problema, el problema es que no ensayé ninguna cara para saludar a la tía que ya bajó de la camioneta asistida por la mano de su chofer, cómo pudimos confiar en una persona que siempre tuvo chofer, cómo pudimos ser tan ciegas. Cara de nada, es la que me sale, mientras se saludan con dos besos la tía y las chicas. Mamá solo con uno. No me doy cuenta y abrazo de más a mamá, unos segundos, pero es suficiente, me separa y me mira con desconfianza, me pregunta si está todo bien, si pasa algo, si por fin me despidieron. Las chicas me miran con odio, y entonces la tía viene a salvarme con su saludo: «Siempre tan hermosa», me dice entre el primer y el segundo beso. Mamá atrás arquea las cejas y señala el baúl para que las chicas ayuden a bajar las valijas, los cofres con joyas y cuadros que trajeron para empezar la nueva vida en este continente.

«Tenés mala cara», me dice mamá ya sentada en su trono en la cocina. Hay un ir y venir de manos abriendo paquetes de masas, poniendo las tazas lindas, la azucarera, algunos platos chicos con bordes dorados, cucharitas que en la punta tienen un pavo real con las plumas extendidas para siempre. «No dormí bien anoche», confieso, lo que es una especie de bendición. Las chicas en cambio están en alerta, se les nota lo incómodas. A mí el cansancio me hace disimular el desconcierto, puedo mirar fijo a cualquier lado, perderme en una cronología que desconozco sin despertar sospechas, no pasa nada, es por no dormir bien. «Cuando eras chiquita también te costaba dormir, ¿te acordás? –dice la tía–, yo me levantaba a la madrugada y vos

todavía tenías la luz prendida en tu cuarto. Cuando abría la puerta un poquito te tapabas de golpe y te hacías la dormida». Se acuerda de esto con una dulzura insoportable, intento sonreír y me sale una mueca deforme. Por suerte la conversación se va a pastar a otro lado: mamá y la tía nos cuentan lo que hicieron antes de venir, una lista de negocios y de compras de una época que no es esta. Laura, Martina y yo las miramos sin decir nada, no sabemos romper los protocolos de la realeza, ni qué consecuencias habría si lo hacemos. Los chicos llegan corriendo a abrazar a la abuela y a hacer el debido trámite aduanal: qué nos trajiste. Laura y Martina salen de sus cuerpos de hijas heridas y vuelven a sus cuerpos de madres avergonzadas. Cómo vas a decirle eso a la abuela, de qué hablamos, es de mala educación preguntar eso. El único que no pide es Martincito, el invisible. Martina lo agarra de los hombros y sutilmente lo lleva a meterse en un hueco entre los otros dos para que la abuela también le pregunte a él cómo le fue en la escuela y qué hizo ayer en la casa de la tía. Tati está a punto de contar a qué jugaron anoche y Martina está muy ocupada tratando de que su hijo adquiera forma y yo estoy muy dormida, la única que está atenta al posible desastre es Laura, que interrumpe un poco a los gritos, contando que anoche vino Ismael y vimos *Titanic*. «Ay, ese Ismael es un pan de Dios», dice la tía. Un pan que te comiste, tía, una hostia cualquiera, otra más, como papá, qué pancito sería papá, una masa, un bollo. «Un croissant», me respondo, acordándome del póster de la película francesa.

Como toda obra de teatro, es solo cuestión de tiempo para que alguien dé pie a un diálogo ensayado hasta el hartazgo. Se repite, en el mismo orden, con el mismo tono. Hay variaciones, claro, mínimas, ninguna suficiente para generar algún cambio en la conversación. Estamos preparando el almuerzo y vuelve a salir el tema: choco a Martina sin querer, las tres estamos cocinando y mamá y la tía de espectadoras. «Tres son multitud», dice mamá, la tía baja la cabeza. «Por eso siempre es mejor el número par», dice Martina con la misma mirada de asco de Tati. Laura atrás blanquea los ojos.

«A mí sí me hubiera gustado tener otra hermana», dice la tía. Todas nos damos vuelta a mirarla al mismo tiempo, ofendidas cada una por lo propio. Mamá porque cómo que con ella no bastaba. Nosotras pensando que capaz quería otro cuñado. Insaciable. «Es lindo que sean tres», dice apenas.

«A mí me gusta el número par», dice mamá. Martina sonríe, Laura no, es como si le hiciera la contra, Laura parece profundamente ofendida, como si la ofendida no tuviera que ser yo. «Hubieras tenido otra más, ma», le digo, tratando de incluirme en la planificación familiar a la fuerza. Mamá se ríe y la tía también, con un poco de vergüenza, «No, no, ya así es suficiente». Bueno, *suficiente es algo*, pienso, me aferro, lo defiendo, me siento alegremente parte de la familia, me olvido de que estaba enojada.

A la tarde las chicas y yo ya estamos acostumbradas a la incomodidad, al parecer somos buenas para esto. Laura ya no mira tan mal a la tía y Martina se concentra en la competencia por la atención de mamá. Yo tengo mucho sueño y me recuesto sobre la mesa donde toman el té. Mamá me reta, la tía me pasa la mano por el pelo. Las vacaciones aquí son una comida tras otra y, en el tiempo entre cada una, pensar qué vamos a comer.

No fue a propósito, pero los padres de mis sobrinos no fueron invitados. No sé si por el trabajo, por la necesidad de alejarse o por la incompatibilidad con la puesta en escena de este campo medio artificial, pero es un alivio que no estén, demasiado extrañas somos las que estamos. De Carlos, el esposo de Martina, sabemos solo las virtudes, porque ella aprendió rápido a no quejarse delante del público, a no dar pie a entraderas, especialmente si la asaltante es mamá. Laura no tuvo de quien aprender, tristeza de las mayores: errar de frente y a todo volumen. Antes de su pareja actual hubo otro, a quien ahora le decimos «aquel». Se llamaba Nahuel, así que en realidad no hay mucha diferencia, es un desaire poco efectivo. Nahuel no era mal tipo, pero no quería tener hijos y eso iba contra el mayor deseo de Laura que en ese entonces era tener un solo hijo fantástico. Se separaron sin drama de por medio, pero el tiempo le agregó cualidades poco favorables a aquel. No

haber sido lo suficientemente claro lo convertía, poco más o poco menos, en un mentiroso. No acompañar el deseo de Laura lo hacía, prácticamente, un animal salvaje y sucio. Pablo, la pareja actual de Laura, el padre de Leo, podría ser cualquiera, está teñido por el error anterior, la sombra que viene acarreando Laura, todos lo sabemos aunque nadie diga nada, porque de eso vivimos, de no decir, el silencio se convierte en oxígeno y el oxígeno alimenta nuestras células.

Desde la galería vemos el atardecer. Cuando éramos chicas juntábamos luciérnagas en este mismo lugar, las poníamos en frascos de vidrio y los llevábamos a las mesas de luz para que oficien de lámpara. Nadie nos dijo que eso era cruel. Ahora casi no hay luciérnagas, cuando les contamos a los chicos de nuestro juego nos miran entre incrédulos y enojados, ellos también quieren meter bichos en frascos, pero las polillas y los cascarudos no son bonitos. Cambian la caza por las carreras y deciden correr desde la galería hasta el lago. Martina toma el tiempo y después de la primera ronda propone hacer un circuito más corto y con otros obstáculos, uno que sabe que puede favorecer a Martincito, que apenas vuelve cuando los otros dos ya empiezan la segunda carrera, pero Tati y Leo no escuchan, corren desaforados. Mientras los veo me pregunto para qué vine, podría haberme quedado en mi casa, tranquila, qué hago acá sentada en el escalón entre las sillas de mamá y de la tía, viendo cómo juegan estos chicos mitad míos, mitad desconocidos. Pienso que la tía debe haberme mirado así a mí y me siento avergonzada, avergonzada por querer estar en otro lado y por odiar a la tía después de que ella pasó un montón de veranos mirándome correr, nadar, saltar y dormir. La miro mientras se ríe con las carcajadas violentas de Tati, que le acaba de ganar otra carrera a Leo y festeja, y miro a mamá, que busca con la mirada a Laura para ver si va a corregir el insulto que Leo acaba de gritar, pero Laura está concentrada en su celular. También veo venir lo que llega, mamá diciéndole: «Laura, para qué estamos aquí si vas a estar con ese aparato todo el tiempo». Lo dice así, no es una pregunta. Laura

está visiblemente perturbada, no por mamá, sino desde antes, algo dentro de su pantalla le hizo mal, miro de reojo y es el nombre del papá de Leo en el chat. Solo alcanzo a ver bloques de texto largos del lado derecho y dos o tres palabras con un punto del lado izquierdo. Suficiente. Laura levanta la cabeza y le pega un grito a Leo que nos hace saltar a las tres del susto. Martina se da vuelta, también sorprendida. Leo no ha escuchado nada porque va camino al lago, totalmente transpirado y vencido. Algo ha punzado a Laura, no sé si es el teléfono o mamá o la perfecta combinación de esas dos opciones. Se levanta del banquito donde estaba y va derecho en dirección a Leo. Martina nos mira con miedo y se ríe. Leo acaba de tocar el lago con la mano y se da vuelta para volver, no sabe lo que le espera, el dardo cargado que va directo a él. Me paro yo también, no tanto para proteger a Leo sino para ver mejor. Y entonces sucede: Tati intercepta el dardo, más viva que todos juntos, más brillante que las luciérnagas extintas, se adelanta a la bronca de Laura y, primera en la carrera, la rodea con un abrazo que descoloca a su tía y a Leo, que nunca supo de qué lo salvaron, pero aprovecha para quedarse quieto y descansar. Con Tati prendida de su cadera, vemos de lejos cómo Laura se desconfigura, si fuera un robot en este momento le saltarían chispas, tendríamos que llamar a un servicio técnico y decirles que la respuesta no se pudo ingresar, que hay que resetear todo, dejarla un rato desenchufada para que descanse.

«La cena tiene que ser ligera», dice mamá mientras reprueba con la mirada lo que me sirvo en el plato. Martina me saca la mitad de mi ración de papas y entonces le saco algunas a Leo sin que se dé cuenta. Me tocaría vengarme quitándole las papas a Tati en lugar de a Leo, pero Tati me cae mejor así que no lo hago y a cambio ella me sonríe. Los chicos quieren ver de nuevo *Titanic*. Nos opondríamos, pero ¿por qué? Los dejamos, que la vean hasta hartarse, no serán los primeros. Cuando terminamos de cenar ellos se van al sillón y nosotras nos quedamos en la cocina. Martincito tampoco lo logra esta vez, aunque comienzan más temprano, se queda dormido cuando la

chica y el chico bailan sin parar, se duerme sonriendo porque son felices.

«¿Todo bien?», le pregunta Martina a Laura porque la cadena de lavado de platos para de repente: yo lavo, Laura seca, Martina guarda. Laura está de nuevo con su celular, la cara roja, los ojos húmedos. Martina y yo nos miramos con miedo, no tenemos experiencia viendo a Laura triste, solo reconocemos los distintos tonos del enojo: apenas comenzando, casual, por razones externas, inevitable, escalando, memoria emotiva, demasiado tarde para irse de la habitación. No sabemos ni queremos saber dónde termina esa escala. Sí sabemos que no siempre fue así, fue desde aquel. Aquel en conjunción con mamá hablando de aquel, de cómo no la merecía, que aquel era un oportunista aunque Laura nada tuviera, que aquel era un miserable aunque nadie le dio más regalos a Laura ni a nosotras. A veces extraño a aquel, nos llevaba a dar vueltas en el auto y paraba en cada lugar que le decíamos, y Laura se reía un montón y eso era muy lindo. «No pasa nada», contesta Laura secando de nuevo, la mirada fija en el escurridor. No hablamos. Si Laura está mal y no sabemos qué le pasa no hablamos, es una regla que aprendimos de la época de aquel. Nosotras la aprendimos, mamá no, entonces dice: «Estás muy pendiente de ese celular, Laura, ¿todo bien con Pablo? ¿Problemas?». Qué ganas de estar en el *Titanic*, no importa el momento. No nos damos vuelta aunque ya no quedan platos, lavo la pileta hasta que queda impecable, plateado brillante de luna nueva. Martina reacomoda las cosas en los estantes esperando un Feng Shui instantáneo, algún tipo de magia. «Te gustaría, ¿no?», dice Laura. Martina y yo nos congelamos sin necesidad del iceberg, hasta aquí llegó la vida como la conocíamos. Pero mamá es hábil. Y hábil quiere decir muchas cosas, que tampoco decimos. Finge no haber escuchado y sonríe. Martina ve la oportunidad de un atenuante y se da vuelta con tres cajas de té en la mano, lista para el malabarismo, se para delante de Laura, quiere interrumpir la visión, ofrece té como una psicópata mientras yo agarro un cuchillo todavía escurriéndose y lo clavo en la yema de mi dedo, se lo muestro a Laura para distraerla, Laura vuelve del temblor de hija efervescente al hartazgo de hermana, *lo logré*, pienso, orgullosa de mí, aunque ella me informa que soy

una estúpida, que cómo voy a ser tan imbécil, mamá dice algo de cuidar las palabras, Martina habla más fuerte de su té favorito y de cómo lo encontró en un viaje con su esposo, la tía me mira con lástima, Laura me lava el dedo, llorando, yo miro el agua fijamente para no molestarla.

Cierro la puerta de la habitación pensando que no voy a poder dormir y que para qué vine y que por qué no aprendo. Pero no termino de acomodarme en la cama y ya es de día, los pájaros gritan con la exageración propia de quienes pueden volar y ser hermosos, *yo también gritaría*, pienso mientras me siento, despeinada, sin energía, mirando en el teléfono cuántos días faltan.

Martina hizo huevos revueltos, Laura la acusa de cipaya mientras le sirve otra porción a Leo. Mamá está fresca, renovada, alegre, etérea, pide un huevo poché, por supuesto. A eso le decimos «la resaca». Siempre, después de algún momento tenso, mamá parece aligerarse, rejuvenecer. La afectada nunca es ella, lo cual podría explicar muy bien cómo funciona el asunto. Con la tía charlan de los magníficos huevos poché que servían en aquel restaurante de Italia adonde fueron con los abuelos, en esa época de plenitud y abundancia que nosotras no conocimos. «Era todo tan hermoso, la pasábamos tan bien», decía mamá. «Los papis siempre nos dieron todo lo mejor, por eso casi se mueren cuando les presentaste a Pedro», dice la tía y las dos se ríen, nosotras queremos matarla. «Ay, estas chicas no tienen humor», dice mamá cuando se da cuenta de que no nos reímos, dice «chicas» pero todo el tiempo mira solamente a Laura. Mal momento para que justo le suene el teléfono, pero así es el destino, jodido. Laura se va a hablar a otra pieza. Los chicos se paran para salir a jugar, le piden permiso a la tía para sentarse en el bote de madera que está en la orilla del lago. La tía dice que sí, solo si las mamis están de acuerdo. La mami Martina busca a la mami Laura y a falta de liderazgo toma la delantera y les da permiso. No demoran ni un segundo en salir corriendo los tres.

Desde la otra pieza se escucha un hablar entre dientes incómodo. Martina,

dolida en su patriotismo, no quiere hacer ningún ruido que proteja la intimidad de Laura, se queda callada untando minuciosamente una tostada y levantando la ceja. Busca fotos felices de su familia para mostrarle a mamá y a la tía, que también guardan silencio. Propongo que salgamos a ver a los chicos jugar. «Es temprano», me dicen, sin aclarar para qué. «¿No será inseguro que se suban al bote los chicos, tía?», pregunto copiando las formas que aprendí en tantos años. «No, si está sobre la tierra, además Ismael siempre le da mantenimiento, lo tiene tapado con una lona cuando no hay nadie, solo la saca cuando vamos a venir, para que lo veamos como parte del paisaje». No me quedan más fichas. «Es muy amable Ismael», dice mamá. «Un amor», dice la tía. Martina pierde un poco el personaje que estaba creando. Se acuerda. Si el destino es jodido, acordarse es peor. «¿Por qué te fuiste a vivir afuera, tía?», pregunta. Mamá la mira con tristeza, *es eso*, pienso, *hay algo ahí*. «Quería tomarme un tiempo para descansar». «¿Y te enamoraste de alguien allá?». La tía sonríe, pero no con su sonrisa habitual y tallada, perfecta y cálida. Sonríe con resignación, casi con pena. «Tuve un gran amor antes, pero las cosas se terminan». Mamá pone su mano sobre la mano de la tía. Mamá consuela a su hermana que fue la amante de papá. Laura grita en la otra pieza, grita cosas que no entiendo. Martina tiene otro color en la cara, una especie de plateado peineta debajo de los ojos, de rojo carmesí prendedor en las mejillas, de dorado pelota collar en los ojos. Laura vuelve a la cocina y avisa que se tiene que ir ya mismo, que no puede esperar, que por favor cuidemos a Leo unos días. Intenta decirlo todo rápido, no cruzar miradas, no ha visto a Martina mirar fijo a la tía, no ha visto a mamá sonreír, sobradora, no sabe que mamá está por decir lo que dice: «Te dejó, ¿no? Todo de nuevo». Mi cuerpo es muy lento para muchas cosas, pero agarro a Laura enseguida, le agarro el brazo fuerte no sé si para abrazarla o para evitar que se vaya contra alguien. Laura tiembla y las lágrimas le saltan anunciando la furia que viene atrás, son esas gotas pesadas y ruidosas de la tormenta, cayendo una por una sobre las baldosas secas. *Este es el momento*, pienso, *aquí todo acaba*, vamos a ver la explosión de Laura y entonces Laura va a hablar, pero no es Laura, es Martina la que dice:

«Callate, mamá, ¿querés? Callate la boca». Solo lo vi en las películas, pero creo que así se siente el ojo de un huracán: el anuncio de la tragedia y una tibieza en cámara lenta. Cuando me doy cuenta tengo mi otra mano agarrando el brazo de Martina. *Qué suerte no tener más hermanas*, pienso, *no me alcanzarían los brazos, qué suerte que seamos tres*. «¿Qué dijiste, Martina?», dice mamá que es la mamá de hace quince, veinte años, sacándose el traje de señora elegante, de mujer superada, de contención elegida. «¡Que te calles de una vez!», grita ahora Laura. Mamá está desfigurada, no atina a seguir hablando y no es por obediente, es por su cuerpo de robot que echa chispas porque no sabe procesar lo que está pasando. «Chicas, por favor», dice bajito la tía. Para qué, pienso, pobre tía, te quise tía, pero no tengo más brazos. Para qué, tía, meterte en primer lugar con papá, para qué tía, hacerle esto a tu hermana. «Vos menos que nadie deberías hablar», le contesta Laura. Y eso sirve para que la actualización de mamá se complete y se pare de la silla a gritarle: «No le hables así a tu tía, maleducada». «¿Encima la defendés? ¿A ella? ¿Sabés lo que te hizo? ¿SABÉS LO QUE TE HIZO?». «Mi hermana no me hizo nada y no tiene la culpa de que te dejen de nuevo, Laura, de que no te quieran nunca lo suficiente como para quedarse con vos». En ese momento las suelto, porque no puedo interferir con el destino, y mis brazos no tienen tanta fuerza. Pero nadie se mueve, se mueve la verdad, saliendo de la boca de Laura: «A mí no me querrán lo suficiente, pero por lo menos no me meten los cuernos en la cara con mi hermana». Si Laura hubiera estudiado por años locución o actuación o doblaje no habría encontrado este tono perfecto, bajo, grave, profundo, filoso, que encontró para decir eso. Es Martina la que me agarra ahora, tiene miedo del huracán, de que se la lleve, yo también. Y mamá… a mamá… a mamá no se le mueve un pelo. Y no solo eso, se vuelve a poner su traje de señora elegante, de mujer superada, de contención elegida, de sonrisa sobradora, de hija de padres ricos que vacacionan en Italia, de hermana para siempre antes que madre. Se sienta, despacio. La tía mira para abajo, está llorando. Mamá le pasa la mano por la espalda. La consuela. Ni cuando tuvimos varicelas, sarampiones, accidentes, pérdidas de embarazos, roturas

de ligamentos, nunca, nunca nos pasó la mano por la espalda. Se recuesta sobre el respaldo, sin decir nada. Se acomoda en ese silencio donde tenemos tanto miedo las tres. «¿Vieron las fotos?», nos pregunta. Vie-ron-las-fo-tos. Ahora es Laura la que me agarra el brazo. La tía no levanta la cabeza, mamá está erguida por las dos, ¿eso es orgullo? Algo, dentro mío, por fin sale: «¿Vos sabías, mamá?». La tía levanta la cabeza, me mira y entre el llanto dice: «Perdón», con tanta culpa que no puedo seguir mirándola. Mamá contesta, casi riéndose: «¿Quién pensás que sacó las fotos?». Quiero vomitar. «¿Vos sabías? ¿Ellos se acostaban cuando vos estabas embarazada de mí y no te importaba?». Mamá redobla la sonrisa y nunca nadie me dio tanto miedo, siento que podría hacerme pis en este momento, en esta cocina, agarrada a mis hermanas. La tía le dice que no a mamá, que por favor no mientras llora, pero mamá está mucho mas allá, lejos, lejos de todas nosotras: «Yo nunca estuve embarazada de vos». Y el tornado me succiona y la tía pide perdón, me pide perdón, y yo hago cálculos, sumo y resto mientras intento no vomitar y Martina pregunta y mamá sonríe y la tía llora y Laura me abraza y yo la miro y sé que no somos tres, que solo son ellas dos, que la tía no es mi tía, que los huevos revueltos me caen mal, que no hay cuchillo lo suficientemente filoso para que alguien se lo clave y este momento se termine y que tengo que buscar algo estable, aunque sea algo, el suelo, que en algún momento las cuentas se tienen que pagar y la tía las está pagando ahora o yo las estoy pagando ahora o mamá las está pagando ahora. Sentada en el piso, mis dos primas se arrodillan y me abrazan, en su abrazo me dicen que es mentira, que todo es mentira, que mamá es mala, que la tía es mala, que no prefieren ni uno ni dos, que mejor seamos siempre tres, me lo dicen sin decirme. «Nada te faltó. Tu tía no podía cuidarte, estaba demasiado triste. Yo sí podía. No iba a dejar sola a una hija de mi hermana ni a una hija de tu padre». El teléfono de Laura suena sin parar, pero Laura no atiende. La puerta suena sin parar, pero nadie va a abrir. Cansado de insistir, Ismael entra a la casa angustiadísimo, llamándonos a los gritos: «¡Los chicos!, ¡los chicos en el lago!». Salen corriendo Laura y Martina, *el llamado de la sangre*, pienso, *quién correría por mí*. Todo parece ir al mismo tiempo a toda

velocidad y en cámara lenta. Las alcanzamos en la orilla del lago. Tati y Leo están bien, solo un poco mojados, el bote al revés. En el pasto no está Martincito, en el bote que Ismael da vuelta no está Martincito, en los frascos de luciérnagas no está Martincito. ¿Cuántos ojos puede tener un huracán? «No cabía en el bote, mamá, como Jack», le dice Tati a Martina que está de rodillas, paralizada, viendo cómo Laura sale con esfuerzo del lago cargando a Martincito que ahora, empapado, tosiendo, confundido y muerto de miedo abraza a su madre. Laura los abraza a los dos, aliviada y llorando. Leo se acerca curioso a ver si es verdad que Martincito respira. Tati, que ya no podrá ser única, singular, fantástica, ni dueña de una madre, mira desde un costado. Mi tía agarra del brazo a su hermana que agarra también el brazo de mi tía, un par para siempre, en las buenas y en las malas.

Sobre la autora

Salomé Esper nació en Jujuy en 1984. Es poeta, narradora y editora. Estudió Comunicación Social en la Universidad Nacional de Córdoba. Publicó dos libros de poemas, *sobre todo* (2010, Intravenosa) y *paisaje* (2014, Tres tercios), y una novela, *La segunda venida de Hilda Bustamante* (2023, Sigilo), que fue traducida al italiano y al portugués.

Índice de contenido

Dale un pez a un hombre
La Carla
Primerizos
Imposible
Berta sin cable
Lo que ella sabe
La teoría de los números pares e impares

Salomé, Esper
Querer es perder / Esper Salomé. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-91102-2-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título.
CDD A860

© Salomé Esper, 2025
© Editorial Sigilo, 2025

Arte de tapa: Mariana Ruiz Johnson
Ebook: Tomás Caramella

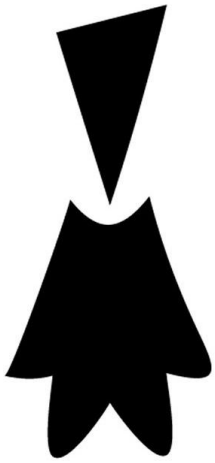
Primera edición en Argentina: junio de 2025
Primera edición digital : junio de 2025
ISBN 978-631-91102-2-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Editorial Sigilo SRL
Pedro del Castillo 549 8° C
(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina
sigilo@sigilo.com.ar
www.sigilo.com.ar

Sigilo editorial S.L.
Madrid
info@sigilo.es
www.sigilo.es



Verdad, misterio, locura y maravilla

Table of Contents

Dale un pez a un hombre
La Carla
Primerizos
Imposible
Berta sin cable
Lo que ella sabe
La teoría de los números pares e impares